

Volver a empezar

CLAUDIA VELASCO

LOVE

DIRECTOR :

CAMERA :

DATE :

Day Nite Int Ext Mos

Filter

Sync

VOLVER
A EMPEZAR

Claudia Velasco

Nada está perdido si se tiene el valor de proclamar que todo está perdido y hay que empezar de nuevo.

Julio Cortázar

Se sentó en la cama y se tendió despacio para observar a Caitlin, con cuidado para no despertarla o Issi se enfadaría otra vez. Estiró el dedo y le acarició la carita sonrosada y suave. Era igual que una muñequita: perfecta, diminuta, redondita y fragante a bebé. Una preciosa bebé de quince días que les había puesto la vida patas arriba desde que la habían traído a casa.

Era un verdadero carácter la señorita Caitlin Molhoney, pensó con una sonrisa, con el corazón henchido de ternura, acercando la yema del dedo a la pelusita rubia de su cabeza, con unas ganas enormes de que despertara y lo mirara otra vez con sus inmensos y almendrados ojos oscuros.

—Ron...

—Princesa.

Susurró volviéndose hacia su mujer, que apareció vestida con un pantalón de chándal y una camiseta marrón, el pelo recogido en un moño alto y unas tremendas ojeras surcando sus preciosos ojazos negros. Le sonrió, pero ella solo atinó a acercarse a la cama suspirando

—¿Qué pasa?

—¿Por qué la has sacado del moisés?

—No la he sacado, se me durmió aquí.

—Hay que llevarla a su cuna, no puede acostumbrarse a nuestra cama, Ronan, lo hemos hablado mil veces.

—No te enfades, princesa, es muy pequeñita, no se entera de nada.

—Vale, ok, ahora no puedo discutir, coge el teléfono, por favor, es Sean Flaggerthy y dice que es urgente.

—Solo si me das un beso, ven... —Le quitó el móvil y la sujetó por la muñeca. Issi volvió a suspirar y se pasó la mano por la cara—. Venga, no me dejes así.

—Ronan...

—Por favor. —Hizo un puchero y ella se inclinó para regalarse un casto y rápido beso en los labios—. Te quiero.

—Yo también te quiero, pero tus hijos necesitan comer, ¿sabes? Voy a ayudar a Aurora con la cena antes de que se despierte la niña.

—Ahora bajo yo.

—Vale.

Giró sobre sus talones y él la observó, embobado como siempre, abandonar el dormitorio con sus gráciles y elegantes andares de bailarina. Llevaba unos días de auténtica locura, pensó, decidiendo sobre la marcha bajar a ocuparse de Jamie y Alex. No todo podía ser andar contemplando a la bebé, algo más debía hacer con los niños para quitar presión a Issi, y contestó al teléfono barajando la posibilidad de pedir a su suegra que regresara a Dublín para echarles un cable.

—Sean, ¿qué pasa, tío? —se levantó despacio y se estiró junto a la cama.

—¿Qué tal todo?, ¿mucho lío?

—Normal, con tres enanos en casa, pero ya nos vamos acostumbrando.

—Me ha dicho Eloisse que Alex lo sigue llevando bastante mal.

—Fatal, apenas deja respirar a su madre, pero, en fin, tiempo al tiempo. Lo importante es que la pequeñaja crece estupendamente y que Issi está muy recuperada... —agarró a Caitlin con cuidado y la llevó a su primoroso moisés blanco, la acostó y encendió el intercomunicador para bajar a la cocina—. Dime, ¿pasa algo?

—Tengo malas noticias.

—¿Sobre qué?

—Emma Capshaw.

—¿Qué? —se detuvo junto a la escalera y tragó saliva sintiendo como el corazón se le paralizaba en el pecho— ¿Qué ha pasado?

Liam Galway miró por la ventana alargada y sucia de aquel despacho igualmente sucio y alargado, y pensó en fumarse un cigarrillo. Aunque hacía más de una década que había dejado de fumar, asumió que un pitillo le habría venido estupendamente en ese momento. Un cigarrillo o un puro, un buen puro acompañado por un mejor whisky irlandés.

¿Cómo serían las leyes antitabaco en China?, ¿le permitirían fumar en aquel cuchitril tratándose de una oficina gubernamental? Iba a preguntárselo a Lili, su traductora, que lo mismo ejercía de intérprete que de experta en todas las leyes y normas de su país, así pues, hablaría con Lili en cuanto lo dejaran salir de allí.

Llevaba veinte días rodando su segunda película como director al suroeste del desierto del Gobi, concretamente en la ciudad oasis de Dunhuang, en la antigua ruta de la seda, y ya estaba metido en una comisaría. Era de locos.

Tras pasar por cientos de valoraciones, controles, supervisiones y pagar unos cuantos miles de dólares en tasas e impuestos, al fin habían empezado a rodar con los protagonistas, dos rutilantes estrellas británicas que no llevaban ni una semana en China aportando todo tipo de ideas y modificaciones a un guion que según él, y todo su equipo, estaba niquelado, así que no hacían más que reunirse y perder el tiempo mientras las horas corrían en su contra y los permisos del gobierno chino empezaban a agotarse.

Una verdadera pesadilla que acabó por convertirse en un cataclismo total cuando aquella mujer apareció en su alojamiento en Dunhuang, a miles de kilómetros de Inglaterra, donde se suponía que estaba recluida bajo la tutela de su familia, tras haber intentado asesinarlo.

Había pasado solo un año desde su agresión en el Victoria&Albert Museum de Londres, tal vez catorce meses, calculó pensando en los Molhoney, que acababan de tener a su tercer hijo de Dublín, y su atacante, Emma Capshaw, ya campaba a sus anchas por el mundo, llegando incluso hasta China en medio de su obsesión romántico-asesina por él. Una verdadera locura, y pensaba demandar al departamento de justicia y a los servicios sociales británicos por semejante negligencia.

Afortunadamente, la habían detenido, eso sí, después de atacar a su novia, destrozar la habitación del hotel e intentar quemar su ropa y sus pertenencias en medio de un aquelarre monumental.

El personal de seguridad del hotel la había neutralizado y ahora esperaba en el calabozo de una comisaría de Dunhuang su traslado a una cárcel de Jiuquan, pero aquello no lo tranquilizaba en absoluto.

Jamás podría olvidar la imagen de esa mujer con una pistola en la mano, primero en Londres, y después en medio de la nada, en el desierto del Gobi, disfrazada de *femme fatale* y esperándolo en su suite con una botella de *champagne* y unas fresas sobre la cama.

Seguramente tardaría años en volver a entrar en una habitación de hotel con normalidad, porque aquello había sido aterrador.

—Señor Galway... —Lili entró al fin, acompañada por un tipo occidental y le hizo una venia muy educada—. El señor Smith, del consulado estadounidense, quiere hablar con usted.

—Señor Galway, es un tremendo honor —soltó Smith extendiéndole la mano. Liam frunció el ceño y devolvió el saludo un poco confundido.

—¿Qué pasa?, ¿qué hace el consulado aquí?, no los hemos llamado, que yo sepa.

—Sí, su ayudante nos llamó y como se trata de una personalidad estadounidense tan destacada como usted, hemos venido a ponernos a su disposición.

—¿Para qué?, ¿se me acusa de algo?

—No, señor Galway —intervino Lili—. Está aquí para ayudar, creí que...

—Solo aparecen cuando uno tiene problemas.

—No, señor, solo queríamos ver si podíamos colaborar en las gestiones con la policía y demás, aunque ya vemos que tienen todo perfectamente bajo control. ¿Necesita algo?

—Necesito que se avise a la policía británica para que tomen cartas en el asunto, no sé si alguien ya lo los ha llamado para decirles que tenemos a una fugitiva suya por aquí.

—Lo han hecho, el cónsul británico viene para acá. Las autoridades chinas están decididas a solucionar este trágico suceso lo antes posible.

—Tengo volver al trabajo, ¿puedo irme ya?

—Sí, ahora le traen su declaración traducida, usted la firma y podrá marcharse.

—¿Y dónde está Capshaw?

—Sigue esperando el traslado.

—Vaya por Dios —se desplomó en una silla muy pequeña para su tamaño y suspiró— ¿Puede alguien conseguirme un café?

—Yo voy —dijo Smith y salió disparado de la oficina, ansioso por atender nada menos que a Liam Galway, una de las estrellas de cine más importantes de los últimos veinte años. Liam bufó y miró a Lili.

—¿Cómo está Sylvia?

—Sedada, me han dicho, en el hospital sufrió un ataque de ansiedad y decidieron dormirla.

—Deberías quedarte con ella, te necesita más que yo.

—La señorita Jennifer y dos personas de producción, además de Wan, una traductora titulada, la acompañan en el hospital, a mí me han ordenado no separarme de usted.

—Muy bien, ¿qué más?

—La señorita Jennifer dice que si debe avisar a... —miró sus notas y leyó despacio— los señores Molhoney o al señor Fisher.

—No, que no llame a nadie, no quiero preocuparlos y con algo de suerte este fuego ya lo tenemos controlado.

—Lo que usted diga, señor.

—Ya...

Se volvió hacia la ventana pensando en si tener a su novia contusionada por los golpes de Emma y sedada en un hospital era un fuego controlado, pero espantó la duda y pensó fugazmente en Eloisse Molhoney, que estaba a salvo y feliz en Irlanda, con su nueva hijita, una preciosa niña que se llamaba Caitlin, nombre gaélico elegido por su padre y que significaba pureza.

—Su declaración —anunció Smith, entrando en la habitación y arrancándole de golpe de sus ensoñaciones—. El comisario y dos traductores nuestros le han dado el visto bueno.

—Al fin —bufó, agarrando el papel en inglés. Lo leyó rápido, lo firmó y miró a Smith y al policía que lo seguía levantando las cejas— ¿Puedo irme?, debería ir al hospital a ver a mi novia antes de regresar a...

—Claro, señor Galway, por supuesto. Márchese, lo mantendremos informado sobre el traslado

de su agresora.

—Con que no la pierdan de vista es suficiente.

Belleza mediterránea, vaya mierda de belleza mediterránea, pensó, intentando encontrar algún atractivo en aquella mujer que se acostaba con Liam. Sylvia Spoleto o algo similar se llamaba la muy zorra, con la piel tostada y los ojos marrones, el pelo oscuro, intentando emular a las bellezas italianas de los años sesenta, pero esa puta no era ni Sofia Loren ni Claudia Cardinale, y se merecía una buena tunda por meterse donde no la llamaban.

Movió las manos y el peso de las esposas le volvió a provocar un dolor lacerante en las muñecas. En casa, en Londres, cuando la habían detenido injustamente en el Royal Victoria&Albert Museum, la policía había utilizado unas modernas esposas de plástico, más livianas y menos agresivas, pero claro, no estaba en casa, sino en China y allí podía pasar cualquier cosa.

Se separó de la pared descascarillada e intentó ponerse de pie, pero fue imposible. Increíble que tener las manos atadas a la espalda provocaran aquella pérdida del equilibrio, alucinante, pero todo era cuestión de practicar y conseguiría controlar aquella humillante situación provocada, cómo no, por la estúpida zorra de Liam que, en lugar de estar en Roma o dónde demonios viviera, metiéndose en sus asuntos, estaba en ese hotel de Dunhuang haciéndose pasar por alguien importante.

Menos mal que iba preparada y pudo ponerla en su sitio en un pis pas. ¿Qué se creía la muy puta? ¿qué la dejaría robarle a su novio?, ¿no sabía acaso que ella, Emma Capshaw, era la prometida oficial de Liam Galway? Parece que lo ignoraba, pero seguro que ahora le había quedado meridianamente claro. Más le valía, o si no, tendría que volver a recordárselo.

—Señorita Capshaw —un tipo muy joven, trajeado y con acento británico, se acercó a la celda y la miró por encima de las gafas—. Me llamo Peter Harrison, soy del consulado británico, ¿cómo se encuentra?

—¿Qué?! —gritó y se apoyó en la pared para intentar estar erguida— ¡¿Qué cómo me encuentro?!, llevo muchas horas detenida, sin agua, ni alimento. ¿Cómo cree que me encuentro? ¿Por qué ha tardado tanto en venir?

—Aquí las distancias son grandes, seño...

—¡Y una mierda!, soy ciudadana inglesa y llevo no sé cuánto tiempo siendo maltratada. Me han detenido de manera violenta e injusta, por supuesto y...

—¿Injusta?, entró de forma ilegal en la habitación del señor Liam Galway —agarró el dossier que le había dado la policía y empezó a leer con calma—. Agredió e inmovilizó a su novia en el cuarto de baño y después intentó agredir al propio señor Galway cuando él llamó a la seguridad del hotel, sin obviar el detalle de que usted ya ha sido juzgada y condenada en Inglaterra por haberlo atacado hace catorce meses en presencia de cientos de testigos...

—Eso fue una trampa.

—¿Ah sí?

—Lógicamente, por eso me soltaron.

—Según el expediente que nos llegó desde Londres hace dos horas, usted tendría que estar cumpliendo condena en una clínica psiquiátrica de Kent, bajo la responsabilidad y la tutela de su

familia, no en China acosando y atacando nuevamente a su víctima.

—¡Eso es falso! ¿No se da cuenta de que existe una conspiración contra mí? —se acercó a los barrotes hecha una loca y Harrison retrocedió un poco asustado—. Ellos quieren destruirme, me ponen trampas, organizan pruebas contra mí, ¿no lo ve?

—¿Quiénes?

—¿Qué pasa?, ¿es usted mi siquiatra?

—Solo intento ayudarla, señorita Capshaw.

—Pues traiga un abogado y sáqueme de aquí.

—Le daremos asesoramiento jurídico, pero no puedo sacarla de aquí, las leyes chinas son muy estrictas y usted fue detenida en la escena del crimen, que intentó incendiar, por cierto, con armas en su mochila y una persona agredida y atada en un cuarto de baño.

—¿Escena del crimen?, ¿qué crimen?, solo vine a ver a mi prometido y lo pillé con su amante. Solo me defendí de esa zorra, está claro que usted no entiende nada.

—El señor Galway no dice eso.

—Llámele, que venga a verme y lo aclararemos.

—El señor Galway hace horas que dejó la comisaría. Ha presentado cargos y no quiere saber nada de usted, por lo tanto, señorita Capshaw, solo estamos usted y yo en esto, y espero que colabore con nosotros y con la policía para poder zanjar cuanto antes este asunto.

—¿Me mandarán a Londres? —un peso enorme en el pecho la hizo volver al inmundo catre que le servía de asiento y se desplomó sobre él pensando en Liam, que debía estar realmente dolido para abandonarla así.

—Lo dudo, de momento, la llevarán a una prisión de mujeres en Jiuquan y permanecerá allí a la espera de juicio. Cuando este se celebre y tengamos una sentencia firme, podremos negociar su posible traslado a Inglaterra, pero...

—¿¿Qué?!, ¡no puedo quedarme aquí!, no pueden llevarme a una cárcel china, no puede permitirlo —se echó a llorar—. Llame a Liam, él me sacará, retirará los cargos. Todo es un error, él lo solucionará, está dolido y me quiere dar una lección, pero si le cuenta lo de la cárcel, seguro que se asusta y viene a sacarme.

—Lo siento.

Peter Harrison observó con atención a esa mujer que tenía un expediente policial largo y repleto de denuncias por intromisión a la intimidad, acoso y agresión por parte de celebridades de la talla de Liam Galway o Ronan Molhoney, y sintió lástima. Era evidente que estaba fuera de sí, tal vez, sufriendo un episodio de enajenación mental, y tampoco era cuestión de dejarla en una cárcel china en semejantes circunstancias, así que respiró hondo y tragó saliva antes de hablar.

—Muy bien, intentaré que frenen el traslado, que la dejen aquí o bajo nuestra custodia hasta el juicio, no le prometo nada, pero veré qué podemos hacer.

—¿En serio? —sonrió con los ojos llenos de lágrimas y el diplomático devolvió la sonrisa.

—No es un delito tan grave y las cárceles aquí están saturadas, tal vez encontremos alguna solución intermedia hasta el juicio.

—Muchas gracias, pero sería más rápido si le pide a Liam que venga a verme, si viene, seguro que acaba retirando los cargos.

—Ha dejado claro que no quiere saber nada de usted.

—Vale, es igual, ya se le pasará. Gracias por todo, señor Harrison.

—De nada y ahora debo dejarla, ¿necesita algo más? Mañana volveré para verla.

—Nada más, señor Harrison, ha sido usted muy amable, pediré a mis padres que mencionen su

nombre en el *Foreign Office*. Agradeceremos oficialmente su intermediación en este caso tan penoso.

—Bueno, aún no hemos hecho nada.

—Yo confío en que me sacará de aquí. No hay motivos de peso para que me retengan.

—Bueno...

—Hasta mañana y gracias otra vez.

Esperó a que el imberbe funcionario se fuera y silbó. Una de las guardias, una muchachita muy joven, le había prometido que si pasaba la noche en la comisaría tal vez podría ayudarla a salir de allí. Una opción plausible si no se la llevaban esa noche a Jiuquan y, visto lo visto, Harrison frenaría el traslado, o no, así que debía actuar rápido. La chica, que hablaba inglés y era muy fan de Liam Galway, se había ofrecido a hacer la vista gorda a cambio de mil libras y su anillo de compromiso. Un trato más que justo si con ello conseguía recuperar su mochila y su libertad.

Se levantó nuevamente y esperó a que la guardia apareciera con una lata llena de agua, se la acercó a los barros y ella bebió inclinándose con mucha dificultad, pero al incorporarse sonrió y le guiñó un ojo. La muchacha entendió de inmediato y se apartó haciendo una venia imperceptible.

Emma Capshaw volvió a su sitio en el camastro más animada, pensando en su vía de escape. Afortunadamente, era lista y previsora, solo necesitaba que su ángel de la guarda le abriera la puerta y después sería coser y cantar. Lo tenía todo controlado.

Bajó las escaleras que iban directo a la cocina acomodándose el intercomunicador de Caitlin en el bolsillo trasero del vaquero. Lo que acababa de oír de boca de Sean era como poco inquietante, muy jodido, y no sabía si debía contárselo o no a su mujer. Tal vez no era buena idea, no en medio de la tranquilidad que estaban disfrutando en casa, lejos del mundanal ruido, de China y de Emma Capshaw, pero tampoco se trataba de ocultarle cosas a Issi. Se lo habían prometido mutuamente: nada de secretos, nunca más, y no pensaba romper el acuerdo simplemente porque la truculenta historia que acababa de oír amenazara con empañar su apacible y retirada existencia.

Pisó las baldosas blancas del office y miró primero la mesa del centro, donde Aurora estaba sentada junto a Jamie mientras él se comía el puré de verduras con la cuchara en una mano y uno de esos coches de madera que le había regalado el abuelo Andrew en la otra. Estaban muy animados charlando y buscó con los ojos a Alex que, por supuesto, estaba con su madre, agarrado con brazos y piernas a ella, como un koala, acurrucado contra su cuello mientras ella hablaba por teléfono y liberaba unas galletas recién hechas de la plancha del horno. Ni siquiera tenía que sujetarlo, porque el pequeñajo se le aferraba con todas sus fuerzas.

—Papi, el juego de dinosaurios no funciona —le soltó James en cuanto lo vio.

—Muy bien, lo arreglaremos después de la cena. Alex... —llamó al niño, que le dedicó una mirada de reojo— ¿Por qué no estás cenando?

—Quiere que se lo dé mamá —contestó Jamie.

—¿Que te lo dé mamá?, ¿eres un bebé?... —se acercó y lo separó de Issi con bastante esfuerzo, ella movió la cabeza y se alejó para guardar las galletas en una caja— ¿Qué dirían en el cole si supieran que mamá te da la cena?, ¿eh?

—Mamaaá... —protestó haciendo un puchero.

—No, mamá está ocupada y tú tienes tres años, así que ya comes solo, venga, yo te ayudo... —se sentó junto a su sillita y le puso el cuenco con puré delante. Él lo miró con sus ojos celestes húmedos y le dio tanta pena, que le besó la cabecita antes de agarrar la cuchara para darle la cena mientras hablaban de los videojuegos, los dinosaurios y los coches que tanto les gustaban, hasta que Issi apareció con el postre y se sentó a la mesa sonriendo.

—Ya tenemos las galletas de Halloween para el cole, una cajita para cada uno ¿vale? Han quedado muy ricas ¿Queréis probar una?, ¿tú quieres una, mi amor?, ¿Ron?

—¿Eh?, ¿galletas?, sí, claro —contestó, pensando de repente en que le quedaban poco más de dos semanas para tener que viajar a Australia con la gira de la banda. Miró a Issi, que se le acercó y le dio un beso antes de ponerle una galleta en la boca.

—¿Pasa algo?, ¿qué quería Sean?

—Ahora te lo cuento. ¿Habéis terminado?, ¿vemos los dibujos un ratito?, ¿eh?, ¿qué me decís, chicos?

Agarró a cada uno con un brazo y se los llevó al salón. Estaban en pijama y hacía algo de frío, así que subió un poco la calefacción y se enfrascó en solucionar el problema del videojuego de los dinosaurios sin poder quitarse a Emma Capshaw de la cabeza y la coincidencia poco

afortunada con su inminente viaje a Australia.

Respiró hondo y observó a Issi y a Aurora, que recogían la cocina, subían y bajaban escaleras, haciendo mil cosas, hasta que Caitlin despertó llorando y su madre subió a su cuarto para cambiarla y darle el pecho.

Un buen par de horas de trajín hasta que al fin pudieron quedarse a solas, con los niños en la cama y la clara intención de cenar tarde, pero tranquilamente.

—Princesa...

—Cinco minutos y cenamos ¿de acuerdo?, se ha hecho tardísimo.

—Vale, no importa —la abrazó por detrás y le besó el cuello con la boca abierta— ¿Estás bien?

—Sí ¿y tú?, ¿qué te dijo Sean?

—Nada bueno —siguió acurrucado en su cuello y cerró los ojos.

—¿Qué ha pasado? —Ella se giró para mirarlo a la cara.

—Bueno...

—¿Qué? —buscó sus ojos y él suspiró.

—Emma Capshaw.

—¿Qué le pasa?

—Liam Galway está rodando en el Desierto de Gobi...

—Lo sé, ¿qué ha pasado?... —se le hizo un nudo en el estómago y se sujetó a la encimera de la cocina, él se pasó la mano por la cara y le clavó los ojos celestes.

—Apareció allí, en el rodaje, no sabemos ni cómo ni cuándo viajó, pero lo hizo, y se presentó en su hotel, se coló en su habitación y como se encontró a su novia le pegó, la ató y no sé qué barbaridades más. Cuando Galway apareció en el hotel y la enfrentó intentó atacarlo y acabó prendiendo fuego a todo lo que pilló...

—Por el amor de Dios...—buscó una silla y se sentó despacio—. Pero ¿no estaba en la cárcel?, ¿cómo se pudo escapar de la cárcel?

—Hace unos diez días Emma Capshaw salió de la cárcel para ser ingresada, bajo la responsabilidad de su familia, en una clínica de alta seguridad en Kent. Por sus delitos y antecedentes no podían retenerla más en prisión y la dejaron en manos de sus padres, pero está visto que se les escapó o...

—¿Hace diez días que está en la calle y no nos avisaron?

—Me avisaron de que se la llevaban a una clínica y hoy me han llamado para decirme que la pescaron en China.

—¿Tú lo sabías?, ¿por qué no me dijiste nada?

—Acababas de dar a luz, de hecho, el día que Caitlin y tú llegasteis a casa me llamó Sean para contármelo y no quise preocuparte, luego lo olvidé y...

—Vale, vale... —se atusó el pelo y sonrió—. En fin, ¿así que la pescaron en China? ¿Liam y Sylvia están bien?

—Sí, pero esa no es la mala noticia, Issi, hay más —ella le hizo un gesto para que siguiera hablando—. La detuvieron en Dunhuang, Galway presentó cargos, la retuvieron en una comisaría, hoy la iban a trasladar a una cárcel, pero se esfumó y por esa razón Galway se puso inmediatamente en contacto con el despacho de Sean.

—Vale —se levantó de un salto—. Está en China, ¿quién sobrevive en China como fugitiva?, ¿eh?, ni que fuera Lara Croft, seguro que la capturan en unas horas, mejor no darle mayor importancia. ¿Cenamos?, me muero de hambre.

—Claro... —observó como abría el horno y sacaba la lasaña, y decidió soltar lo que llevaba pensando desde hacía un par de horas. Ya que se lo había tomado tan bien, era mejor seguir adelante hasta el final—. Sin embargo, princesa, debemos tomar precauciones. Lo entiendes, ¿no?

—Por supuesto, pero dudo mucho que se acerque a nosotros. ¿De dónde sacará el dinero para pagarse los viajes?, ¿de los reportajes que vendió a nuestra costa?

—Seguramente, pero escucha...

—Siéntate y come antes de que se enfríe —se sentó en su sitio y lo miró— ¿Qué?

—Sean y Kirk opinan que debemos tener mucho cuidado, no bajar la guardia y no pretendo hacerlo, así que he decidido que nos iremos todos a Australia, los cinco, con Aurora por supuesto, y si quieres invitar a alguien por mí perfecto, a tu madre, a Fisher o a quién prefieras.

—¿Australia?, ¿cuándo?, ¿dentro de tres semanas? No, gracias.

—No es una sugerencia, ya lo he decidido, Issi.

—¿Ya lo has decidido? —se echó a reír y él frunció el ceño—. No pretenderás que viajemos todos contigo a Sídney, Ron, es una locura. Solo mover a tres niños tan pequeños en avión es... no puede ser.

—Iremos en vuelo privado y tendrás toda la ayuda que necesites. No pienso dejaros aquí, no viajaré sin vosotros, así que fin de la historia.

—¿Fin de la historia? —empezó a enfadarse y él se puso las manos en las caderas.

—Si no te vienes conmigo anulo la gira, no pienso dejaros aquí con esa loca peligrosa suelta.

—Tú no anulas compromisos, no eres así. Tienes firmada la gira desde hace un año.

—Pero hace un año no sabía que iba a tener a una hija recién nacida en casa y a la gilipollas esa campando a sus anchas.

—Vale, escucha, no sabemos qué pasará, tal vez la pillan esta noche o mañana y no hay que tomar decisiones precipitadas.

—Ya está bien, Issi, no me jodas...

—Pero ¿qué te pasa?, ¿por qué te pones así?

—¿Qué por qué me pongo así?!, porque estoy harto de que para tomar una puta decisión con respecto a mi familia tenga que negociarla contigo durante horas, eso me pasa. Lo que no entiendo es qué coño te pasa a ti —empujó una silla y la tiró al suelo. Issi saltó y se quedó quieta viendo como salía maldiciendo hacia el jardín. Respiró hondo, se levantó y lo siguió intentando mantener la calma.

—Ronan... —salió a la terraza y el frío la detuvo a un paso del césped, se cruzó de brazos y esperó en silencio a que él acabara de dar una primera calada a su cigarrillo—. Cariño.

—Nada de cariño, Issi, si no quieres hacerme caso, a la mierda, se anula la puta gira y nos quedamos todos aquí, no te preocupes.

—No es eso, solo intento ser positiva. Seguro que detienen a esa mujer y ya no hay de qué preocuparse.

—Y qué sabemos nosotros, ¿eh?, ¿qué demonios sabemos nosotros? —se giró y la miró con tanta intensidad que ella asintió.

—Está bien, pero si la detienen antes de tres semanas nosotros nos quedamos.

—Solo si estoy muy seguro de que está a buen recaudo.

—Vale, muy bien...—giró sobre tus talones y volvió a la casa. Ron respiró hondo y la llamó sintiéndose el más miserable de los mortales.

—Princesa... siento haberte gritado, en serio, lo siento mucho, pero es que esto me supera, es...

—Lo sé, ven, vamos a cenar.

—Es inexplicable.

—Lo sé... —Liam cerró los ojos y suspiró oyendo la voz de Eloisse Molhoney, que lo llamaba desde Australia, donde llevaba más de un mes con su familia—. Es completamente insólito.

—Nadie desaparece, así como así, alguien debe estar ayudándola y alguien con muchos recursos.

—Desaparecer es más sencillo de lo que te imaginas, Eloisse. ¿Qué tal en Australia?

—Me encanta Australia, pero ya estoy harta. Ron viaja muchísimo y nosotros no salimos de Sídney. Nos han alquilado una casa preciosa junto al mar, pero hace mucho calor. Es como estar en una sauna permanente y no lo aguanto más. Pasar las Navidades a más de treinta grados ha sido bastante... raro.

—Vaya, lo siento.

—Tú no tienes la culpa.

—Pero esa loca... en fin, atacó a Amanda, ahora a Sylvia, a vosotros, condiciona vuestras vidas y...

—Emma Capshaw no es tu responsabilidad, Liam —interrumpió y él respiró hondo.

—No puedo dejar de sentirme responsable si en teoría hace todo esto por mí.

—Tú nunca has alimentado sus paranoias o sus sentimientos, siempre fuiste muy claro con ella, nunca alentaste ninguna de sus fantasías. Emma Capshaw está enferma y nadie tiene la culpa. No le des más vueltas.

—Es complicado verlo así.

—¿Así que ya estás de vuelta en California? —cambió de tema y él sonrió.

—Sí, y con ganas de marcharme otra vez. Necesito unas vacaciones.

—Cógetelas, ya es hora de que descanses un poco.

—A ver si es posible y ¿la pequeña Caitlin?

—Muy rica, ya tiene dos meses y medio. Es muy espabilada y no sabes lo que disfruta con sus hermanos, se vuelve loca con ellos. Nos tiene a todos encandilados, la verdad, especialmente a su padre.

—No me extraña nada, Michael me ha mandado fotos y es preciosa.

—Gracias a Dios está creciendo muy bien. Mike me contó que habías roto con Sylvia... lo siento muchísimo.

—Bueno, en las crisis es cuando se conoce a las personas, así que por mi parte me alegro de que se haya marchado.

—Vaya...

—Entiendo que lo pasara fatal por culpa de Emma Capshaw, entiendo que pasara miedo por culpa de esa bruja y se asustara, lo comprendo todo, pero no me parece normal que salga huyendo a la primera de cambio. Seré un ingenuo, pero sigo esperando lealtad y apoyo por parte de las personas que me importan.

—Por supuesto, pero...

—Mejor ahora que después, en serio. Solo le deseo lo mejor, pero me ha decepcionado bastante.

—No todas las personas afrontan las dificultades de la misma manera.

—Por supuesto, pero lo que pasó después del incidente, con reproches, gritos, recriminaciones e insultos, fue desde todo punto de vista injusto. No quiero entrar en detalles, pero el infierno que desató... fue... tampoco creo que nos beneficiara a ninguno de los dos seguir juntos.

—Eso está claro, pero de todas maneras lo siento.

—La vida es así.

—Ya, lo sé. En fin, tengo que dejarte, Liam, tengo a la tropa revuelta y solo quería saludarte.

—Muchas gracias por llamar. Manda un abrazo a Ronan y a los niños, también a tu madre, y espero que vuelvas pronto a casa.

—Solo nos queda una semana más por aquí. A ver si nos vemos en Londres o en Dublín.

—Eso está hecho. Adiós.

Le colgó, con esa desazón extraña que siempre le provocaba hablar con ella, y tiró el teléfono encima del escritorio, giró la butaca y observó el paisaje que tenía delante. El Pacífico se extendía interminable delante de sus ojos, el día estaba despejado, como casi siempre en Santa Mónica, y deseó con todas sus fuerzas estar bien lejos de allí, a ser posible en Europa, o mejor aún en Australia, junto a Eloisse, su eterno e imposible amor platónico.

Respiró hondo espantando ese absurdo sentimiento y pensó en su agente inmobiliaria, Janice, que ya había puesto a la venta esa casa de Santa Mónica. Con algo de suerte esperaba deshacerse muy pronto de ella e instalarse en Nueva York definitivamente. Ya no aguantaba más en Los Ángeles, necesitaba una vida diferente, necesitaba un clima diferente, necesitaba otras cosas, necesitaba volver a empezar. Era muy cómodo residir allí si te dedicabas al mundo del cine, pero prefería vivir lejos, en otro mundo, uno mucho más real, mucho más tranquilo y, desde luego, mucho más enriquecedor.

Miró la hora, las doce del mediodía. Su publicista, su ayudante y su coproductor ejecutivo estaban de camino y ya sabía que perdería toda la tarde en interminables y áridas discusiones que no los llevarían a ninguna parte, porque para él la cosa ya estaba sentenciada: la película de China era un fracaso, el rodaje una ruina, todo se había ido al garete y no pensaba seguir perdiendo dinero, así que no pretendía continuar con ella.

Volvió al ordenador y leyó el último informe enviado por la agencia de detectives privados que había contratado para investigar la inexplicable desaparición de Emma Capshaw hacía dos meses en Dunhuang.

China podía ser el país más blindado del mundo, el que más controlaba a sus ciudadanos, el más obsesionado con su seguridad interior, pero eso no había servido de nada a la hora de custodiar a una ciudadana británica acusada de agresión y vandalismo, con graves antecedentes penales en Reino Unido, y con una inestabilidad mental reconocida y certificada.

La mujer se había esfumado como por arte de magia y nadie podía dar con ella. Su familia y sus amigos en Londres se encontraban bajo vigilancia policial, y privada por parte de sus detectives y, sin embargo, nadie sabía nada de ella y el asunto era cada vez más inquietante.

A veces deseaba con todas sus fuerzas que apareciera muerta en cualquier cuneta de China o de Kazajistán, le daba igual, pero otras, se sentía fatal por desearle la muerte y se conformaba solo con poder darle caza para llevarla delante de las autoridades pertinentes.

Esa parecía ser su única misión en la vida últimamente, pescar a Emma Capshaw y meterla en

la cárcel. Estaba obsesionado con eso, no en vano, había intentado matarlo a él y a Ronan Molhoney en Londres, había espiado y vendido su intimidad a la prensa, lo había acusado de violación, de acoso y de mil mentiras más. Había hecho todo lo posible por hundirlo personal y profesionalmente, y al final había aparecido en Dunhuang donde casi mata a la pobre Sylvia. Un episodio que lo había dejado sin novia, hundido y completamente desarmado para enfrentarse a un rodaje que desde el minuto uno se le había puesto cuesta arriba.

Aquella mujer le estaba arruinando la vida, se ensañaba con él porque la había rechazado y porque no estaba bien de la cabeza. Lo odiaba y amaba a la vez, de manera enfermiza, y terminaría destruyéndolo sino conseguía distanciarse del problema y relativizarlo, eso decía su terapeuta, pero era muy complicado relativizar cuando no te dejaban en paz, te perseguían y atacaban a la gente que querías.

Gracias a Dios, sintiendo el timbre de la puerta principal, Ronan se había llevado a Issi y a los niños a Australia con él porque Capshaw controlaba al dedillo dónde y de qué manera vivían en Irlanda, y era capaz de todo por llamar su atención, y Eloisse era el blanco perfecto. Esa delincuente sabía perfectamente lo que él llevaba años sintiendo por la mujer de Ronan Molhoney y le aterraba pensar que podía acordarse de ella en medio de su enajenación asesina, presentarse en Dublín e intentar hacerle daño a ella o a sus hijos. Eso sí que no se lo perdonaría jamás y si para evitarlo tenía que matarla con sus propias manos, lo haría.

—Liam, querido, Sylvia Spoleto es la portada de Vanity Fair del mes que viene —Jennifer, su mano derecha, entró en el despacho sin llamar y lo miró con las manos en las caderas—. Cuenta con pelos y señales vuestra relación, vuestra ruptura, el ataque de Emma Capshaw en China y su nuevo fichaje como protagonista de una serie de Netflix.

—No sabía nada.

—Lo sé. Desde luego, es una zorra que no pierde el tiempo.

—No hables así de ella.

—A las pruebas me remito, menuda oportunista. Ahora la prensa te perseguirá para que hables de ella y de Emma Capshaw y...

—Es igual...

—Liam, tengo un montón de llamadas que contestar y la gente del ballet de Nueva York dice...

—Mandy, su asistente, se presentó sin saludar, pero se detuvo en seco y sonrió—. Buenos días, lo siento, es que tenemos un montón de cosas pendientes y no me coges el teléfono.

—He estado liado.

—Ya, pero es que no sé que hacer cuando desapareces. Todo el mundo quiere matarme y, en serio, hay mucho que solucionar. La cena del viernes en casa de los Douglas, el cumpleaños de Bertie, tienes que decidir el regalo, el decorador de Manhattan ¿Vas a ir con pareja a las galas del Lincoln Center y la Opera de París?

—No.

—Ok, y tienes hora con el quiropráctico y la terapeuta en Nueva York la semana que viene. Ya te has saltado las citas de la semana pasada, así que...

—¿Qué?

—Que no avisamos, porque tú no me avisaste a mí, y se han cabreado un poco.

—¿Cabreado? —preguntó Jennifer—. Deberían dar gracias al cielo de que Liam Galway los elija para...

—Sí, pero él no anula las citas y son gente muy ocupada, no pueden perder las horas de esa

manera.

—Él también es un hombre muy ocupado.

—Ya, pero...

—Me importa una mierda, hay que buscar a otros, si algo abunda hoy en el mundo son quiroprácticos y terapeutas —Jennifer encendió el móvil y Liam respiró hondo sin abrir la boca.

—Gracias, Jennifer, pero si hay que buscar a otros profesionales ya lo hago yo, que para eso soy su ayudante.

—Si te digo la verdad, a veces tengo mis dudas...

—¿Qué?!

—Espabila un poco y no cargues a tu jefe con ese tipo de chorradas. Si tienes que lidiar con terceras personas lo haces tú, que para eso se te paga.

—¡Liam!

—Ya basta —levantó las manos con ganas de despedirlas a las dos y se puso de pie—. Por favor, ¿eh?, que no estoy para oír vuestras discusiones.

—Liam, tío, ¿cómo es que vas a mandar la película al garete? —Robert Weiss, su coproductor ejecutivo, entró por la espalda de Jennifer y se le plantó delante muy cabreado y sin mirar a nadie — ¿Sabes cuánto dinero voy a perder si frenas el puto rodaje?

—Más dinero vas a perder si seguimos adelante con el proyecto.

—Solo queda rodar aquí, hazlo y llamamos a Fred Petersen para que nos haga un montaje en condiciones. Aún podemos salvarlo.

—No voy a trabajar con Petersen que será bueno, pero no hace milagros.

—¿Qué coñ...?

—No voy a seguir con esto, si quieres búscate a otro director que acabe el rodaje y luego lo montáis todo como os dé la gana. Yo no voy a seguir metido en algo que hace tiempo dejé de ser mío.

—El guion es tuyo.

—Ya me pagarás los derechos. Fin de la historia.

—No puedes dejarnos tirados así, Liam, no es profesional. El estudio nos puede meter una demanda que nos va a dejar fritos.

—Mañana tengo una reunión con el estudio y los abogados. No me niego a ceder los derechos del guion y el material de lo que ya tenemos rodado, así podéis hacer lo que queráis con ella. Lo que no pienso hacer es seguir siendo el responsable de toda esta mierda que no tiene nada que ver con mi guion original. Habéis apretado las tuercas y hecho caso a todo Dios menos a mí, así que me retiro y punto. Seguro que la podéis acabar y sacar adelante perfectamente sin mí.

—Si me metí en el puto proyecto fue porque tú eras el cabeza de cartel, Galway, no puedes...

—Sí que puedo, lee los contratos y habla con tus abogados. Puedo retirarme si el criterio artístico de los productores ya no coincide con el mío. Mañana voy al estudio a zanjar el asunto y pasado mañana espero estar bien lejos de aquí.

—¿Qué?! —Jennifer intervino con los ojos abiertos como platos—. Si planeas montar semejante escándalo te quedas aquí y das la cara, yo no pienso...

—Oh, sí, Jenny, sí que piensas, que para eso se te paga —miró de reojo a Mandy y suspiró—. Te pago para apagar fuegos y lidiar con la repercusión pública de mis decisiones. Mandy, por favor, tú cancela toda mi agenda a partir del jueves.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Un par de semanas, ya te llamaré o te mandaré un correo electrónico.

—¿Qué?! —Fred Petersen y Jennifer exclamaron completamente perplejos y él los miró de reojo antes de abandonar el despacho.

—Me voy de vacaciones, necesito un respiro o me voy a pegar un tiro.

—Pero... Liam... ¿cómo no habías dicho nada?

—Acabo de decidirlo. Estoy agotado. Necesito dejar de ser Liam Galway por unos días.

—Liam McDonagh —pronunció su nombre real y saludó con un apretón de manos a la mujer que salió a darle la bienvenida. Estaban rodeados de nieve y aspiró con placer el aire gélido y puro de la montaña antes de abrir la puerta trasera del 4X4 para que Max, su perro, saltara feliz al suelo.

—Encantada señor McDonagh, soy Ruth Geller, mi hija no ha podido venir porque...

—No se preocupe, señora Geller.

—Pase, por favor. He puesto la calefacción, pero tiene leña suficiente para poder usar la chimenea.

Agradeció el gesto y antes de entrar en esa sólida y bonita casa de madera y piedra con vistas al lago Cayuga, miró el precioso paisaje nevado y dio gracias a Dios por estar allí, en Ithaca, en el estado de Nueva York, entre Manhattan y Toronto. Tan cerca y tan lejos de todo, dispuesto a disfrutar de unas semanas de pesca, silencio, escritura, libros y descanso solo con la compañía de Max, su Golden Retriever, que ya andaba correteando por el jardín encantado de la vida.

Había tenido la maravillosa idea de prescindir de todo su equipo y había organizado la escapada él solo a través de Internet, como las personas normales, así que nadie sabía dónde andaba y tampoco pensaba informarlos hasta que se hartara de no hacer nada y decidiera volver a la civilización. Eso ya llegaría, pero, de momento, el teléfono estaba apagado, pensaba usar mínimamente el ordenador y estaba dispuesto a no relacionarse con ningún otro ser humano a menos que fuera estrictamente necesario.

Solía vivir rodeado de gente, siempre, desde hacía años, a pesar de ser un lobo solitario reconocido, y necesitaba estar solo, necesitaba pensar y centrarse, no oír a nadie, ni tener que responder a nadie. Necesitaba retirarse para volver a respirar, para volver a empezar, y más aún después de la hecatombe que se había montado por su decisión de abandonar el proyecto de China.

Aquello iba a traer cola, seguramente alguna que otra demanda. Toda la prensa especializada ya hablaba del tema a los diez minutos de haberlo zanjado con la productora y no tenía ninguna intención de recular o dar explicaciones. No solía cambiar de opinión y mucho menos en lo tocante al trabajo.

—La cama del dormitorio principal está hecha, las demás no, pero si necesita sábanas o mantas, en el armario del pasillo hay de todo. ¿Espera a su familia?

—¿Disculpe? —observó a la señora Geller sin poder dejar de admirar lo acogedor que era el salón, los ventanales que gozaban de una vista privilegiada hacia el lago y las vigas de madera, y movió la cabeza negativamente—. No, estaré solo con Max, mi perro. No vendrá nadie más.

—La nevera y la despensa están llenas, compramos lo que nos pidió, pero en la ciudad hay supermercados que le pueden traer la compra cuando le empiecen a escasear los productos frescos. Los teléfonos están en la puerta de la nevera.

—Muchas gracias.

—¿Le gusta montar?

—La verdad es que sí, aunque hace años que no lo hago.

—Tenemos un rancho hacia el norte, alquilamos caballos y hacemos unas rutas turísticas muy interesantes. Cuando quiera apuntarse está invitado.

—Lo tendré en cuenta, gracias. Seguro que algún día me acerco, de momento, solo quiero pescar y descansar, no moverme demasiado.

—Usted mismo.

—¿El Wifi tiene una clave o...?

—¿Wifi? No, aquí no hay conexión a Internet, pensé que lo sabía.

—Ah, pues...

—Si necesita conectarse a Internet tiene que ir a la ciudad o, como dice mi nieta cuando viene de visita, utilizar sus datos móviles.

—Por supuesto, no hay ningún problema. Muchas gracias.

—La cobertura del teléfono móvil tampoco es muy buena, debería tenerlo en cuenta.

—De acuerdo.

—¿A qué se dedica? —preguntó muy seria y Liam sonrió involuntariamente. Hacía siglos que la gente lo reconocía en todas partes, en los Estados Unidos, en España o en Japón, daba igual dónde apareciera así que, que aquella señora tan amable le preguntara por su trabajo le pareció casi una broma y la observó con atención, pero ella no cambió el gesto y continuó imperturbable.

—Estoy en la industria del espectáculo —contestó dándole la espalda y ella caminó hacia la puerta.

—Trabajo duro, me imagino. Lo dejo descansar y llame a su perro o se va a constipar allí fuera. Hace mucho frío.

—Gracias, señora Geller ¡Max, ven aquí!, ¡vamos, chico!, venga, adentro —lo dejó pasar y se despidió de su casera con la mano. Ella se subió a su *pick up* de un salto, aceleró y dejó la propiedad en un santiamén.

—Maxi, creo que lo vamos a pasar muy bien por aquí —recorrió la planta baja de la casa con él pegado a las piernas, todo le pareció perfecto, y luego se metió en la cocina sacándose el anorak— ¿Tienes hambre?, yo sí, así que haremos unos buenos filetes para cenar.

Amanda Heines de paseo con sus gemelas Atlanta y Dallas por Rodeo Drive... vomitivo, pensó Emma Capshaw antes de destrozarse la revista de cotilleos con las dos manos. Estúpida, egoísta y presuntuosa idiota la exmujer de Liam. ¿A quién se le podía ocurrir poner esos nombres a unos inocentes bebés? Pobres niñas, como si no tuvieran ya bastante con tenerla a ella como madre.

La gente de Hollywood era gilipollas y lo peor de todo es que había miles de personas alrededor del mundo que los admiraban y copiaban sus ocurrencias, como la idiotez poner nombres de ciudades a sus hijos: Atlanta, Savannah, Alaska, Dallas, Phoenix, Austin, Tucson o incluso Tulsa... ¿qué pretendían?, ¿ser originales? Patéticos, eso es lo que eran.

Se puso de pie y se lanzó a caminar por el lado sur de Circular Quay detrás de los Molhoney. Le estaba encantando Sídney y estaba claro que a ellos también, porque el sol y la playa siempre eran estupendos para los niños, y los Molhoney tenían tres. Dos preciosos querubines que corrían delante de sus padres, de su abuela, de su niñera y de su tío Mike, mientras Issi llevaba el carrito con la pequeña Caitlin y Ronan, el guapo Ronan Molhoney, la abrazaba por los hombros.

La niña no había cumplido los tres meses y Eloisse ya estaba igual que antes, luciendo abdomen plano y terso con una camiseta que se le subía por encima del ombligo, vaqueros blancos ceñidos y sandalias planas, el pelo oscuro recogido en un moño de bailarina y gafas de sol. Su marido se acercaba a ella y le besaba de cuando en cuando la cabeza, muerto de la risa. Seguro que iban hablando de algo muy divertido con Michael Fisher, su amigo eterno, su compañero en los escenarios del Royal Opera House, el brillante bailarín que había dejado la danza profesional para pasarse a la producción artística del Royal Ballet. Otro tipo atractivo y sexi que se había hecho muy amigo de Liam Galway. Lástima que fuera gay y estuviera casado.

Se detuvo al ver que los dos escoltas que los seguían se acercaban a Ronan para indicarle dónde estaba el restaurante en el que seguramente tenían reserva para comer, y aprovechó para sentarse y mirar a lo lejos el Opera House de Sídney. Era impresionante y sabía perfectamente que allí habían actuado alguna vez Ronan Molhoney con su banda y Eloisse y Michael Fisher con su compañía. Gente con suerte.

Respiró hondo y observó disimuladamente como Ronan, vestido con vaqueros desteñidos y una camisa de lino blanca abierta hasta casi el último botón, se sacaba las gafas de sol y se dirigía a ese tipo negro y alto, Kirk Nosequé, su escolta, su jefe de seguridad, el que siempre lo acompañaba a todas partes y al que ella más temía porque era un profesional con recursos y mucho oficio, y podía arruinarle la vida en cualquier momento.

Se ajustó la gorra y miró de soslayo cómo Kirk oteaba el horizonte y los animaba a seguir andando unos metros hacia aquel local de lujo que tendría preparado para ellos un reservado especial con vistas al mar, eso imaginó, y buscó un sitio justo enfrente para esperar a ver qué hacían después de la comida.

Madre de Dios, susurró, admirando a Ronan Molhoney. Ese irlandés de ojos celestes siempre había sido un bellezón, pero con los años estaba aún más bueno, y envidió una vez más a Eloisse Cavendish, la señora Molhoney, que se lo había agenciado hacía tanto tiempo y sin ningún

esfuerzo, dejando a las demás sin ninguna esperanza de pillarlo porque, estaba claro, Ron estaba loco por ella.

Afortunadamente, eso le daba igual, solo se limitaba a admirar a Molhoney, o a los guapos como Molhoney, sin ninguna intención o interés porque ella ya tenía a su hombre, al amor de su vida, a Liam Galway que, a sus cuarenta y seis años, seguía siendo el hombre más espectacular y sexi del planeta.

El teléfono móvil le vibró en los vaqueros y lo sacó para leer un mensaje de Boris, su ángel de la guarda, y leyó que Liam había dejado Santa Mónica para viajar a un destino desconocido. Respondió con un somero OK y siguió vigilando el restaurante donde estaban los Molhoney.

Llevaba una semana siguiéndolos y ya sabía cuándo podría acercarse a Eloisse, en cuanto Ron se diera la vuelta para ir a trabajar lejos de Sídney, ella se aburriría un poco y descuidara la seguridad.

Issi odiaba el servicio de escoltas y la férrea vigilancia que su marido imponía a su alrededor, así que solía aprovechar cualquier resquicio de libertad para escaquearse de Kirk y sus esbirros. Era muy previsible, siempre lo había sido, así que sería coser y cantar. En cuanto Ronan se alejara un poco y su mujer aflojara la cuerda, ella podría arrebatarle a Caitlin y entonces, no le cabía la menor duda, Liam tendría que responder y comportarse como un caballero.

Volvió al teléfono para enviar una alerta a un paparazzi que conocía en la ciudad, para decirle dónde estaba la familia Molhoney comiendo, y se entretuvo en revisar la agenda que le quedaba a Ronan en Australia. Solo le faltaban un par de conciertos, uno en Victoria y otro en Sídney. No había mucho margen de maniobra y tenía que actuar rápido. Ya tenía preparada una canastilla para el bebé, un sitio para esconderse y una vía de escape segura, aunque en realidad esperaba no tener que salir de Australia porque seguramente Liam, que al fin le haría algo de caso, aparecería enseguida por allí.

La única duda que le quedaba por resolver era si en caso de necesidad podría hacerse con James o Alexander Molhoney. Por supuesto, quedarse con un bebé de tres meses era mucho más fácil que controlar a un niño de tres o cuatro años, pero si la suerte fallaba y tenía que abortar lo de Caitlin, no le quedaría más remedio que secuestrar a uno de sus hermanos, y eso complicaría bastante las cosas.

Un bebé no sabía de madre o de padre, solo necesitaba comer y estar limpio, sin embargo, un crío berreando y llamando a su mamá sería un verdadero incordio, así que lo mejor era no equivocarse la ocasión y aprovecharla bien. Iría a por Eloisse cuando saliera de compras o de paseo, sin Ronan cerca, le quitaría a la niña y desaparecería sin dejar rastro. Ya lo había hecho antes y sabía que todo iría bien.

Sonrió pensando en su huía de China y se animó enseguida. Contra todo pronóstico la habían olvidado en esa celda de Dunhuang, por cuatro monedas había conseguido huir de la cárcel y del pueblo, y llegar a la frontera de China con la Federación Rusa donde Boris y su gente la estaban esperando para llevarla a Jabárovsk. Desde allí todo había ido rodado, en veinte días estaba en Japón, después en Filipinas, donde se enteró de que la familia Molhoney al completo se encontraba en Australia, y de Manila a Sídney en un santiamén. En realidad, llevaba dos meses viajando, pero a ella se le habían pasado volando.

En Send Prison, la cárcel de las afueras de Londres dónde la habían encerrado tan injustamente tras el incidente en el Victoria&Albert Museum con Liam y la pandilla envidiosa y embustera de sus amigos, había hecho muchos planes para recuperar su libertad, rehabilitar su nombre y recuperar a Liam Galway. Cada día que pasó en prisión, más de un año, con sus meses y

sus semanas, los había dedicado a planificar minuciosamente su futuro. Sabía que no podía pasar mucho entre rejas y cuando su abogado y los siquiátras que contrataron sus padres consiguieron probar que estaba loca y aquella «mentirijilla» logró que la llevaran a una clínica mental para cumplir su condena, supo que la mitad del camino ya estaba hecho.

En la cárcel había conocido a Anya Lébedeva, una rusa guapísima y muy lista, condenada por tráfico de personas y proxenetismo, que la empezó a animar en sus planes y quién le habló por primera vez de Boris, su hermano, que vivía en Rusia y que era el cerebro de toda la organización que habían montado en Moscú para conseguir trabajo en bares de alterne y clubs nocturnos de Reino Unido, Francia o Italia, a chicas de la Europa del Este. Anya aseguraba que hacían una labor social salvando a esas pobres chavalas de la pobreza y la miseria, que lo suyo era una agencia de empleo, y juntas empezaron a gestar una colaboración profesional que hasta el momento estaba resultando perfecta.

Gracias a sus contactos en el mundo del cine y el espectáculo, fruto de su trabajo como ayudante de Liam Galway, y como reportera en agencias de prensa que se dedicaban a los famosos, logró convencer a Anya para echarle una mano. La rusa se quedó con toda su agenda privada de celebridades, para usarlos como futuros clientes a los que chantajear y desplumar, y le cobró una fuerte suma de dinero por facilitarle sus propios contactos en Londres, personas que le conseguirían un pasaporte falso o la ayudarían a desaparecer de Inglaterra cuando hiciera falta. Perfecto. Aún tenía mucho dinero guardado en cuentas de banca digital y en metálico, escondidos en dos cajas de seguridad a nombre de su madre, y no le dolió nada pagarle lo que le pidió con tal de quedarse con ese As bajo la manga, un As que no tardó mucho en utilizar.

Ya en la clínica siquiátrica convenció a su madre para que le llevara un teléfono móvil y antes de una semana consiguió contactar con los colegas de Anya para preparar su huida del Reino Unido. No fue nada complicado escaparse del siquiátrico, allí no había apenas vigilancia, y en una de las sesiones de terapia de grupo salió al jardín y desapareció.

Una vez en la calle cogió un taxi, se presentó en casa de su madre y la presionó con mil promesas de enmienda para que sacara el dinero de las cajas de seguridad. Ella, que solo quería ayudarla, accedió y la acompañó al banco. A las veinticuatro horas estaba recogiendo un pasaporte y varias tarjetas de crédito falsas a nombre de Anne de Cleves, como la cuarta esposa de Enrique VIII, su nueva identidad. Una identidad con la que salió de Londres camino de Pekín sin que nadie la detuviera.

Estaba en el siquiátrico cuando leyó en una revista que Liam Galway estaba rodando en el Desierto de Gobi. En la cárcel no la dejaban usar Internet o ver la prensa, pero en la clínica todo era más permisivo, nadie se molestaba en controlar sus lecturas, y ahí se enteró de que el amor de su vida volvía a rodar como director y con un guion suyo, así que no tenía más remedio que correr a su lado para apoyarlo y ayudarlo en su trabajo.

Lo demás ya era historia.

Las cosas se habían complicado un poco en China por culpa de zorra a la que Liam tenía en su hotel, pero Boris y su gente la habían rescatado, la estaban ayudando, le daban cobertura y, aunque salían carísimos, se habían hecho amigos, confiaba en él y prefería tenerlo de su lado. Esos rusos sabían moverse por un submundo que muy poca gente conocía y tenían recursos en todas partes, nunca decían que no, ni la juzgaban o cuestionaban, solo le ponían una cifra, ella la pagaba, solucionaban la papeleta y en paz.

Felizmente, aún contaba con fondos y su madre había vendido su piso de veraneo en Benidorm, en España, y le había dado una fuerte suma de dinero para que iniciara una nueva vida

lejos de Londres. Esa mujer era capaz de hacer cualquier cosa por mantenerla lejos, lo sabía, así que no cerraría el grifo y podría seguir pagando a los rusos hasta que Liam entrara en razón y se casara con ella.

De pronto vio salir a los Molhoney del restaurante y volvió a la realidad poniéndose de pie. Por su derecha divisó a un paparazzi con la cámara preparada y se alegró, porque se llevaría una buena comisión por ese reportaje. Miró a Ronan y lo vio con la bebé en brazos. La niña llevaba un vestidito de verano rojo y un sombrero blanco, era una muñeca y su padre le estaba hablando ajeno al reportero, mientras Issi cargaba con Alex y James salía en brazos de su abuela camino del coche.

En ese momento decidió que si no se podía llevar a Caitlin se llevaría seguro a James, porque era más tranquilo y estaba menos enmadrado que Alexander. Se alegró de verlo de repente tan claro y dio un paso atrás contemplando como su amigo paparazzi y otro reportero los acrobillaban a fotos y a preguntas. Todos los adultos bajaron la cabeza y caminaron deprisa, pero el reportaje ya estaba hecho y sería muy bonito: *La familia Molhoney al completo en uno de los mejores restaurantes de Sidney*. Seguro que se vendía en la mayoría de las revistas y periódicos del mundo.

Con ellos la venta siempre estaba asegurada, porque además de ser muy famosos, eran guapos y tenían unos hijos preciosos.

No se movió siguiéndolos con los ojos y sintió vibrar nuevamente el teléfono en el bolsillo, lo sacó y leyó el mensaje de Boris con una sonrisa: Galway localizado. Condado de Tompkins. Ithaca. Estado de Nueva York.

—Tranquilo, Maxy, ya falta poco —abrazó más fuerte al pobre Max, que se había destrozado una almohadilla corriendo por el campo, y él se le acurrucó en el pecho igual que un bebé—. La doctora te atiende enseguida, tranquilo.

Miró la sala de espera vacía de la clínica veterinaria y se preguntó cada vez más inquieto dónde diantres andaría esa mujer, que era la única veterinaria que había cerca de su casa. Respiró hondo y cerró los ojos sintiéndose muy culpable.

Llevaban solo una semana en aquel rincón perdido del mundo y ambos, su perro y él, estaban ya completamente asilvestrados. Max corría por el río o por el campo como loco, lo dejaba perderse por la propiedad de la casa a su libre albedrío y tarde o temprano iba a acabar pasando algo grave porque Max, como él mismo, no estaban acostumbrados a tanta libertad y a tanta naturaleza salvaje. De hecho, el Golden Retriever se había pasado toda su vida rodeado de comodidades, tocando poco el parque y moviéndose por entornos controlados y sin ningún peligro.

Levantó la cabeza un poco desesperado y se encontró con un espejo delante. Llevaba diez días sin afeitarse y tenía una barba poblada y llena de canas. Se atusó el pelo largo, también algo canoso, y pensó que se estaba convirtiendo en el vivo retrato de su padre.

—Buenos días ¿Qué tenemos aquí? —al fin alguien apareció por allí y él se puso de pie con Max en brazos—. Soy la doctora Monroe.

—Buenos días, creo que se ha roto una almohadilla, ha sangrado bastante y no deja que le toque la patita.

—Vamos a ver —se acercó a Max poniéndose las gafas— ¿Cómo te llamas, guapo?

—Max, se llama Max.

—Muy bien Max, es cierto, tienes una almohadilla rota. Hay que quitar los restos y limpiarla. No es nada grave, pasemos a la consulta, por favor.

—Muchas gracias. ¿Ves, chico?, no es nada grave.

—Déjelo en la camilla y sujételo, por favor, señor...

—McDonagh, Liam McDonagh.

—¿Nos conocemos de algo?

—No creo, solo estoy de vacaciones por aquí.

—Vale... —la doctora, que era una mujer de mediana edad, nativa norteamericana, muy sonriente y cariñosa, dejó de prestarle atención inmediatamente y se concentró en Max— ¿Cuántos años tiene Max?

—Dos, lo adopté hace año y medio. Era de un amigo que lamentablemente murió y yo me lo quedé.

—¿Y dónde suelen vivir?

—En la playa, en California, pero también pasa mucho tiempo conmigo en Manhattan. No está muy acostumbrado al campo.

—Se pondrá bien enseguida, está sanísimo y muy bien cuidado ¿verdad Max? —cortó el trozo de almohadilla que le quedaba, Liam cerró los ojos y esperó a que lo limpiara y le pusiera una

inyección—. Como es un perrete de ciudad le administraremos la antitetánica y un antibiótico, pero dudo mucho que haya complicaciones.

—Muchas gracias, doctora Monroe.

—Oneida, me llamo Oneida.

—Bonito nombre.

—Es el nombre de mi tribu, los Oneida. Pertenecen a la Confederación Iroquesa, la de las Seis Tribus, que incluye a los mohawk, los oneida, lo onondaga, lo cayuga, los seneca y los tuscarora. Residentes en esta zona y al sur de Canadá desde tiempos inmemoriales —lo miró a los ojos y le sonrió—. ¿De dónde es usted, señor McDonagh?

—¿Yo?, bueno, me crie en Luisiana, pero desde los dieciocho años vivo entre Nueva York y California.

—Tiene un inequívoco rastro de acento sureño. Me ha recordado a Rhett Butler. ¿Seguro que no nos conocemos, señor McDonagh?

—Seguro que no y llámame Liam, por favor.

—Muy bien, Liam. Bueno, Max, ahora te voy a poner un zapato para que no te hagas daño —Liam observó cómo le ponía una especie de calcetín de goma y lo besó en la cabeza. Se había portado genial y pensaba recompensarlo en cuanto llegaran a casa—. Hoy y mañana que no corra por ahí, habrá que vigilarlo, pero seguro que en cuarenta y ocho horas estará curado. ¿Es tu primer perro?

—De adulto sí, me crie con perros, pero desde que dejé la casa de mis padres... en fin, hasta que llegó Max no había vivido con ninguno.

—Entiendo, pues no te preocupes, es un accidente bastante habitual, le podría haber pasado en Central Park, aquí o en una playa californiana.

—Está bien, muchas gracias.

—¿Has venido solo o con la familia, Liam?

—Solo con Max —contestó pasándole la tarjeta de crédito. Ella cobró la consulta y lo miró a los ojos.

—Tal vez te apetece salir a tomar algo o... aquí somos pocos, pero acogedores. Paramos siempre en el bar de Charlie, está justo antes de llegar a Ithaca. Dentro de la ciudad los bares son en su mayoría para estudiantes.

—Lo tendré en cuenta, pero no prometo nada, he venido de retiro total y...

—¡Oneida! —llamó una mujer y Liam aprovechó de despedirse y caminar hacia el coche sin soltar a Max. No quería parecer descortés, pero no estaba para copas o bares, o para relacionarse con la gente, así que acomodó a Max en el asiento del copiloto, dando la espalda a la veterinaria, hasta que tuvo que girarse para decirle adiós con la mano.

—Liam McDonagh —susurró la recién llegada caminando hacia él con las manos en los bolsillos—. Encantada de conocerte, al fin.

—¿Perdone?

—April, April Geller, tu casera.

—Claro, April, ¿cómo estás? —se apoyó en el coche y la observó sonriendo. Era mucho más joven de lo que imaginaba y vestía como un leñador. Extendió la mano y ella se la estrechó con vigor—. Encantado.

—No he podido ir a verte personalmente porque he tenido mucho trabajo, pero mi madre dice que va todo bien por ahí.

—Sí, perfectamente, gracias.

—¿Y qué le ha pasado a este chico tan guapo? —se acercó al coche y abrió la puerta sin su permiso para acariciar a Max que, por supuesto, respondió moviendo la cola—. Eres precioso, cariño, precioso.

—Se ha roto una almohadilla, nada grave —respondió Oneida Monroe y se acercó más para fijar los ojos sobre Liam—. Deberías haberme dicho que eras el inquilino de las Geller, te hubiese hecho un precio especial.

—No pasa nada, ha sido una tarifa justa. En fin, tenemos que irnos, pero...

—La casa está rodeada de peligros para un perrito forastero, siento mucho el accidente —susurró su casera sin dejar de acariciar a Max.

—Bueno, estas cosas pasan. Muchas gracias, pero tenemos que irnos.

Se subió al coche y vio que su móvil estaba con cobertura porque tenía un montón de llamadas perdidas, varias alertas de mensajes y cientos de correos electrónicos. Se puso las gafas y revisó primero los mensajes, todos de trabajo y uno de Amanda con varias fotos de sus gemelas, luego abrió el correo electrónico y leyó dos de Jennifer dónde le contaba que la productora había desistido en demandarlo y que un director joven y muy prometedor había accedido a hacerse cargo de la película. Estupendo. Siguió revisando las propuestas de trabajo, los proyectos pendientes, los ruegos de Mandy para que confirmara tal o cual historia sin importancia, respondió rápidamente a un mensaje de su hermano Brian, que desde Baton Rouge le informaba sobre el bienestar de la familia y de la fundación que presidía, y finalmente leyó un mensaje de Michael Fisher en el que le contaba que ya estaba de vuelta en Londres tras pasar una semana en Australia con los Molhoney.

Por un momento pensó en él, en Eloisse y en Inglaterra, y contempló la idea de coger el primer vuelo y plantarse en Londres para pasar unos días en la ciudad viendo teatro, visitando amigos y restaurantes de moda, relajándose a todo lujo, pero desistió de inmediato. Ithaca no era precisamente el glamur personificado, pero sí era un lugar muy agradable y tranquilo, un remanso de paz, un paraíso que había conseguido devolverle la calma y la cordura, y eso no tenía precio.

Gracias a Ithaca había vuelto a ser una persona anónima, había vuelto a escribir y ya tenía muy encaminado un nuevo guion, estaba comiendo y durmiendo muy bien, disfrutaba del don del silencio, y no pensaba prescindir de aquello a menos que fuera estrictamente necesario.

Contestó a Mike, respiró hondo y levantó la vista hacia la clínica veterinaria. Max se había quedado plácidamente dormido en el suelo, junto al asiento del conductor, y se inclinó para acariciarle el lomo antes de tomar una decisión inevitable. Se enderezó, abrió la puerta, salió otra vez al frío y se acercó a Oneida Monroe y a April Geller, que se habían quedado charlando en la entrada de la clínica.

—Lo siento, solo una cosa más, April.

—Tú dirás.

—Me quedan cinco días de alquiler, pero me gustaría prorrogarlo, si es posible.

—¿Por cuánto tiempo?

—No sé... —se atusó el pelo y miró a su alrededor— ¿No me venderías la casa?

—¿Qué?!, ¿en serio?

—Dime una cifra y yo te hago una oferta, me gusta mucho el lugar y la casa. Dudo mucho que pueda conseguir una propiedad mejor por aquí, así que...

—Lo siento, Liam, pero no está en venta, es una herencia de mi padre, él la construyó con sus propias manos y no entra en mis planes deshacerme de ella, sin embargo, podemos ayudarte a encontrar algo similar por aquí.

—Ah, entiendo, bien, pues nada. ¿Cuánto tiempo puedo quedarme? Si me la alquilas un mes más sería estupendo.

—¿Un mes? —sacó una agenda del bolsillo de los vaqueros y la revisó mientras la doctora Monroe no le quitaba los ojos de encima—. Sí, un mes puede ser, luego llegan los Harrison. Suelen venir todos los años.

—Trato hecho —le dio la mano y ella asintió.

—Pasaré por la casa con el nuevo contrato.

—Mándamelo por correo electrónico.

—No tiene correo electrónico, ni Facebook, ni Twitter, ni Instagram. No sabe lo que es internet —bromeó la veterinaria y April Geller sonrió—. Es una chica analógica, Liam, solo lleva el móvil por si tiene alguna emergencia.

—Y me parece perfecto. Está bien, te espero en casa. Gracias a las dos. Adiós —se dio la vuelta para regresar al coche y escuchó como Oneida lo llamaba, así que se giró para mirarla a los ojos.

—Vente al bar de Charlie una de estas noches, Liam, no nos hagas sufrir demasiado —soltó muy alegre y él, sin querer, frunció el ceño y se subió al 4X4 sin decir nada—. Yo invito a la primera ronda.

Asintió y puso en marcha el coche sabiendo que nunca iba a ir a ese bar a pasar la velada. Hasta el momento su vida anónima le estaba encantando, esa gente parecía no reconocerlo y quería seguir disfrutando de las mieles del anonimato unas cuantas semanas más.

Si nadie en diez días le había soltado aquello de: «¡Tú eres Liam Galway!» señalándolo con el dedo, ya estaba viviendo un auténtico milagro, y no pensaba ponerlo en riesgo.

Giró el volante, miró a sus nuevas amigas, les hizo una venia de despedida, salió a la carretera y se dirigió a su casa sin mirar atrás.

—La casa tiene cuarenta metros más que la nuestra, la propiedad es de las mejores del condado y...

—Pero no es la vuestra —interrumpió a April Geller y ella se encogió de hombros—. Lo siento, suelo ser leal a mis sentimientos.

—Y me parece estupendo, Liam, pero mi casa no está en venta.

—Todo está en venta, dame una cifra y te hago una transferencia ahora mismo.

—No se trata de dinero, por aquí las cosas no se hacen así.

Lo dejó solo, en medio del salón de aquella espectacular casa construida junto al lago, y él respiró hondo mirando a su alrededor. Lo cierto es que se trataba de una construcción sólida y muy bonita, acogedora, pero no era lo que andaba buscando, para él la casa de las Geller era perfecta y no iba a rendirse tan fácilmente.

Caminó hacia la puerta principal y se quedó en el *porche* observando como Max jugaba en la nieve con su casera, esa mujer insólita, muy joven, pero que parecía vivir en otra época, sin ningún medio digital a su alcance, y que lo trataba con cortesía, pero con una indiferencia tan evidente que lo desconcertaba un poco.

Se cerró bien el anorak y llamó a Max, que corrió hacia él con la pelota en el hocico en cuanto lo vio aparecer en el jardín. Le acarició la cabeza y le tiró el juguete antes de acercarse otra vez a April Geller con la mejor de sus sonrisas.

—Mira, entiendo...

—No entiendes nada si vuelves a mencionar mi casa, Liam.

—Es que es perfecta para mí.

—¿Y eso me obliga a vendértela?

—Supongo que no.

—Por supuesto que no.

—Ok, vamos a dejarlo.

—Si quieres comprar algo cerca del lago compra esta maldita casa, McDonagh, por aquí no abundan las propiedades disponibles y esta es un lujo. No seas cabezota y cómprala antes de que venga otro más listo que tú y se haga con ella.

—Me lo pensaré.

—Tienes cuarenta y ocho horas. Vamos.

Se encaminó hacia su coche y se subió llamando a Max, que la obedeció de inmediato y saltó dentro del 4X4 tan contento. Liam los observó un par de segundos y luego se sentó en el asiento del conductor poniendo la calefacción. Aún era pronto y ella le había prometido visitar otros dos chalés a la venta lejos del lago, pero no tenía ninguna intención de seguir mirando propiedades, así que salió a la carretera mirándola de soslayo.

—No necesito ver nada más, si no es tu casa, será esta.

—Tú mismo.

—Gracias por traerme.

—No es nada.

—¿Vives todo el año aquí?

—Claro —le prestó atención clavándole sus enormes ojos color ámbar y él asintió— ¿Tú piensas instalarte solo por temporadas o...?

—Suelo pasar mucho tiempo en Nueva York, así que Ithaca es la mejor opción para instalarme de manera casi permanente. Mi intención es salir de la ciudad.

—¿También para tu familia?

—Mi familia vive en Baton Rouge —sonrió—. Si te refieres a una familia propia, es decir mujer e hijos, de eso no tengo, solo somos Max y yo.

—Un hombre libre.

—¿Tú tienes familia?

—Mi madre y mi hija, pero mi hija vive en Canadá con su padre.

—Vaya...

Quiso hacer la secundaria en Quebec.

—¿Secundaria? No pareces la madre de una hija adolescente.

—Fui madre muy joven.

—Vale... —ambos guardaron silencio y no volvieron a abrir la boca hasta llegar a su casa veinte minutos después. Liam la dejó junto a su camioneta y ella se despidió de él con una venia tras acariciar a Max.

—Lláname antes de cuarenta y ocho horas y convenceré a los McFallon para que cierren el trato enseguida.

—Muchas gracias, April. Adiós.

—Adiós.

La vio acelerar camino del pueblo y animó a Max a ir a dar un paseo cerca del lago. Tenía la compra hecha y pensaba comer algo ligero antes de sentarse a escribir tranquilamente.

El guion estaba muy encaminado, ya tenía en mente a los actores a los que pensaba ofrecer el proyecto y salvo la prisa que le había entrado por hacer negocios inmobiliarios por la zona, todo iba rodado y en paz. Nadie lo había interrumpido en una semana, Jennifer y Mandy mantenían todo bajo control, Janice, su agente inmobiliaria, le tenía un comprador en firme para la casa de Santa Mónica, y su entorno parecía haberse acostumbrado a prescindir de él. Genial.

Paseó un rato por el bosque, se acercó al lago y en ese preciso instante el teléfono móvil le vibró en el bolsillo trasero de los vaqueros. Se sobresaltó porque por ahí la cobertura iba y venía a su antojo, y contestó de inmediato al comprobar que se trataba de Eloisse Molhoney.

—¿Eloisse? ¿va todo bien?

—Hola, Liam, siento interrumpir tu retiro, Jennifer me comentó que...

—No pasa nada. ¿Cómo estáis?

—Ahora un poco más tranquilos, pero hemos tenido un pequeño susto con Emma Capshaw.

—¿Qué?! —se le paralizó el pulso y apoyó la mano en un árbol— ¿Dónde?

—En Sídney. Ayer nos siguió a mi madre y a mí a una zona comercial e hizo el intento de llevarse el carrito de Caitlin... —sintió cómo le temblaba la voz y una furia ancestral le empezó a subir por el torrente sanguíneo—. Gracias a Dios mi madre estuvo rápida y Kirk, que llegó de inmediato, pero... casi... en fin...

—¿La madre que la parió! —soltó indignado y Eloisse bufó— ¿Kirk la pudo retener?, ¿la policía ha hecho algo?

—La policía se la llevó detenida, pero la soltaron tras pagar una multa. Le retuvieron el

pasaporte con una citación para presentarse en los juzgados dentro de una semana, pero estamos seguros de que ya se habrá largado de Australia.

—¿Sin pasaporte?

—Era falso, ya habrá comprado otro.

—Madre mía, Issi, no sabes cuánto lo siento.

—Lo sé, pero no te preocupes, gracias a Dios solo ha sido un susto. Ahora estamos en el aeropuerto, nos vamos a casa y queríamos que lo supieras. Según Kirk ella, en comisaría, te nombró varias veces como su prometido y exigió que te llamaran para que la sacaras de la cárcel.

—Esto es una pesadilla. ¿Seguro que estáis bien?, ¿necesitas algo?

—Estamos perfectamente, te aseguro que el incidente no duró ni treinta segundos. Menuda es mi madre, ya sabes, la reconoció en medio de la gente y le montó un pollo considerable antes de que llegara a tocar el carrito. En un santiamén Kirk la tenía inmovilizada y la policía se personó enseguida.

—No sé ni qué decir.

—No digas nada, solo ten cuidado.

—Lo cierto es que estoy deseando que me encuentre y se me ponga delante porque...

—Lo mismo dice Ron, por eso he decidido salir de inmediato de aquí, no quiero que se cruce con ella que es capaz de todo, incluso de encararnos de nuevo y... bueno, no pueda sujetarlo...

—Ronan estaría en todo su derecho.

—Seguramente, pero no voy a permitir que se arruine la vida por culpa de esa loca, tampoco quiero que lo hagas tú, así que prométeme que tendrás cuidado y que no te enfrentarás a ella.

—Donde estoy es imposible que me encuentre.

—Da igual, prométele —le dijo firme y él pensó en lo preciosa que era, en su sonrisa, en esos ojos enormes y oscuros que parecían mirar el mundo desde lo más profundo de... — ¡Liam!

—Lo prometo —saltó y contestó muy serio—. No te preocupes, no pienso cometer una imprudencia, pero no me culpes por querer echarle el guante.

—Estupendo, contrata seguridad y que ellos le echen el guante y la metan en la cárcel, incluso mejor en los Estados Unidos, donde las leyes son más duras y las cárceles más seguras.

—Lo tendré en cuenta.

—Me has dado tu palabra, no lo olvides. Te dejo, nos falta muy poco para embarcar.

—Ok, manda saludos a todos y gracias por llamar.

—De nada ¿estás contento en tu retiro?, ¿dónde estás?, ¿en Hawái?, ¿la India?

—No, en Ithaca, cerca de Nueva York.

—Sé dónde está Ithaca, tenía una amiga que estudió allí. En fin, disfruta del descanso y ten cuidado. Nos llamamos. Adiós.

Colgó con una rabia enorme aprisionándole el pecho, silbó hacia Max y volvió a la casa con paso firme, pidiendo al cielo que le diera una oportunidad, solo una, de tener a Emma Capshaw al alcance de la mano.

—Ronan...

Suspiró mirando al cielo y abrazó a Caitlin contra su pecho. La pequeña, que había cumplido los cuatro meses fuerte y saludable como una manzana, comía muy bien y en cuanto salía a la calle se quedaba dormida, así que le besó la cabecita, se cerró la blusa y decidió devolverla al carrito para seguir paseando con los niños por Hyde Park, en Londres, dónde llevaban día y medio acompañando al abuelo Andrew que había pasado por una pequeña intervención quirúrgica y al que no veían desde antes de viajar a Australia.

—Ahora dejo a los niños en casa de mi padre y...

—¿Y qué?

—Voy a comer con Michael y la gente de la compañía en Covent Garden. Estaré fuera poco más de tres horas, tampoco puedo más porque la niña...

—No, Issi, no quiero que dejes a los niños solos y tampoco quiero que andes por ahí...

—Los niños se quedan con Fiona, Aurora, Kirk y los dos escoltas, y yo voy a coger un taxi, iré al restaurante, estaré con mis amigos y volveré a casa enseguida. No pienso discutirlo contigo, estamos en el parque y no estoy sola ¿sabes?

—Ya lo sé, acaban de subir a Instagram y a Twitter fotos vuestras donde apareces dando el pecho a Caitlin en pleno Hyde Park, es increíble.

—¿En serio?, pero... ¿quién? —se giró buscando a los posibles *paparazzi*, pero no vio a nadie en concreto, porque aquello estaba lleno de gente.

—No serán profesionales, pero de la misma forma que gente anónima os ha reconocido y fotografiado a destajo, esa mujer podría andar cerca y...

—Mi amor, no puedo vivir así, no podemos. Estamos tomando todas las medidas de seguridad disponibles, parecemos la familia real rodeados de tantos guardaespaldas, no podemos hacer nada más y yo no puedo encerrarme con los niños en casa. Me moría por venir a Londres y ver a mi gente, así que, por favor, no lo pongas más difícil ¿vale? Vamos a volver a casa de mi padre, dejaré a los niños allí y me iré un rato con Mike y mis amigos, comeré con ellos y en dos horas estaré de vuelta.

—Ok, yo te recojo en el restaurante, manda las señas.

—Ron...

Le colgó y ella respiró hondo antes de guardarse el teléfono móvil en el bolsillo de los vaqueros, miró a Aurora y le sonrió.

Desde que habían sabido que Emma Capshaw campaba a sus anchas por el mundo, Ronan no dormía tranquilo, pero después del incidente en Sídney, que casi había acabado con el secuestro de Caitlin, la cosa había empeorado, se había vuelto paranoico, incluso más sobreprotector de lo que normalmente era, y resultaba imposible que se relajara. Su vida se había convertido en una pesadilla y no podía culparlo, aunque era consciente de que tampoco podían seguir así o se volverían locos los dos.

Según Kirk, y toda la gente experta en seguridad que los rodeaba, era muy, muy difícil que esa mujer apareciera en el Reino Unido. Ninguna fugada de la justicia británica, encima acusada de

acoso e intento de secuestro en Australia, volvería a Inglaterra y menos a Londres, opinaba todo el mundo, pero ellos sabían que no estaban tratando con una persona razonable o medianamente normal, sabían que Emma Capshaw se saltaba todas las reglas de la lógica y que era capaz de todo, así que no podían bajar la guardia, ni siquiera en Londres, y ella no pretendía hacerlo, aunque sí necesitaba un respiro.

Un pequeño alto en el camino, porque estaba muy cansada de todo aquel agobio y no iba a renunciar a la oportunidad de comer con sus amigos en Covent Garden por miedo a que esa mujer apareciera y decidiera seguirla o atacarla, o vete a saber tú que locura de las suyas.

—¿Os quedáis en casa de tu padre, Issi?

Le preguntó Elizabeth, su amiga y sustituta como primera bailarina del Royal Ballet, un par de horas después en el Royal Opera House Restaurant, y Eloisse la miró y negó con la cabeza viendo como le ponían un cuenco de sopa y una enorme ensalada delante.

—No, estamos aquí enfrente, en nuestro piso, aunque ahora los niños se han quedado con mi padre y Fiona en su casa.

—No creo que Ronan quiera dormir en casa de su suegro —bromeó Michael y ella movió la cabeza.

—Aunque quisiera no cabemos, somos tres niños y cuatro adultos, contando solo a Aurora y Kirk, porque hay otros dos escoltas pegados a nuestros zapatos todo el día.

—Menuda faena, Issi, es increíble lo que está pasando con esa mujer. A veces la realidad supera la ficción.

—Emma Capshaw la supera con creces —Michael se atusó el pelo—. Cada vez que me acuerdo de esa noche en el Victoria&Albert Museum me entran vértigos. Ralph y yo seguimos teniendo pesadillas con esa tía armada y amenazando con matarnos a todos.

—Lo increíble es que en un mundo informatizado y súper vigilado como el nuestro alguien así de peligroso viva con total impunidad —opinó George Stathman, director de la compañía, cogiéndole la mano—. Es aterrador, cariño.

—Lo es, pero tenemos que seguir adelante y confiar en la policía o no podremos volver a tener una vida normal y acabaremos más desquiciados que ella.

—Tienes razón, pero, aun así... es una desgracia ¿Qué hace Liam Galway al respecto?

—Imagínate, puede hacer bien poco así que vive como nosotros, preocupado y alerta, encima se siente culpable porque él la metió en nuestra vida, pero quién iba a imaginar... en fin... después del incidente en China, que le costó la relación con su novia, se ha retirado a vivir al campo, lejos de todo, incluso abandonó la película que estaba rodando en el desierto de Gobi.

—Lo he leído en la prensa, pobre Liam.

—Liam está fatal, pero al menos él no tiene hijos —Mike tomó un sorbo de agua y respiró hondo—. Lo que a mí me asusta es que esa demente tiene fijación por Issi y de rebote por sus niños.

—Lo sé y por eso tengo a una ristra de escoltas detrás, no podemos hacer nada más —suspiró y le acarició el brazo—. No te angusties tú también.

—No creo que se atreva a venir al Reino Unido o a Irlanda —sentenció su amigo Peter, el novio de Elizabeth—. Si pisa las islas la pillarán, hay poca gente que pueda escabullirse de las cámaras de vigilancia y del reconocimiento facial.

—Ya, pero esa tía es capaz de todo, se escapó de una comisaría china, llegó a Sídney con pasaporte falso... a saber quién la ayuda, porque está claro que alguien muy poderoso le está dando cobertura.

—Y ¿por qué esa fijación contigo, Issi? —interrumpió Kim, la ayudante de Michael, y él le respondió antes de que ella pudiera abrir la boca.

—Porque Liam se enamoró de Eloisse y no se lo perdona. Está obsesionada con él y cree que no lo tiene por culpa de la señora Molhoney aquí presente. Su mente funciona así de mal.

—Bueno, yo no diría que Liam...

—Sí, Issi, Liam Galway se prendó de ti y todo el mundo lo sabíamos, incluida la desequilibrada de su ayudante que, ¿quién se lo podía imaginar?, resultó ser una psicópata peligrosa.

—¿Por qué no cambiamos de tema? —forzó una sonrisa mirando la hora y se concentró en su comida— ¿Eh?, estoy harta de hablar de esa mujer ¿Qué tal lleváis *Don Quijote*?

—Está muy limpio, niquelado, el estreno será un éxito.

—Yo no estaría tan seguro —opinó George y Mike levantó las manos—. Todavía queda mucho trabajo por hacer.

—No le hagas caso, está casi perfecto.

—¿Cuándo vuelves tú al trabajo, *ma petite*?

—Ya casi he vuelto, estamos con la producción de El Lago de los Cisnes. A pesar del parto y los niños y el viaje inesperado a Australia, he supervisado el vestuario y gran parte de la escenografía. El director es muy bueno.

—Sean Connelly es la leche, me encanta su trabajo, seguro que es un plus para el Ballet de Dublín. No me cabe la menor duda de que haréis una producción estupenda.

—Está toda la ciudad muy ilusionada. Tenéis que ir a verla.

—Por supuesto ¿Y Ronan en qué anda metido?

—Hola... —la voz grave de Ron le llegó por la espalda y se giró para mirarlo a los ojos—. Hola, princesa, ¿llego a tiempo para el postre?

—¡Hola, tío!

Todo el grupo se puso de pie para saludarlo y hacerle espacio en la mesa y Eloisse parpadeó un poco confusa porque no recordaba haberle dicho dónde estaba.

Movió su silla y observó cómo se sentaba a su lado con esa pinta espectacular que tenía siempre, con sus vaqueros y una camisa negra abierta hasta el cuarto botón. El pelo rubio más largo, el bronceado australiano que aún mantenía, y esos ojazos celestes y brillantes que sonrieron a sus amigos y a la camarera que se acercó rauda para atenderlo.

—Buenas tardes, señor Molhoney, ¿qué le apetece comer?

—Buenas tardes. Voy a querer vuestro tiramisú y un café, por favor, nada más, ya he comido. Hola, princesa, ¿estás bien? —se acercó y le pegó un beso en la boca.

—¿Qué haces aquí?, creía que tenías trabajo toda la tarde.

—Hemos avanzado muchísimo así que he ido a casa de tu padre, he recogido a los niños y los he traído al piso. Tienes a Caitlin a cinco minutos, puedes comer tranquila.

—¿Sí?, pues...

—Fiona se ha venido con nosotros, yo creo que tu padre ya necesitaba descansar un poco de los nietos, no quisieron dormir la siesta y estaban alborotando bastante...

—¿Caitlin no se despertó?

—No, duerme como un angelito.

—Vale.

—Acabo de hablar con Galway.

—¿Alguna novedad? —preguntó Michael.

—Al parecer sí. El fiscal de su caso aquí en Londres llamó a su abogado para contarle que habían detenido a una proxeneta rusa, una mujer reincidente que compartió celda con Emma Capshaw durante su paso por Send Prison.

—¿Y?

—Al parecer está intentando conseguir algún trato de favor con la fiscalía, no lo tenemos muy claro, el caso es que ha confesado mil historias delictivas y entre ellas que Emma Capshaw le pagó una gran suma de dinero por documentación falsa, protección y cobertura.

—¿No lo acabo de decir?! —exclamó Mike.

—¿Qué clase de protección? —preguntó Issi.

—Protección para viajar con cierta seguridad por el mundo y cobertura para salir de China, por ejemplo. La rusa ha facilitado el nombre de su contacto y de su organización en Moscú, que no solo se dedica al tráfico de personas, sino también a la falsificación de documentos, y a partir de ese dato la gente de Liam espera rastrear a Emma Capshaw, darle caza y entregarla a las autoridades.

—¿Y eso es legal?

—Mira, princesa, legal o no, lo único que queremos es localizar a esa mujer y meterla en la cárcel, el método para lograrlo me da igual.

—Parece una peli de James Bond —bromeó Elizabeth.

—Ok —respiró hondo y él se acercó y la besó mirándola a los ojos.

—Todo controlado, no le des más vueltas ¿ok?, ¿Issi?

—Ok.

—Perfecto ¿Qué tal vosotros?

Miró al grupo, estiró la mano y la posó sobre su muslo, por debajo de la falda. Ella suspiró y se pegó al respaldo de la silla oyendo como todo el mundo empezaba a contarle sus cosas y como él los oía con una sonrisa en la cara, tan atento y agradable, aunque sabía que en el fondo toleraba bastante poco a sus amistades del mundo del ballet.

—¿Tiene los ojos de Issi?

—No, es igual que ella, pero sus ojos son color miel —lo vio sacando el teléfono para enseñar las millones de fotografías que tenía de la niña y de James y Alex, y pensó que ya era hora de marcharse—. Mañana podríamos traer a los niños o podríais subir vosotros a casa para...

—Se está haciendo tarde, deberíamos irnos, cariño.

—Sí, queremos ver a la niña, Issi, deberías traerla mañana por la mañana a los ensayos.

—Es tan guapa como su madre —intervino George Stathman—. La verdad es que son iguales.

—Totalmente —opinó Michael mirando las imágenes de los pequeños—. Los tres están riquísimos.

—Ronan...

—Sí, ahora... mirad estas son de esta mañana, en cuanto me ve sonrío y con sus hermanos se ríe a carcajadas.

—¿En serio?

—Es una verdadera muñeca, es igual que tú, Issi.

—Ok, suficiente, cariño, los chicos tienen que volver al trabajo y a mí me gustaría descansar un poco antes de la merienda, los baños, la cena y todo lo demás.

—Tú mandas, princesa.

Salieron hacia la calle, en el camino él se detuvo un par de veces para hacerse un *selfie* con gente del restaurante, se despidieron de los amigos a los que prometió ver al día siguiente, y

cruzaron hacia su edificio que estaba a pocos metros del Royal Opera House, de la mano y a buen paso. Ronan abrió el portal, la hizo entrar y la inmovilizó contra la pared sujetándola por las caderas.

—Madre mía, Issi, estás cada día más buena —le separó las piernas, se le pegó al cuerpo y ella sonrió—. Subamos al ático, tengo las llaves.

—¿Por qué tienes tú las llaves del ático?

—Está a la venta y prometí echar un vistacito —subió la mano por debajo de su falda y le pellizó el trasero lamiéndole el cuello—. ¡Dios!, ¿por qué hueles tan bien?

—Mi amor... —sintió su lengua dentro de la boca y devolvió el beso acariciándole la espalda.

—Schhh, vamos, aún tenemos unos quince minutos. ¿Eh?, ¿princesa?

—Está bien, pero antes quiero que me prometas una cosa —le puso las dos manos en el pecho y le clavó los ojos, él entornó los suyos y le acomodó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

—¿Qué pasa? Tengo un preservativo.

—No es eso, es mucho más serio.

—¿Más serio que un polvo sin preservativo?

—Ronan.

—Vale, ¿qué pasa?

—No sé de qué modo pretende Liam Galway localizar a una organización rusa que se dedica al tráfico de personas y a la falsificación de documentos, la verdad es que prefiero no saberlo, pero necesito que me prometas, que me jures por tus hijos, que no te vas a involucrar en eso, ni siquiera pagando a terceras personas para que...

—Hay gente muy profesional y discreta que se ocupa de ese tipo de investigaciones, Issi, ni Galway, ni yo...

—Me da igual, lo que no quiero es que tú estés mezclado con esa clase de asuntos, es peligroso, tenemos tres niños muy pequeños. Ellos te necesitan, yo te necesito, y no pienso consentir que te metas en algo tan peligroso por un tema que en realidad no nos incumbe directamente, para eso está la policía.

—¿Qué no nos incumbe directamente? Esa mujer intentó matarnos, me apuntó con un arma, nos persiguió y acosó sistemáticamente, intentó secuestrar a mi hija de tres meses en Australia ¿Qué es lo que no me incumbe?

—Vale, tienes razón, pero deja que Liam y sus investigadores se ocupen, por favor. No necesitáis estar los dos involucrados en algo así. Esa gente puede ser muy peligrosa, incluso mucho más que la propia Emma Capshaw y no quiero...

—No voy a ir a Moscú a perseguir mafiosos, solo aportaré mis propios recursos para que den apoyo a los de Liam, es lo menos que puedo hacer. Se trata de mi familia, de mi mujer y mis hijos, no puedo quedarme de brazos cruzados. No me pidas eso porque no podré cumplirlo.

—Pero es que...

—Confía en mí, cariño, todo se hace de forma discreta y perfectamente segura, no te preocupes. En realidad, se trata de agencias de seguridad que tienen oficinas de lujo en La City. Ellos corren los riesgos, ellos van al terreno, yo solo me limito a pagar, y Liam también. No pienso exponerme y mucho menos exponeros a vosotros. ¿De acuerdo?

—Vale.

—Te quiero —volvió a sujetarla y se inclinó para mirarla a los ojos de cerca—. Y te deseo tanto, princesa... ¿te vienes conmigo al ático?

—Todo esto parece una pesadilla interminable.

—Lo sé, por eso hay que intentar ponerle fin cueste lo que cueste.

—Sí, pero... me da miedo que el remedio puede ser peor que la enfermedad.

—Nada de eso, tú tranquila, confía en mí.

—Ok.

—¿Ok?

La inmovilizó otra vez para besarla y luego la agarró de la mano para subir corriendo al ático, la hizo pasar y ella se detuvo para mirar con atención aquel espacio diáfano y precioso antes de sentir su cuerpo pegado al suyo.

—Es muy bonito, a lo mejor a los O’Keefe les interesa comprarlo, Paddy está como loco por invertir en Londres.

—Él sí, pero Manuela no y a mí me gustaría ser el primero en hacer una oferta.

—¿En serio? ¿para qué?

Se giró para mirarlo a los ojos y su sonrisa la desarmó, no pudo resistirse, se acercó y se puso de puntillas para darle un beso en la boca. Él deslizó las manos por debajo de su vestido ronroneando y la hizo andar de espaldas hasta apoyarla contra la pared, la levantó a pulso y se abrió los vaqueros con una mano sin dejar de besarla.

—Esto me recuerda a nuestros tiempos de amantes furtivos, de secretos y mentiras —le mordió los labios y él gruñó antes de penetrarla sujetándola por las caderas—. Parece que fue hace un siglo.

—Si no recuerdo mal te encantada, princesa... Santa madre de Dios —se aferró a su cuerpo y ella sintió, como siempre, que empezaba a flotar en una nube de placer delicioso y caliente y tremendamente intenso—. Te quiero.

—Yo más, mi amor, yo te quiero mucho más.

Se bajó del coche y dejó salir a Max, que también estaba invitado a la cena en casa de April Geller, su casera, que había conseguido un trato estupendo para que pudiera comprar la casa de los McFallon junto al lago.

Ante la imposibilidad de convencerla para que le vendiera su propiedad, se había resignado a quedarse con la McFallon, que era mucho más grande de lo que él necesitaba, pero que iba a cumplir el propósito final de esa adquisición: quedarse una temporada larga a vivir allí, en Ithaca, frente a precioso lago Cayuga, donde los inviernos eran duros, pero dónde, se lo habían advertido, la primavera y el verano eran inmejorables.

Al fin había podido deshacerse de su casa de Santa Mónica, tenía el piso en Nueva York y no necesitaba nada más. Como su madre solía decir en vida, se podían tener muchas propiedades, pero solo se podía tener un hogar, y estaba convencido de que acababa de encontrarlo allí, en medio de la naturaleza y no demasiado lejos de Manhattan.

—¡Bienvenidos! Pasad, pasad.

April les abrió la puerta de su casa y dejó pasar a Max mientras él le entregaba una botella de vino y se sacaba el abrigo.

—Muchas gracias por invitarnos —entró al salón y no vio a nadie más— ¿No viene más gente?

—No, solo nosotros ¿Te importa?

—No, no, claro que no. Tienes una casa preciosa.

—Gracias, Liam, siéntate. Ahora te pongo una copita de vino.

—Gracias.

Saludó a sus perros, que eran dos cocker spaniel muy sociables, y caminó por el caldeado salón observando los muebles y los libros que llenaban las estanterías, que a su vez copaban las paredes de toda esa zona de la casa. Admiró la escalera de madera maciza que llevaba a la segunda planta, y que parecía irregular y muy artesanal, y se acercó a la chimenea donde Max se había instalado ignorando a los Cocker Spaniel, que lo olisqueaban de lejos sin atreverse a tocarlo.

—Maxi, saluda a los dueños de casa, hombre, no seas tan antisocial.

—Déjalos, ya se harán amigos —opinó April y se le acercó por la espalda con una copa de vino—. Siéntate, espero que comas carne, porque he hecho unos chuletones enormes.

—Me encanta, gracias.

—Mi madre me había dicho que habías pedido carne en tu primera compra, pero con los chicos de ciudad nunca se sabe, y llegué a considerar que igual la habías encargado para Max.

—Era para los dos, soy carnívoro, para desesperación de alguno de mis amigos veganos.

—Lo sé, es increíble lo fanáticas que llegan a ser algunas personas.

—Así es... ¿Vives sola aquí?

—Sí, salvo cuando mi hija viene de visita. ¿Tú no tienes hijos?

—No, solo somos Max y yo.

—Y... ¿qué te ha traído en pleno invierno a Ithaca?, aún no te lo había preguntado.

—Necesitaba desconectar de mi vida, estaba agotado.

—¿A qué te dedicas exactamente? —Liam miró sus ojos dorados y se dio cuenta de que no estaba fingiendo y que de verdad no sabía quién era él, así que sonrió y se encogió de hombros.

—Me dedico al mundo del cine.

—Ah, qué interesante. Yo hace mil años que no voy al cine.

—Ya... ni falta que hace.

—Me gusta el cine clásico, el cine independiente europeo, me chifla el cine español, Almodóvar, por ejemplo, y a veces veo cine británico o irlandés, pero todo independiente. Odio el cine comercial y tampoco tengo tiempo para mucho más, así que...

—Entiendo, yo veo de todo.

—Pues Oneida y yo creíamos que habías venido huyendo de algún desengaño amoroso. Hay mucho de eso por aquí, ¿sabes?

—¿Ah sí?

—Sí, mucha gente de nuestra edad que viene a perderse unos días para olvidar una pareja o para llorar a gusto, claro que ninguno ha acabado comprándose una casa.

—Creo que esta compra es lo mejor que he hecho en años.

—¿Piensas quedarte de forma permanente?

—Sí, más o menos, será mi centro de operaciones cuando no esté en Manhattan —estiró las piernas descubriendo que olía muy bien allí, y no eran los chuletones sino un perfume muy agradable a violetas, y la observó con atención.

—La casa es una pasada y estarás siempre muy tranquilo aquí.

—Es lo que necesitamos Max y yo, mucha tranquilidad, me gusta escribir y...

—¿Eres escritor?

—He escrito algún guion.

—Vale —lo miró a los ojos— ¿De qué va? Cuéntame algo.

—¿En serio?

—Por supuesto.

Se pasó media hora hablándole de su nuevo guion, que pretendía ser una historia costumbrista, y muy intimista, ambientada en Baton Rouge, y ella lo escuchó con mucha atención, interrumpiendo de vez en cuando para hacer alguna pregunta interesante, hasta que se puso de pie para servir la cena.

Él, que no estaba muy acostumbrado a que alguien le dedicara tiempo desinteresadamente para escuchar sus ideas, la siguió a la cocina sin poder parar de hablar y acabó sentado a la mesa con un gran chuleton delante y una copa de vino en la mano, desgranándole emocionado todo el trabajo que ya llevaba hecho y que a ella parecía entusiasmar casi tanto como a él.

Era una sensación novedosa y muy gratificante hablar con una persona ajena a su círculo habitual de allegados, y una hora después, cuando se dio cuenta de que había acaparado toda la conversación, se detuvo, se apoyó en el respaldo de la silla y la miró con una sonrisa.

—Lo siento, el entusiasmo me supera.

—No te preocupes, es muy interesante, me encanta tu historia, seguro que triunfas con ella.

—¿De verdad?

—En serio, buenísima. ¿Crees que hay posibilidad de llevarla al cine?

—Sí.

—Genial, seguro de ti mismo, así se hace.

—¿De verdad no sabes...? —se detuvo antes de añadir ¿quién soy?, y ella lo miró muy atenta

—. Nada. ¿Siempre has vivido aquí?

—Sí, bueno, a los dieciocho años me fui con mi novio a la India y después de un mes allí decidimos viajar a Tailandia, Indonesia, Singapur, subimos a China, de ahí al Tíbet... en fin, lo que empezó siendo un año sabático se convirtió en dos y hubiese seguido siendo el resto de mi vida si no me hubiese quedado embarazada de June.

—Vaya.

—Sí, volví solo para dar a luz, pero una vez que la tuve en mis brazos supe que no podría continuar con mi vida de autoestopista aventurera. Era imposible con ella, su padre también decidió quedarse aquí, pero finalmente nos separamos, él volvió a Canadá y yo me dediqué a trabajar con mis padres en el rancho y con los caballos. Se puede decir que apenas he dejado el Estado de Nueva York.

—Yo no diría eso, de hecho, conoces más mundo que la mayoría de los estadounidenses.

—Puede ser.

—¿Qué edad tiene June?

—Quince años. ¿Nunca has pensado en tener hijos? —él negó con la cabeza— ¿No te gustan los niños o...?

—No, no encontré a la persona adecuada para tenerlos y ahora ya me he hecho viejo para pensar en hijos.

—¿Qué edad tienes?

—Cuarenta y seis.

—No es mala edad para ser padre.

—No creo. Lo óptimo es ser un padre joven y vigoroso, con energía suficiente para dedicar a los niños.

—¿Has tenido alguna pareja estable?

—Sí, he estado casado una vez, pero los hijos nunca fueron una opción viable para mi mujer, luego nos divorciamos y... en fin... ya era demasiado tarde para mí. Ahora ella tiene unas gemelas y yo tengo a Max —se echó a reír y April lo miró con una media sonrisa— ¿Qué?

—No pareces un hombre que tenga dificultades para enamorar a una mujer.

—Muchas más de las que te crees.

—¿Hace cuánto que no hay nadie en tu vida?, si no te importa la pregunta.

—Desde hace unos cinco meses.

—O sea que sí estás aquí para curar el corazón.

—No, para nada, ella es una chica estupenda, pero no era una relación... mmm ... no era lo que yo esperaba y tampoco supuso un trauma que se rompiera. ¿Tú te has casado alguna vez? ¿con el padre de tu hija?

—No, no nos casamos y lo cierto es que tampoco creo mucho en los matrimonios, las relaciones estables o el amor verdadero. No conozco a nadie que realmente tenga un amor a partes iguales, ya me entiendes, que se quieran de la misma forma y que de verdad estén en sintonía. Esa certeza me desmotiva bastante.

—Yo sí conozco esa clase de amor, a mí no me ha pasado, pero sí lo he visto en gente cercana.

—¿En serio? ¿Quiénes son esos afortunados?, ¿tus padres?, ¿tus abuelos?

—No, unos buenos amigos, Eloisse y Ronan, son la pareja más unida, fuerte y estable que conozco.

—¿Unida, fuerte y estable?, ¿estás seguro?

—Totalmente seguro —tomó un sorbo de vino pensando en cómo Eloisse Molhoney miraba a

su marido y en cómo él la miraba a ella, y asintió convencido—. Supongo que es algo único, todos los que los conocemos lo vemos como algo excepcional, pero existe y si existe para ellos puede ser posible para los demás, ¿no?

—Mira tú por dónde va a resultar que eres un romántico, aunque claro, eres escritor.

—Bueno...

—¿Llevan mucho tiempo juntos tus amigos?, ¿se han casado?, ¿tienen hijos?

—Llevan juntos desde que ella tenía dieciocho años, se han casado hace unos seis y acaban de tener a su tercer hijo.

—Me alegro por ellos —se levantó de la mesa y él con ella— ¿Quieres un café?

—Sí, gracias.

Entró en la cocina, que era enorme, pero muy acogedora, giró para mirarla con atención y de pronto vio dos rifles junto a la puerta que daba al patio trasero. Suspiró y la miró a los ojos.

—¿Te gusta cazar?

—He cazado toda la vida, pero no, ahora no suelo cazar, solo me gusta disparar. Voy a un campo de tiro una vez por semana y hago prácticas en el campo. ¿Por qué? ¿no te gustan las armas?

—La verdad es que no, he usado algunas en alguna peli... —se interrumpió y se acercó para mirarlas mejor—. He hecho prácticas de tiro, pero no tengo armas en casa.

—Por aquí muchos propietarios tenemos rifles o pistolas, es bastante normal, no deberían asustarte.

—No me asustan, al contrario, a veces hubiese deseado tener una a mano.

—¿Por qué? ¿te ha pasado algo?

—Tengo... —respiró hondo y sin saber por qué habló sin tapujos y mirándola a los ojos—. Tengo una acosadora, una mujer que ha hecho daño a gente de mi entorno, los ha amenazado y lleva haciéndome la vida imposible mucho tiempo. Ante un caso así de grave incluso la policía o tu equipo de seguridad te aconsejan tener un arma en casa.

—¿Qué me dices?! —exclamó y frunció el ceño—. Eso es terrible, Liam, ¿no la han detenido nunca?

—La han detenido dos veces y, por imposible que parezca, se ha escapado las dos veces, así que vivo con bastantes prevenciones. Ahora mismo nadie de mi entorno sabe exactamente dónde estoy para evitar que me rastree. Es muy persistente y está completamente loca.

—Deberías comprarte una pistola y hacer prácticas de tiro, forastero, no estaría de más.

—De momento prefiero confiar en la policía.

—Y yo, pero nunca se sabe cuándo vas a necesitar una ayuda extra, al menos como medida disuasoria. Podrías venirte un día al rancho a montar y de paso podríamos hacer prácticas de tiro en el campo. Será divertido.

—Está bien, eso de la medida disuasoria me gusta.

—¿No sabes dónde está ahora?, la acosadora, digo.

—La última vez que se dejó ver fue en Australia, acosando precisamente a los Molhoney, a Ronan y Eloisse, los amigos de los que te hablé antes.

—¿Los acosa a ellos también?

—Los ataca para hacerme daño o para llamar mi atención, porque sabe que ellos, especialmente ella, Eloisse, es una persona muy importante para mí.

—Madre mía, qué horror. ¿O sea que son australianos?

—No, Eloisse es inglesa y su marido es irlandés, viven en Dublín. Emma Capshaw, la

delincuente que no nos deja vivir en paz, también es inglesa, trabajó para mí un tiempo en Londres, era mi ayudante y se obsesionó conmigo a la par que desarrolló un odio visceral contra Eloisse y... bueno... es una historia muy larga.

—¿Ronan Molhoney?

De pronto dejó lo que estaba haciendo, lo miró de frente y entornó los ojos. Liam la observó con una sonrisa pensando que era una mujer muy guapa, con un aire muy frágil y femenino, algo que contrastaba muchísimo con su forma de vestir y de comportarse, lo que resultaba ser muy atractivo, y esperó en silencio a que volviera a hablar.

—¿Ronan Molhoney?, ¿el cantante irlandés?

—¿A él sí lo conoces?

—¿Cómo dices?

—Nada. Sí, es ese Ronan Molhoney, el famoso cantante irlandés.

—¿Eres amigo de Ronan Molhoney?

—Lo conozco desde hace mucho tiempo, pero soy más amigo de su mujer.

—No me lo puedo creer. ¡Me encanta Ronan Molhoney! Es un músico maravilloso, lo sigo desde hace una década por lo menos.

—Ya, sí, es un tío con mucho talento.

—No sabía que era tan feliz con su mujer y todo eso, yo solo conozco su música, no sé nada de su vida, pero es interesante saber que además de ser un gran artista, es un hombre enamorado y familiar.

—Lo es, tiene mucha suerte de tener a Eloisse y a los niños.

—Ya verás cuando se lo cuente a Oneida, ella también es muy fan. Tienes que presentárnoslo.

—Vale, algún día que...

—¿Y por qué conoces tú a esa gente tan famosa?

—Por muchas razones, pero básicamente fue gracias al ballet. Conocí a Eloisse cuando pasó una temporada como primera bailarina del New York City Ballet, luego la volví a ver en Londres, en el Royal Ballet, y un día me presentó a su pareja, que resultó ser Ronan Molhoney.

—¿Es bailarina de ballet?

—Ahora no baila, se retiró muy joven para dedicarse a su familia, pero es consultora artística del Ballet de Dublín.

—¡Como mola! Tienes una vida muy interesante, Liam McDonagh.

—... —guardó silencio y movió la cabeza—. Sí, la verdad es que he hecho algunas cosas interesantes.

—Genial y a partir de mañana añadiremos las prácticas de tiro. ¿Ok?

—Ok... una pregunta —ella lo miró con esos enormes ojos ambarinos y lo animó con la mano para que hablara— ¿De verdad no usas Internet, ni ves la televisión, ni vas al cine, ni tienes redes sociales, ni...?

—De verdad, ¿por qué?

—Porque es insólito.

—Me lo dice mucha gente, pero es que no me hace falta estar pegada a una pantalla. Nunca me ha interesado demasiado el mundo, seré egoísta, pero vivo aquí y solo me preocupa lo que tengo cerca, las personas a las que conozco y trato a diario. Si tengo teléfono móvil es solo por June, por estar en contacto con ella, pero lo demás me sobra.

—Es una opción legítima y en el fondo te envidio muchísimo.

—Nadie te obliga a estar pegado al ordenador o al teléfono móvil, igual podrías probar la

vida analógica, Liam, y verías que se puede sobrevivir a la antigua.

—Aquí casi vivo a la antigua, hay una cobertura pésima y me gusta, resulta tranquilizador no estar todo el día pendiente del mundo entero.

—Eso es. ¿Juegas al Backgammon? —se lo llevó al salón y lo invitó a sentarse delante de una mesita de juego— ¿O como buen chico sureño prefieres el póquer?

—Lo que quieras, la verdad es que no tengo ninguna preferencia.

—Vale, elijo yo entonces.

Le sonrió y se le sentó delante abriendo el tablero de Backgammon. Liam respiró hondo, miró a los perros, que dormían a pata suelta junto a la chimenea, y aceptó que se sentía estupendamente junto a esa chica que no lo conocía, ni sabía nada de él, ni de su vida, su fama o su dinero, y a la que había visto solo media docena de veces desde que había llegado a Ithaca.

Era increíble cómo se podían establecer lazos con personas completamente desconocidas y sin ningún esfuerzo, mientras con gente cercana el trato se podía limitar a la inercia y la cortesía. Un tema para analizar e incluso para comentar con propia April Geller, que era una conversadora nata. Una mujer muy interesante, fuerte y contundente, en general muy diferente a lo que estaba acostumbrado y que de pronto, después de muchos años de andar dando tumbos, lo hacía sentir a gusto y en paz.

—¿Qué tal en Chile?

—Aburrida, pero al menos aquí es imposible que me encuentre con alguien conocido.

Se levantó de la mesa y se asomó a la ventana del hotel para mirar la impresionante y enorme Cordillera de Los Andes, un conjunto de montañas que enmarcaba Santiago de Chile de una forma casi mágica, y que era el gran orgullo de los santiaguinos, los habitantes de esa ciudad al sur del mundo dónde se había refugiado tras salir de Australia.

—¿Cuándo podré subir a América del Norte, Boris? Me voy a empezar a volver loca.

—Enseguida, mientras tanto aprende español y relájate un poco, Emma. Es un milagro que te pudiéramos sacar de Sídney después de la cagada que...

—Lo sé y lo siento, pero ya llevo demasiado tiempo aquí y si Liam se larga de Ithaca todo será en vano.

—Se ha instalado en ese pueblo de forma permanente, ha comprado un casoplón y está haciendo amigos. Tú no te preocupes por eso, hay otras cosas más urgentes de las que preocuparse ¿sabes?

—¿Qué ha pasado?

—El abogado de Galway se ha enterado por Anya de que te estamos dando cobertura y tu novio ha contratado a unos tíos muy potentes para vigilarnos y llegar a ti a través de nosotros.

—¿Qué?!

—Mi hermana ha tenido que venderte para conseguir un acuerdo con la fiscalía británica, bueno, no solo a ti, a nosotros también. La han vuelto a trincar y ha tenido que cantar, pero no pasa nada, me ha avisado y estamos mareando al personal de Galway, y de tu amiguito Molhoney, que se ha sumado a la fiesta con otra panda de investigadores privados.

—¿Anya había salido de la cárcel?

—Sí, pero la han vuelto a enchironar.

—Madre mía.

—Vale, lo importante es que estamos al tanto de toda la movida. Te llevaremos a Canadá en cuanto haya una salida segura, pero a ellos les haremos creer que estás en Marruecos. Se la meteremos doblada e irán a por ti en Tánger, por ejemplo.

—¿Así de sencillo?

—Sencillo no, porque estamos tratando con gente muy dura que está poniendo todos los medios para cazarte. No se trata de la policía, se trata de gente mucho peor, amiga, pero cuando sabes que te vigilan, es bastante más fácil ponerles cebos falsos.

—Joder, Boris...

—Oye, la culpa es tuya por empeñarte en ir a Australia y por cagarla intentando secuestrar al bebé de un tío como Ronan Molhoney.

—Vale, lo sé, me precipité, pero es que Liam me empuja a hacer esas cosas, me tiene desesperada, me castiga. Está cabreado y necesito hablar con él, solo necesitamos estar a solas cinco minutos y todo se arreglará... y ese bebé era la clave para...

—Ok... —se hizo un silencio y Emma Capshaw notó que, como siempre, Boris juzgaba sus

comentarios sobre su relación con Liam, cosa que la incomodaba bastante, así que se calló.

—Vale, ¿o sea que me llevaréis a Canadá?

—Sí, de Montreal al Estado de Nueva York solo hay un salto, tú tranquila.

—Espero que pueda entrar a los Estados Unidos porque...

—¿Dudas de mí?

—No.

—Bien, ahora hablemos de negocios, me debes una transferencia de diez mil libras.

—La haré en cuanto salga hacia Canadá, antes no.

—No solemos trabajar así, amiga, sabes que el pago es por adelantado.

—Estoy esperando un dinero de Londres.

—Tú misma, pero si no hay diez mil libras por Western Union dentro de cuarenta y ocho horas no hay trato y te quedas en Santiago de Chile hasta el final de los tiempos. Adiós.

—¡Boris!

Le colgó de golpe, como solía ser habitual en él, ella agarró el teléfono y sacó la tarjeta SIM, la tiró y puso otra nueva, tal como le habían enseñado los rusos, con los que ya le parecía llevar demasiado tiempo tratando.

Se estiró decidiendo cómo pasar el resto de la tarde y pensó en llamar a su madre, aunque seguramente la tenían vigilada, y acababa de saber que no solo por parte de la policía, así que desestimó la idea y bajó a la calle para buscar un sitio público de Internet. Desde allí le podría mandar un correo electrónico y pedirle dinero, porque lo cierto es que se estaba quedando sin fondos.

Calculando por encima, llevaba gastadas con la organización de Boris más de doscientas cincuenta mil libras entre pasaportes, traslados, evacuaciones y asistencia de emergencia, porque lo de Sídney había sido una verdadera emergencia de la que la habían rescatado de milagro.

Desgraciadamente, el intento de secuestro de la bebé de los Molhoney había sido frustrado in extremis por la entrometida madre de Eloisse, que había dado la voz de alarma, metiéndola en una situación muy comprometida, grave de verdad, porque Australia no era China y allí no habría podido escaparse de la cárcel tan fácilmente.

El escándalo que montó esa mujer la dejó en evidencia y la puso en manos de Kirk, el guardaespaldas, en un segundo. Él la llevó a la comisaría y desde ahí había pasado a disposición judicial. Una gran suerte, porque el juez la había mandado a casa sin pasaporte y con la orden de presentarse en los juzgados cada semana hasta que se celebrara un juicio. Estupendo, antes de cuatro horas ya había abandonado Sídney camino de Nueva Zelanda por mar y con un pasaporte nuevo en el bolsillo.

Había tenido mucha suerte, pero la maniobra le había costado una fortuna y había acabado casi con todo su dinero, algo que empezaba a alterar a Boris, así que tenía que arreglarlo o se quedaría varada allí, en Chile, sin vuelta de hoja, y eso no podía permitirlo.

Entró en un Café con Internet gratis, se conectó en un ordenador y mandó un correo electrónico a su madre pidiéndole que le ingresara toda la pasta que aún le guardaba en Londres, más una aportación propia a la causa, porque necesitaba ayuda y sabía que la mujer tenía recursos. Siempre había sido una rúcana, una egoísta y había heredado un montón de dinero de su abuela, así que lo menos que podía hacer era aflojar algo de efectivo para ayudar a su pobre hija acusada injustamente de tantas cosas.

Mandó el correo y se entretuvo en mirar un poco la prensa británica. En dos periódicos vio fotos de los Molhoney con sus hijos en Londres, tan guapos, y tan perfectos los dos. Daban asco,

ganas de matarlos, porque nadie se merecía tener tanto de todo en la vida, menos Eloisse, que no había hecho nada para merecer un marido como aquel babeando por ella a cada paso. Ronan, aunque llevaban como diez años juntos, la seguía mirando con cara de bobo, no le quitaba las manos de encima, y eso no era normal, no podía serlo, era injusto, y acabó apagando el ordenador con ganas de vomitar.

Sabía que habían tenido mil problemas y desavenencias en el pasado, que les había costado muchísimo asentar su matrimonio, pero si no lo hubiesen hecho ella podría haberse casado con Liam Galway y hubiese acabado siendo igual de feliz.

Así de afortunada era la muy hija de puta.

Eloisse Molhoney, de soltera Cavendish, maldita ella y todos sus muertos, siempre había tonteado con su hombre, siempre le había dado esperanzas veladas y Liam siempre se había sentido atraído por ella, lo sabía todo el mundo, por eso no se merecía nada, nada, porque era una embustera y una caliente braguetas. Una tía que solo necesitaba que alguien, alguna vez, le diera su merecido, y esperaba algún día ser la beneficiaria de ese privilegio porque en cuanto la tuviera a mano la iba a rajar o algo peor. Ya se había cansado de sus aires de princesa y de su actitud de doña perfecta, estaba harta y pronto se lo haría saber, justo después de recuperar a Liam.

Salió a la calle, entró en una farmacia y compró con una receta que le había dado un médico carísimo, Prozac y Temazepam, dos medicamentos que pretendía combinar como hacía en la cárcel, pagó otra pequeña fortuna y volvió al hotel para encerrarse allí lejos de todo.

No quería ver a nadie, no podía hablar con nadie. No entendía el castellano, menos el acento cerrado de los locales, tampoco podía entablar amistad con turistas extranjeros que pudieran reconocerla, porque lamentablemente había salido en toda la prensa británica y europea acusada de mil falsedades, así que no le quedaba más remedio que meterse en su cuarto a esperar la llamada mágica de Boris que le confirmara de una vez por todas que ya podía ir a reencontrarse con Liam, con su amor, que seguramente la estaba echando muchísimo de menos.

Liam, susurró, entrando en ese hotel carísimo con vistas a la cordillera de Los Andes. Por él era capaz de todo, se lo estaba demostrando con creces y sabía que él acabaría valorándolo y perdonando alguno de sus errores, como el intento de rapto de Caitlin Molhoney. Liam la amaba y le perdonaría todo, se casarían y podrían tener un montón de niños tan guapos como los de Eloisse.

Claro que sí, todo iría bien, solo necesitaban sentarse uno frente al otro y hablar tranquilamente, lo demás lo solucionaría el amor verdadero que compartían. No le cabía la menor duda.

—Señorita Billinghamurst.

La llamó uno de los empleados de la recepción y ella se detuvo, entornó los ojos y esperó a que se acercara con un sobre marrón en la mano.

—Le han traído esto hace diez minutos.

—Gracias.

Agarró el sobre y se metió en un ascensor mirando a su espalda. En casi un mes de estancia allí no había recibido nada, ni una llamada a la centralita, así que se inquietó un poco y esperó a llegar a su habitación para abrir el maldito sobre y ver de qué se trataba.

Entró en el cuarto, se encerró con llave y volcó el contenido del sobre en la cama: una nota y un billete de avión manual, emitido por alguna agencia de viajes.

Pasado mañana, a las nueve de la mañana, vuelo Santiago de Chile-Buenos Aires y desde

ahí a Montreal. Todo sujeto a la transferencia de Wester Union.

Genial, pensó, besando el papelito, con algo de suerte podría estar abrazando Liam mucho antes de lo previsto.

No había mejor sensación en el mundo que galopar por el campo, más aún si había nieve, y la había. Aunque ya estaban en marzo, en algunas zonas de Ithaca aún quedaba nieve y April había decidido llevarlo a verla antes de volver a casa.

Maravilloso, le dijo mirándola a los ojos y ella asintió ajustándose el sombrero vaquero, giró su caballo y lo espoleó para seguir galopando. Liam sonrió y la siguió a buen ritmo, pensando en sus cosas y en su padre, al que le encantaba montar, y en sus veranos calurosos en Atlanta, donde a veces su tío Beau les dejaba tocar alguno de sus preciosos apalusa.

Pensar en aquello lo hizo sentir aún mejor y cuando llegaron al rancho donde había dejado a Max a cargo de Ruth, la madre de April, iba flotando en una nube de apacible nostalgia, algo que lo reconfortó y lo hizo pensar, durante una milésima de segundo, que se encontraba justo donde tenía que estar.

—¡Hola, Maxi! ¿cómo te has portado? —saludó al Golden Retriever viendo como April saltaba del caballo y luego miró a la dueña de casa con una sonrisa.

—Se ha portado estupendamente —contestó Ruth cogiendo las riendas de su caballo—. Tenemos la comida preparada, entra y comes algo antes de volver a tu casa, Liam.

—Gracias, no quiero molestar.

—De molestar nada, estarás hambriento. Vamos. ¡Vince, hazte cargo de Brown, por favor!

Llamó a un joven de los establos, le entregó a Brown, lo miró a él y se lo llevó de un brazo hasta su casa, que era el centro neurálgico de ese rancho de recreo, la mayor fuente de ingresos de la familia Geller, le había explicado April, y que llevaban las dos solas desde la muerte de su padre hacía diez años.

En un principio, le había contado, hacía un siglo, habían criado ganado bovino, pero a mediados de los años cuarenta, después de la Segunda Guerra Mundial, se habían especializado en ganado equino y tenían una de las mejores yeguas de la zona, además de un sitio perfecto para enseñar a montar y para organizar rutas a caballo para los turistas. Un negocio familiar próspero y muy duro al que April se dedicaba en cuerpo y alma desde bien pequeña, y que representaba todo lo que le importaba en la vida.

Sonrió rememorando sus ojos brillantes cuando le hablaba de sus caballos y de su rancho, y se giró para buscarla, pero no la encontró y entró en la casa para sentarse en la cocina con un buen cuenco de sopa delante. Una delicia que Ruth acompañó enseguida con unos enormes bocadillos de beicon con queso fundido.

—Madre mía, hacía siglos que no comía beicon y queso en el mismo bocadillo.

—¿No te gusta?

—Me encanta, pero el colesterol y...

—No pienses en eso, hijo, y come tranquilo. Estás en plena forma, se te nota, y un inocente bocadillo no te hará nada, mucho menos después de pasarte la mañana en el campo. ¿Habéis hecho prácticas de tiro?

—Sí, hemos estado acribillando botellas —sonrió y Ruth lo miró muy seria— ¿Qué?

—Eres un hombre muy apuesto, Liam, incluso con esa barba tienes pinta de actor de cine. Un

galán de verdad, uno como Gary Cooper o...

—¡Liam McDonagh en persona! —exclamó una voz de mujer interrumpiendo la charla y él se giró para saludar a la veterinaria, Oneida, que entró sacándose el abrigo y seguida por April—. Hola, Max, hola, guapo.

—Hola, Maxi —April también se inclinó para saludar a su perro y luego se desplomó a su lado en la mesa—. ¿Hay un bocadillo para mí, madre? ¿o solo hay para el invitado?

—Hay para todo el mundo ¿Queréis un poco de caldo? ¿Qué tal está Pink, Oneida?

—Parirá antes del fin de semana, me pasaré todos los días para vigilarla.

—Muy bien. Venga, sentaros a comer.

—¿Así que eres amigo del gran Ronan Molhoney? —interrogó Oneida buscando sus ojos y él asintió—. Es matemático, los tíos guapos siempre os agrupáis en manada.

—¿Qué? —se echó a reír y ella con él.

—Los tíos guapos tenéis amigos guapos y así sucesivamente.

—Gracias por lo que me toca, pero no creo que eso sea cierto.

—Es así... pero, en fin, ¿cuándo me vas a presentar a ese monumento irlandés?

—Si algún día viene por Nueva York lo invitaré a Ithaca.

—Es una promesa, Liam, te la cobraré en cuanto sea posible.

—Vale.

—¿June viene para tu cumpleaños, April?

—¿Es tu cumpleaños?, ¿cuándo? —se apresuró a preguntar y ella asintió tomando un sorbo de café.

—El 2 de abril.

—Por eso se llama April —apuntó Ruth sentándose con ellos.

—June viene el último fin de semana de marzo, como siempre.

—No sabía nada —Liam la miró dejando la servilleta encima de la mesa—. Ojalá pueda conocer a tu hija, aunque tengo que ir a Manhattan el... —sacó el teléfono móvil para comprobar la agenda y vio que tenía dos llamadas perdidas de su abogado de Londres—. Lo siento, tengo que contestar a una llamada importante.

Se levantó y salió al porche para buscar mejor cobertura, miró el trajín del rancho y caminó por un sendero de tierra hacia la parte trasera de la casa dándose cuenta de que ya no vivía solo, ni aislado como había planeado, sino todo lo contrario porque, contra todo pronóstico, había sucumbido a las relaciones sociales y a la compañía humana, y marcó el número de Henry sonriendo ante la evidencia.

—Hola, Henry.

—Hola, tío, ¿sigues perdido en medio de la nada? Estas vacaciones se alargan demasiado.

—Con algo de suerte serán vacaciones permanentes, al menos por este año. ¿Me has llamado?

—Sí, tenemos noticias de la agencia de seguridad, han detectado movimientos concretos de tu acosadora. Se ha comunicado con su madre, la mujer ha sacado una gran suma de dinero del banco y se la ha girado en varios envíos diferentes, en días alternos, a través de una oficina de esas de envío de dinero internacionales. Suponen que se quiere poner en movimiento y el hecho es que los rusos están haciendo lo mismo en Marruecos, en Tánger. Nuestra gente cree que están preparando su llegada y que podrán localizarla allí, así que estamos en alerta roja. Si pisa el país, le darán caza. He informado al fiscal y a la policía, espero que la Interpol también nos eche un cable.

—Vaya, ¿será posible?, solo ha estado escondida un mes.

—Seis semanas desde que se escapó de Australia.

—Sería muy torpe si saliera tan rápido de su escondite, pero, bueno... con esa mujer nunca se sabe.

—Estará siendo asesorada por los rusos, que intentarán que se quede quieta, pero ella no es de las que tiene mucha paciencia, ¿no? Caerá sola, te lo digo yo.

—¿Y por qué Tánger?

—Tú estás desaparecido, nadie conoce tu paradero, igual anda dando tumbos hasta dar contigo, y Marruecos es un país bastante hermético dónde se puede esconder bien, no sé, vete a saber.

—Un país que además está cerca de Europa, de Irlanda y de Eloisse Molhoney. Esto es una puta pesadilla, Henry.

—Lo sé, colega, pero al menos tú estás bien lejos de Marruecos y eso me tranquiliza.

—A mí no si esa loca anda cerca de los Molhoney, sinceramente, preferiría que viniera a por mí y acabáramos de una vez por todas con esta mierda.

—Bueno, confiemos en nuestra gente y esperemos con calma ¿De acuerdo?

—Qué remedio.

—Tengamos un poco de fe. Te mantendré informado, adiós.

—Adiós.

Le colgó y miró la hora, las dos de la tarde, las siete en Dublín, seguramente Issi estaría con la cena de los pequeños, pero no podía esperar para hablar con ella, así que respiró hondo y marcó su número de teléfono, cerró los ojos y ella le contestó al cuarto tono de llamada.

—Liam, ¡qué sorpresa!, ¿cómo estás?

—Hola, Eloisse, siento molestar a estas horas, supongo que tendrás mucho lío, solo será un segundo.

—No te preocupes, los niños han terminado de cenar y ahora están jugando con Ron en el salón.

—¿Qué tal todos?, ¿Caitlin?

—Todos bien, gracias. ¿Tú qué tal?, ¿va todo bien?

—Bueno, bien, sigo en el campo y estoy encantado, pero me acaba de llamar Henry, mi abogado inglés, con noticias de Emma Capshaw. Los investigadores privados creen que está, o está a punto de llegar, a Marruecos, quería que lo supierais porque está relativamente cerca de Irlanda.

—Sigo sin entender cómo esa mujer se mueve por el mundo sin ninguna restricción. Es digno de estudio.

—Lo es. Esto es cada vez más frustrante y lo siento mucho, Eloisse, yo...

—No volvamos a lo mismo, tú no tienes culpa de nada, Liam. ¿Vas a venir al estreno de Michael?

—No, no quiero viajar ahora, estoy escribiendo y muy a gusto aquí, ya se lo he explicado a él, ahora no es el momento de ir a Londres.

—Ok. Nosotros vamos a ir a Nueva York en abril.

—¿En serio?, eso es estupendo.

—Hace mil años que no vuelvo, no desde que me quedé embarazada de Jamie, o sea unos cinco años. Ronan tiene programado dos conciertos en el Carnegie Hall, varios compromisos de promoción, los niños tienen vacaciones y me apetece mucho ir, además Raph y Michael al fin van a celebrar una gran fiesta de boda allí, así que...

—¿En serio?, Mike no me ha comentado nada.

—Es que no lo sabe, es una fiesta sorpresa, él solo sabe que van unos días a Nueva York por unos temas personales de Ralph, nada más.

—Madre mía, me alegro mucho por ellos.

—Sí, ya era hora. Contamos contigo, por supuesto.

—Claro, no me lo perdería por nada del mundo.

—Estaremos unos quince días, será estupendo verte, Liam, y así conoces a Caitlin.

—Me encantará veros a todos y tienes mi casa a vuestra disposición, es grande y está en pleno Manhattan, al lado del parque, voy a pedir que os la preparen. ¿Cuándo venís?

—Del 12 al 27, Ron actúa el 13 y el 14 y tendremos el resto del tiempo para hacer turismo, pero no te preocupes, ya está todo organizado por la discográfica.

—Bueno... —se giró al notar que no estaba solo y descubrió que April y Oneida lo estaban esperando a una distancia prudencial—. Resérvame unos días y os traigo a Ithaca, a los niños les encantará, es un lugar realmente precioso y estamos muy cerca de Manhattan.

—Les encantará ver a tu perro, están locos por los perros.

—Entonces háblalo con Ronan y lo organizamos —les sonrió a sus amigas y las dos abrieron mucho los ojos—. Tengo una casa enorme y mucho espacio en el jardín.

—Genial, gracias, se lo comentaré a Ron, seguro que se apunta.

—Ok, pues lo vamos hablando.

—Muy bien y gracias por avisar de lo de Marruecos, ahora lo comento con Ronan para que esté al tanto, y tú no te agobies, por favor. Un abrazo, adiós.

—Adiós —colgó y las miró con una gran sonrisa—. Parece que vuestro ídolo viene a Nueva York.

—¿Hablabas con su mujer?

—Sí y dice que vienen quince días a Manhattan a mediados de abril, haré lo posible por traerlos aquí.

—Eres muy grande, Liam —Oneida le ofreció la mano y él respondió el saludo muerto de la risa—. Todo un caballero. Yo me largo, pero vente esta noche a jugar a los bolos, no te puedes seguir escaqueando.

Asintió no muy convencido y miró a los ojos a April, que cada día le parecía más guapa, con esos ojazos enormes y tan inteligentes que siempre lo observaban con atención. Esperó a que le hablara, pero como no dijo nada hizo amago de irse.

—Gracias por el paseo, las prácticas de tiro y la comida, me lo he pasado muy bien, pero tengo que volver a casa. Tengo mucho que hacer, ya sabes que quiero acabar el guion antes del viaje a Manhattan... ¿qué pasa? —parpadeó y ella se cruzó de brazos.

—Tú estás enamorado de la señora Molhoney.

—¿Qué?!, no, de eso nada.

—Parecías otro mientras hablabas con ella. Te conozco poco, pero sé calar bien a las personas y tú te mueres por los huesos de esa chica que me imagino será muy guapa.

—Es muy guapa y sí, en el pasado albergué tenues esperanzas hacia ella, pero es un imposible. Lo suyo con Ronan es muy potente... eterno, como en las películas.

—Tómatelo a broma, pero he acertado.

—Solo en parte.

—Si ya digo yo que al final vas a ser un romántico empedernido.

—Como todo el mundo.

—Más o menos... —respiró hondo y miró al cielo—. Mi madre cree que debería intentar

conquistarte, está loca por ti. Ya le he dicho yo que te tire los tejos ella misma, pero no se atreve... ahora le podré explicar que no tenemos ninguna esperanza, ninguna de las dos, porque ya estás muy pillado.

—No estoy pillado, Eloisse es solo una amiga, aunque para mí será muy importante toda la vida. ¿Podrías vivir con eso? —preguntó por impulso y directamente, y April sonrió.

—¿Es esa una luz verde, señor McDonagh?

—Es una pregunta.

—No sé si alguien podría vivir con eso, pero si existe ese alguien seguramente sería como yo.

—Está bien saberlo.

Le clavó los ojos y ella se sostuvo la mirada sin titubear. Estaba acostumbrado a que las mujeres se le rindieran rápido, que no le pusieran muchas trabas a la hora de ligar, pero algo le dijo que April Geller estaba de broma y que en realidad no tenía ninguna posibilidad con ella.

Dio un paso atrás y la miró con atención pensando en una máxima que llevaba años aplicando: a las amigas, sobre todo a las buenas, era mejor mantenerlas solo como eso, como amigas. No había que cruzar jamás la barrera si no había ninguna necesidad.

Relajó los hombros y se marchó.

Así que esa era la famosa Eloisse Molhoney.

Se acercó a la luz del espejo y miró muy concentrada el teléfono de Oneida, donde tenía guardadas varias fotografías de esa gente, Ronan y Eloisse Molhoney, los amigos de Liam, que parecían ser de mentira por lo guapos y perfectos que salían.

A Ronan lo tenía controlado, ya lo había visto antes y siempre le había parecido un pedazo de tío. Atractivo, súper varonil y con un talento excepcional, pero nunca había visto a su joven y preciosa mujer. Una chica que había sido primera bailarina del Royal Ballet y del Ballet de Nueva York antes de los veintidós años. Una belleza de pelo oscuro y rasgos angelicales que encima parecía ser una madraza con sus tres hijos pequeños.

Amplió las fotos y escudriñó su aspecto, su sonrisa, sus gestos y ese tipazo que tenía y que lucía con ropa muy sencilla; vaqueros, camisetas y blusas corrientes, algún vestido corto, alguno de noche que le sentaba de maravilla, el pelo recogido o suelto sin ninguna coquetería. Cero maquillaje, cero joyas. Era la sencillez, la naturalidad personificada, y pudo entender de inmediato que un tipo como Liam McDonagh bebiera los vientos por ella.

Apagó el teléfono, sintiéndose como una verdadera espía, y se miró en el espejo pensando en que estaba perdiendo un poco el norte si necesitaba mirar fotografías de personas a las que no conocía, seguramente no llegaría a conocer, y que no tenían nada que ver con ella, solo por entender mejor a Liam.

Liam McDonagh, susurró, recogiendo el pelo, un maldito problema.

Salió del cuarto de baño de señoras y miró la bolera llena de gente, como cualquier viernes por la noche. Estaban en pleno campeonato por equipos y eso era lo único que debía preocuparle, aunque la pura verdad es que no podía dejar de pensar en el señor McDonagh, en sus ojos verdes, su sonrisa, sus andares de *cowboy* y esa voz que parecía arrastrar todos los tonos graves del universo. Era atractivo e inteligente, brillante, sereno, y se había prendado de él nada más verlo, aunque nadie lo sabía, y tampoco pretendía que nadie lo supiera.

Se sentó en su sitio, al lado de sus amigos, y miró la puerta por enésima vez, ilusionada ante la posibilidad de que él hubiese dejado el ordenador y su guion, y hubiese decidido presentarse en la bolera para relacionarse con la gente del pueblo. Aquello era imposible, porque era un ermitaño y estaba claro que no estaba Ithaca para hacer amigos, pero en el fondo su corazón soñaba con verlo entrar con su caballerosidad sureña y su sonrisa para pasar un rato con ellos.

Sueños... quimeras absurdas y adolescentes que la tenían profundamente desconcertada porque ella no era así. April Anne Geller no era así, nunca había sido así, nunca había fantaseado con nadie, y si le había gustado alguien había ido a por él de cabeza y directamente, sin trabas y sin ningún miedo. Así que no entendía qué demonios le estaba pasando con ese forastero que encima estaba interesado claramente por otra mujer. Una casada y con hijos, pero una que le hacía brillar los ojos cuando hablaba con ella por teléfono.

Ya era un desafío intentar seducir a un tipo de cuarenta y seis años con pinta de actor de cine, como decía su madre, que venía de vuelta de todo y que seguro siempre se había tirado a la reina del baile o a la capitana de las animadoras, como para intentarlo sabiendo que estaba pillado por

una chica de menos de treinta años que parecía una princesa. Era de idiotas, lo sabía, y por eso se inhibía con él, pero que se inhibiera no evitaba que le gustara y que pensara en él a todas horas.

Si seguía así volvería a terapia, pensó, observando como su sicóloga y amiga, Mary, se marcaba un pleno con los bolos, y tomó un sorbo de cerveza intentando recordar si Robert, el padre de June, le había despertado algo semejante alguna vez... estaba segura de que no.

—Marion lo jura de rodillas, dice que es una estrella de cine y ella, ya sabéis, lee mucho sobre eso.

—¿Quién es una estrella de cine? —preguntó April saliendo de sus ensoñaciones y Bill, el farmacéutico, se encogió de hombros.

—¿Quién va a ser? Tu inquilino, bueno, tu ex inquilino.

—¿Liam?

—Ese mismo. Pasó por la farmacia hace dos semanas y a Marion casi le da un pasmo, dice que ha ganado un Oscar y todo, que es una mega estrella de Hollywood.

—¿Liam McDonagh? —preguntó incrédula y miró a Oneida, que observaba a Bill con los ojos entornados.

—No dijo ese apellido, dijo algo irlandés que no recuerdo, pero jura que es él, que tiene una voz inconfundible y la estatura, en fin...

—El caso es que a mí siempre me ha sonado de algo —soltó Oneida—. Voy a buscarlo en Internet, al final va a ser que somos amigas de una estrella de Hollywood.

—¿De Hollywood? Liam es de Nueva York, bueno, de Baton Rouge, pero vive en Nueva York.

—Eso es irrelevante, April, a todas las estrellas de cine se les llama de Hollywood y si no me equivoco nos contó que vivía entre California y Nueva York ¿no? Blanco y en botella...

—Lo siento, Bill, pero Marion no ve un pimiento y no se pone gafas, así que vete a saber a quién atendió en la farmacia —opinó Mary acercándose al grupo—. Vamos, tenemos que machacar a esos capullos de la universidad. Concentrémosnos un poco. Te toca, Oneida.

—¿Una estrella de Hollywood? —repitió April y sintió la mano de Mary en el muslo.

—¿Y?, ¿a ti que más te da a qué se dedique ese tío?, fue un inquilino inmejorable, ¿no?

—No es eso.

—¿Ah no?, entonces, ¿qué es?... —la observó con ojos inquisidores y al final abrió la boca señalándola con el dedo—. Te lo estás tirando.

—No, ya quisiera yo.

—Pues, hija mía, corre y llévatelo al huerto, porque si de verdad es una estrella de Hollywood no durará mucho por aquí.

—Eso me temo. Mierda —respiró hondo y miró a su amiga moviendo la cabeza—. Déjalo, estoy desvariando un poco, es igual quién sea, tienes razón.

—Ok... —suspiró—. Se han abierto las inscripciones para los cursos sobre Shakespeare en la Escuela de Humanidades, deberíamos espabilar... —guardó silencio y buscó sus ojos— ¿Qué te pasa?, ¿hay algún problema?

—Me encanta ese tío.

—¿Qué tío? —miró a su alrededor muy atenta.

—Liam, Liam McDonagh, el inquilino.

—Ah...

—Es un diez, pero si se trata de una estrella de cine no tengo nada que hacer.

—¿Por qué no?, ni que fuera un extraterrestre.

—Juega en otra liga, Mary.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con April Geller?

—Seamos realistas.

—¿Te estás oyendo?, ¿tienes quince años? Solo es un tío.

—Un tío increíble —rememoró cómo se le iluminaban los ojos cuando sonreía y sin querer suspiró.

—¿Te has pillado por un perfecto desconocido?

—No he dicho eso.

—¿Al que ni siquiera te estás tirando?

—Oye, es un tío genial y punto. No me he pillado por él, lo que pasa es que llevo demasiado tiempo sola.

—Eso es verdad, llevas demasiado tiempo haciendo el idiota.

—Ya se me pasará. Tengo treinta y cinco años, no quince, y sabré gestionarlo con cabeza, no me mires así.

—No te estoy mirando de ningún modo.

—Existen personas capaces de deslumbrar allí por dónde pisan y ese es el caso de Liam McDonagh, si hasta mi madre está obnubilada por él. Es un caballero, a ti también te encantaría.

—Vale.

—Encima está enamorado de alguien, una amiga suya que está casada y todo, pero que... —se calló pensando en la extraña coincidencia de que fuera amigo precisamente de esa gente tan famosa y miró a Mary frunciendo el ceño—. ¿Conoces a Ronan Molhoney?

—Claro, quién no.

—Pues es amigo de Liam, él y su mujer son amigos suyos ¿No es raro?

—Bueno...

—Al final va a ser verdad y es una puñetera estrella de cine.

—¿Qué más da? Eso no va a impedir que te siga gustando.

—¿Qué le siga gustando quién? —Oneida se acercó y las miró indistintamente.

—Harrison Pryce, el profe de literatura de Cornell que le pidió salir en navidades. Le gusta, pero no se anima, ya sabes cómo es nuestra April.

—Tía, estás buena, pero no te durará toda la vida, aprovecha y pillá a quién se te ponga a tiro ya, no pierdas más el tiempo.

—Lo sé...

Sonrió y miró a Mary agradecida porque no quería meter a Oneida en sus neuras, se levantó y miró la hora, ya eran las diez de la noche. Seguro que Liam ya no aparecía por ahí, así que respiró hondo y cogió su bola, se acercó a la pista y ejecutó un pleno perfecto.

—Pareces el puñetero Robinson Crusoe, Liam, córtate esa barba cuanto antes —su hermano Brian lo miró entornando los ojos y él se echó a reír—. Si mamá te viera...

—Diría que me parezco a nuestro padre. No te preocupes tanto, ya me la cortaré. Háblame de los fondos para el conservatorio de Zachary, llevamos un año retrasándolo.

—Afortunadamente ya está casi todo resuelto.

Brian se puso manos a la obra para explicarle las nuevas iniciativas de la Fundación Frances McDonagh, que había creado en honor de su madre y que se dedicaba principalmente al fomento de la música, el ballet, el teatro y las artes entre los niños más desfavorecidos de Luisiana, de todo el sur de los Estados Unidos, y de dónde les solicitaran patrocinio. Una iniciativa que era su gran aventura personal, aunque su falta de tiempo había hecho que Brian, su hermano pequeño, tomara las riendas de la gerencia desde Baton Rouge. Algo que en el fondo le dolía un poco, porque cargaba a Brian de mucho trabajo y lo mantenía a él lejos de un proyecto que había levantado con sus propias manos.

—Tienes que firmar todo esto y me lo llevo sin intermediarios. Tu ayudante es un verdadero coñazo, hermano.

—Pobre Mandy, hace lo que puede, pero yo no se lo pongo muy fácil.

Sonrió, firmando varios documentos bancarios y de la fundación, y observó a su hermano de reojo. Él, que odiaba Nueva York, estaba mirando las calles de Manhattan desde el ventanal del restaurante con el ceño fruncido, aunque sin perder ese aire de caballero sureño educado y circunspecto que siempre tenía, y que su madre se había empeñado en marcar a fuego en cada uno de sus cuatro hijos varones.

—Siento que hayas tenido que venir hasta aquí, Bri.

—No importa, así aprovecho de hacer algunas compras para Shib y los niños.

—Si quieres le pido a Mandy o a alguien se ocupe de eso.

—No, gracias, será divertido comprar en el Norte —bromeó y le guiñó un ojo— ¿Así que muy bien en Ithaca? Brian Junior tiene a Cornell entre sus opciones para el curso que viene.

—¿En serio?, es una gran universidad, desde luego, y me tendría cerca, aunque supongo que no quiere vivir con su viejo y aburrido tío Liam.

—Supongo que preferiría vivir contigo en las calientes playas californianas.

—Si yo tuviera su edad también lo preferiría.

—Él quiere venir a Cornell, pero su madre y yo apostamos por Notre Dame, todos los McDonagh hemos estudiado allí y el equipo de fútbol es de primera, así que...

—Cornell es estupenda, pero, lo importante es lo que él decida ¿no?

—No, solo tiene dieciocho años y lo que de verdad le apetece es vivir lejos de casa, lo demás le da igual, así que decidimos nosotros. Cuando seas padre lo entenderás.

—No caerá esa breva. Ok, aquí tienes todo firmado. ¿Te llevo a algún sitio? Tengo una reunión en el Upper West Side, aunque nos podemos ver esta noche para cenar.

—Lo siento, chaval, tengo el vuelo para las ocho. Nos despedimos aquí.

Se despidió de su elegante hermano con un abrazo, lo vio subir a un taxi y miró hacia

Central Park decidido a cruzarlo a pie. Lo cierto es que su *look* a lo «Robinson Crusoe» había conseguido regalarle algo inaudito para un tipo en su situación: el anonimato, así que pensaba aprovecharlo y pasear por el parque antes de acudir a la reunión en la oficina de Phill Silver, productor, guionista, amigo y una de las personas en las que más confiaba a nivel profesional.

Phill se dedicaba al mundo del teatro, era un mandamás en Broadway, pero tenía un criterio soberbio para el cine, y era el más indicado para que leyera su nuevo guion. Iba a ser el primero en leerlo después de April Geller, y quería dárselo en mano, además, tenía que tratar con él otros asuntos importantes que había dejado a medias antes de abandonar California, como la producción de una película y de dos montajes simultáneos en el teatro, uno en Nueva York y otro en Londres, en los que pensaban trabajar juntos.

Entró en Central Park y aspiró el aroma a hierba húmeda. Había estado lloviendo y la tarde se había quedado esplendorosa en Manhattan, perfecta para una película de Woody Allen, pensó, metiéndose las manos en los bolsillos. Era una tarde preciosa, pero él tenía unas ganas locas de volver a Ithaca, a su casa, al lago, a las montañas y a Max, al que había dejado a cargo de April, que se había negado en redondo a que lo hiciera viajar en coche casi cuatro horas por trayecto solo para pasar dos días en la ciudad.

Y tenía razón, así que lo había dejado en su casa con ella y sus perros, y tan a gusto, porque Maxi la adoraba y se entendía muy bien con Tom y Jerry, sus Cocker Spaniel, que eran un par de buenazos igual que él.

Desde luego no tenía hijos, pero Max se había convertido en algo muy parecido y lo echaba mucho de menos, no podía negarlo, y apresuró el paso como si con ese gesto pudiera acelerar el día y llegara de una vez la hora de volver a casa. A casa, a su nuevo hogar en Ithaca, donde se había asentado sin ningún esfuerzo y donde había encontrado, al fin, el reposo del guerrero, después de tantos y tantos años de locura, estrés y vida acelerada.

—Mandy... —contestó el teléfono a su ayudante, deteniéndose a mirar a unos chicos que jugaban un partidillo de *rugby* en el césped, y ella lo saludó con su alboroto habitual.

—¡Liam!, no puedo cumplir con todos tus pendientes en Nueva York si te vas mañana, ¿no es posible que te quedes unos días más?

—No.

—Vale ¿puedes cenar esta noche con los del Ballet de Nueva York?

—No.

—Genial, me lo pones muy difícil.

—Lo último que me queda por hacer lo haré ahora mismo y seguramente después me iré a cenar con Phil. Esta era una visita relámpago y personal, Mandy, no te pedí que gestionaras mis pendientes profesionales.

—Ya, pero es que llevas fuera muchos meses.

—Tres meses y medio, tampoco es para tanto. Relájate, si alguien quiere algo concreto de mí lo hablará con Jennifer. Tengo que dejarte.

—Puedo ir a comprar el regalo de cumpleaños para tu amiga April Geller, me pediste que te lo recordara, pero puedo ocuparme yo si no me necesitas para otra cosa.

—Es cierto... pero no, déjalo, me ocuparé personalmente, aún no tengo claro que comprarle, gracias.

—Muy bien, adiós.

Le colgó y volvió a ponerse en marcha pensando en el regalo para April, que cumplía treinta y seis años el 2 de abril. Sus amigos le estaban organizando una gran fiesta sorpresa y Oneida le

había pedido su casa para celebrarla, algo que no le había parecido mala idea, aunque no sabía si a ella le gustaría esa clase de sorpresa. No la conocía lo suficiente, sin embargo, se jugaba una mano a que a April Geller no le iban nada las fiestas de cumpleaños inesperadas.

April, bonito nombre, susurró y miró la hora pensando en si le daría tiempo a pasar por una librería de segunda mano que le encantaba en Brooklyn para buscar su regalo de cumpleaños. Seguramente esa tarde no, pero tal vez al día siguiente temprano, justo antes de coger la carretera con rumbo al norte, podría pasar a echar un vistazo.

No sabía muy bien qué regalarle, pero se había dado cuenta de que le encantaba Jane Austen, William Shakespeare, Oscar Wilde o Charles Dickens, de hecho, habían hablado varias veces de visitar juntos, algún día, sus librerías favoritas de Londres dónde aún se podía encontrar alguna primera edición en buenas condiciones, así que lo más acertado era buscar algo así para ella, una primera edición o una edición de coleccionista de alguno de sus autores favoritos o, mejor aún, regalarle una escapada a Londres para visitar juntos librerías y comprar lo que quisiera.

Esa idea le gustó más y llamó a Mandy para que se la organizara con fecha abierta porque no sabía cuándo ella podría dejar el rancho y a su madre, pero con las reservas de avión y de hotel hechas, que era como se hacían esa clase de regalos.

Llegó al edificio de Phil Silver bastante satisfecho con la gran idea que se le había ocurrido y de pronto se paró a pensar en que a lo mejor April se tomaba fatal que la invitara a Inglaterra, al fin y al cabo, se conocían desde hacía poco más de tres meses y solo eran amigos, así que calibró la posibilidad de regalarle el viaje para que lo hiciera con su hija June. Tal vez eso era lo más correcto, aunque la pura verdad es que le apetecía viajar con ella y disfrutar de unos días juntos en Londres, como amigos o como lo que surgiera, ambos eran adultos y estaba claro que se sentían atraídos el uno por el otro.

Era evidente que compartía una química especial con esa mujer. Aunque ella jugara al despiste bromeando y tomándole el pelo al respecto, él intuía que le gustaba y la verdad es que ella le gustaba a él, para qué negarlo. Desde que la había conocido estaba mucho más tranquilo, más feliz, ni siquiera se atormentaba pensando en Emma Capshaw si estaban juntos, y eso tenía que significar algo, algo bueno, y no pensaba ignorarlo.

—Henry... —contestó la llamada de su abogado y se giró para escudriñar una de las salidas del parque, porque de pronto se sintió observado, pero lo vio a nadie.

—Liam ¿qué hay?, ¿dónde te pillo?

—En Manhattan a punto de entrar en una reunión ¿Va todo bien?

—Creo que sí, al parecer Emma Capshaw entró ayer a Marruecos procedente de España. Cruzó en *ferry* desde Algeciras, entró por Tánger y allí la esperaban con un coche de alquiler y...

—¿No la han detenido?

—No, pero la están siguiendo. Al parecer los rusos son muy hábiles y los han despistado, pero...

—No me lo puedo creer. ¿No era que la cogerían nada más pisar Marruecos?

—Al parecer no fue posible, Liam, estas historias no las controlo yo, solo me limito a informarte.

—Ok, mándame los contactos de esa gente y ya los llamo yo. Me parece insólito que la perdieran si todos sabemos que esos rusos son muy hábiles, es increíble que no estuvieran más atentos.

—Ya se los he dicho yo. La Interpol también está avisada.

—Vaya chapuza y para la fortuna que me que cobran exijo resultados inmediatos o cambiaré

de agencia.

—Tienes toda la razón.

—Mándame los datos y ya hablo yo con ellos.

Colgó bastante contrariado y volvió a mirar hacia el parque con la sensación clara, desarrollada tras meses y meses de acoso, de que lo estaban observando. Caminó de vuelta hacia Central Park y se quedó un rato repasando el mar de personas que entraba y salía de allí sin ver nada llamativo o a nadie sospechoso.

Perdió unos diez minutos buscando algo relevante, pero no encontró nada y al final se rindió ante la evidencia de que estaba más paranoico de lo que pensaba, así que regresó al edificio de Phil intentando tranquilizarse, al fin y al cabo, Emma Capshaw y sus secuaces estaban al otro lado del mundo, o eso decían sus investigadores privados.

En cuanto volvieran a estar juntos lo obligaría a afeitarse esa barba. No podía ser que un hombre tan guapo se ocultara detrás de esos pelos desordenados y abundantes que le daban el aspecto de un anacoreta, o de un *hipster* cutre o de un *hippy* trasnochado. Era increíble que nadie de su entorno se lo hubiera dicho ya.

Emma Capshaw movió la cabeza y se escondió detrás de un árbol enorme, a cuya sombra varias madres daban la merienda con sus pequeños. Central Park a esas horas y con un día tan bueno bullía de actividad y de personas, así que había sido bastante fácil esconderse de Liam, que de repente se había puesto a fisgar a su alrededor como si intuyera que no estaba solo.

Él la percibía, percibía su presencia porque estaban conectados por una energía invisible y potente que los convertía en una sola persona, pero no quería que la descubriera antes de lo previsto, porque su intención era sorprenderlo a lo grande, en su piso, con una cena para dos y una noche de pasión desenfadada que pusiera fin a tanto tiempo de distanciamiento.

Tenía todo preparado para el gran encuentro esa misma noche en Manhattan, pero aún le quedaba alguna cosita por hacer, así que esperó a que él entrara en ese edificio del Upper West Side, dónde según su estúpida ayudante tenía una reunión que «se alargaría toda la tarde», giró sobre sus talones y salió a la calle para ir hasta el Upper East Side, subir a su piso y preparar su reencuentro.

Comprobó que Liam no volvía a salir del edificio y pisó la calle con prisas, levantó la mano y silbó llamando a un taxi, como hacían en las películas, con bastante poca fortuna porque aquello parecía la selva, hasta que uno se apiadó de ella, se detuvo y la llevó camino del enorme y maravilloso apartamento que Liam tenía en Manhattan y que usaba bastante poco, algo que también pesaba corregir de inmediato porque ella quería vivir en la ciudad más famosa del mundo, Nueva York. El sueño de cualquier pareja, al menos hasta que empezaran a llegar los hijos y entonces tomaran otras decisiones al respecto, aunque a ella, al contrario que opinaba mucha gente, Nueva York le parecía una ciudad estupenda para criar niños.

Miró el paisaje de la ciudad y se tocó el vientre. Estaba ovulando así que esa noche podría dejarla embarazada. Ya no era una niña y ese era un buen momento para ser madre, seguro que él opinaba lo mismo. Ya bastante habían sufrido y padecido esos últimos meses como para seguir retrasando lo inevitable, ya era hora de asentarse y ella estaba allí para eso, para propiciarlo. Se había cruzado medio mundo por su amor y su futuro, y no pensaba aceptar una negativa. Quería boda, hijos y un hogar, y lo contrario podría desatar el apocalipsis, podría enfadarla en serio, esta vez de verdad, y seguro que Liam no quería eso.

Gracias a Boris y su gente había llegado a los Estados Unidos y ese era el final del trayecto. Con o sin Liam sería el final de todo.

Desde Chile había viajado a Argentina y desde allí, tras dos días en Buenos Aires, había cogido un vuelo directo a Miami, no a Montreal como estaba previsto, y había entrado en Florida sin ningún problema. Todo había salido rodado y llegar a Nueva York alternando trenes y autobuses y coches de alquiler había sido coser y cantar. Encima, nada más pisar Nueva York Boris le avisó de que Liam estaba camino de Manhattan, así que todo quedaba claro: las estrellas

estaban de su parte y ni siquiera tendría que ir hasta Ithaca para buscarlo. Genial.

Cuando algo tenía que ser, era, decía su madre, y así estaba siendo con ellos. Aunque medio planeta los pusiera en contra, los alejara y malmetiera para separarlos, ellos seguían en la misma línea y pronto podrían vivir plenamente su romance. Pronto podrían ser felices y todo se lo deberían a ella, que había hecho lo imposible por no perderlo.

—Buenas tardes, señor.

Se acercó al portero del edificio de Liam regalándole su mejor sonrisa, y su acento británico más sofisticado, y el hombre le sonrió y la escrutó de arriba abajo.

—Me llamo Elizabeth Billinghamurst, soy la ayudante del señor Liam Galway en Inglaterra, seguro que le han avisado de mi llegada.

—Me temo que no, señorita.

—Vaya por Dios, si vengo desde el aeropuerto y... —miró su elegante maleta y suspiró—. Debe haberlo olvidado, ¿está Mandy arriba?, ¿la señora Hobbs?

—La señorita Ryan y la señora Hobbs se han ido hace una hora.

—No me lo puedo creer.

—Puedo llamarlo y preguntarle si la dejo subir.

—No, gracias, está en una reunión importante en el Upper West Side, no quiero interrumpirlo. Madre mía —suspiró al borde de las lágrimas—. En Londres esto no pasaría porque tengo las llaves de su casa y...

—¿Cómo dice que se llama, señorita?

—Elizabeth Billinghamurst, señor.

—Bueno, señorita Billinghamurst, esto es bastante irregular, pero si viene de tan lejos la dejaré pasar. ¿Me facilita su número de pasaporte, por favor?

—Por supuesto —le sonrió, le enseñó el pasaporte y se quedó quieta observando cómo tomaba nota de sus datos.

—Muy bien, venga conmigo, yo la acompaño.

—Es usted muy amable, no sabe cuánto se lo agradezco. Tras ocho horas de viaje me muero de cansancio y tengo que resolver varias cosas urgentes en su casa y...

—No hay problema, sígame.

Siguió al portero al ascensor, no abrió la boca viendo como lo activaba con una llave electrónica y llegó a la planta de Liam pareciendo la más desvalida de las damas victorianas. Héctor, que así se llamaba el portero, le abrió la puerta del piso y la dejó pasar con una venia, ella sacó un billete de veinte dólares y se lo puso en la mano con una enorme sonrisa. Esperó a que se marchara, cerró la puerta y tiró todo lo que llevaba en la mano para abrir los brazos y admirar el precioso piso de Liam con lágrimas en los ojos.

—Al fin en casa.

Caminó por el recibidor y entró al enorme salón que tenía unos ventanales hasta el suelo que regalaban una vista espectacular de Manhattan y que daban una luz maravillosa a sus escasos y sobrios muebles. Mucho cuero, mucha madera, muchos libros y películas, afiches de cine antiguo y un piano en un rincón. Precioso todo. Echó un vistazo a la espectacular cocina y se fue directo al dormitorio principal donde la gigantesca cama de Liam lo llenaba casi todo, se tiró encima y cerró los ojos oliendo su inconfundible aroma con el corazón encogido.

Al fin en casa, repitió pensando en que la vida al fin la trataba bien después de tantas injusticias. Al fin había triunfado y estaba justo donde tenía que estar.

Se acordó de Eloisse Molhoney y su cursi vida en Irlanda, de la vieja y asquerosa Amanda

Heines, la primera mujer de Liam, que se pudría en cualquier rincón de California jugando a las casitas con sus dos repelentes hijas, de aquella italiana insoportable, Sylvia Spoleto, la última amante de Liam, a la que había dado su merecido en China, y aplaudió de felicidad, porque después de todo era ella, Emma Capshaw, la que dormiría en su cama para siempre, la que estaba allí y a la que él amaría el resto de su vida.

Se sentó y observó a su alrededor henchida el alma de felicidad. Miró su teléfono móvil y vio que tenía varias llamadas perdidas de Boris, pero las ignoró todas y se puso de pie decidida a preparar una cena sorpresa para Liam. Esa noche no quería pensar en nada más, ya tendría tiempo de hablar con ese ruso que se estaba convirtiendo en una verdadera pesadilla.

Buscó el buzón de voz y lo pulsó para oír sus mensajes mientras se desnudaba con la intención de darse una buena ducha en el precioso y funcional cuarto de baño de su prometido.

—Cógeme el teléfono, Emma —decía Boris con furia—. De mí no puedes esconderte y me debes mucha pasta, así que será mejor que me contestes o iré a por ti yo mismo y no te hará ninguna gracia. ¿Lo entiendes, amiga?

—Capullo —susurró y se fue al WhatsApp para mandarle un audio—. Déjame en paz, Boris, estoy con Liam y no queremos intromisiones. Y a mí no me amenazas o la que irá a por ti seré yo, amigo.

Colgó, apagó el teléfono y sacó del bolso la pistola que se había comprado en Miami, la dejó a la vista por si acaso, puso la ducha en marcha y se metió debajo con placer.

El ruso ya le había dejado cuatro o cinco mensajes similares, cada vez más inquietantes, pero a ella le importaba un pimiento lo que dijera o amenazara con hacer, lo único que le importaba en ese momento era estar allí, en casa de su hombre, rodeada de sus cosas, de sus olores, de su vida, de esa vida que ahora compartiría con ella para siempre.

—¡Vamos, chicos!

April silbó hacia Max y sus perros y los tres volvieron corriendo a la casa. Ya eran las diez de la noche y pensaba meterse en la cama con un buen libro y una copa de vino, sin embargo, el aroma a flores y la noche estrellada la detuvieron un ratito en el *porche* para considerar la opción de sentarse allí sin hacer nada. Respiró hondo, lo meditó mejor y decidió que no, que lo mejor era entrar en casa porque tenía que madrugar.

Abrió la puerta y el sonido inesperado de un vehículo entrando en su propiedad la detuvo en seco, se quedó quieta, estiró la mano y cogió el rifle que siempre tenía en la entrada. Metió a los perros dentro de la casa y se giró hacia el coche con el arma preparada.

—¡Jesucristo! —exclamó Liam bajándose del 4X4 con las manos en alto y ella sonrió—. ¿Pensabas pegarme un tiro?

—A ti no, forastero, pero a algún indeseable sí. ¿Qué haces en Ithaca a estas horas?, ¿no volvías mañana?

—Sí, pero un impulso me empujó a volver. ¿Qué tal estáis?

—Bien.

Abrió la puerta y dejó salir a Max, que corrió para saludarlo de un salto. Liam lo cogió en brazos y lo estuvo acariciando y besando un buen rato hasta que lo dejó en el suelo para saludar a Tom y Jerry, que estaban igual de entusiasmados con su regreso adelantado.

—He traído un vino estupendo, ¿me invitas a una copa?

—Claro, pasa. ¿Tienes hambre? Ha quedado algo de asado de la cena —le hizo una venia para que entrara y él suspiró aliviado.

—Eso sería maravilloso, cogí el coche a las cinco y media de la tarde y no he parado ni a tomar un café, me muero de hambre. Gracias a Dios la carretera no venía muy cargada, aunque la salida de Manhattan siempre es caótica.

—Lo sé.

—¿Qué tal se ha portado Max?

—Muy bien, como siempre, es un buen chico. Siéntate y abre el vino mientras te caliento un poco esto.

—Joder, qué bien —soltó sentándose en la mesa de su cocina y ella lo miró con los brazos cruzados—. No sabes las ganas que tenía de volver a Ithaca.

—¿Por eso has regresado tan rápido?

—Por eso y porque una reunión importante que tenía acabó mucho antes de lo previsto. Mi amigo tuvo que salir corriendo al aeropuerto por un tema familiar, así que me pregunté: ¿qué diantres hago yo aquí? Fui al garaje de casa, cogí el coche y me vine sin más.

—¿Qué le pasó a tu amigo?, ¿es grave?

—Su madre se cayó en Florida y la iban a operar de urgencia, así que salió disparado hacia allí.

—Vaya, espero que se ponga bien.

—Sí, ya llegó a Miami y está con ella en el hospital. Está en la uci, pero todo va bien.

—Me alegro —le sirvió un plato de carne con patatas y él esperó a que lo dejara encima de la mesa para cogerle la mano y besársela.

—Muchas gracias, April, eres un sol.

—Y tú todo un caballero, Liam McDonagh.

—He pensado mucho en ti en Nueva York.

—¿Ah sí? —disimuló bien, aunque el corazón le dio un vuelco, y lo miró a los ojos con una sonrisa.

—He estado pensando en tu regalo de cumpleaños.

—No hace falta que me compres nada, Liam.

—¿Cómo que no? Por supuesto que sí, me encanta comprar regalos.

—Sí, sí, claro.

—En serio. ¿Tienes alguna preferencia o me busco la vida yo solo? Porque lo cierto es que tengo algunas ideas muy interesantes.

—Pues no, no tengo ninguna preferencia y tampoco quiero que me regales nada.

—Es tu cumpleaños, te voy a hacer un regalo igualmente.

—Vale, ya que insistes, con que me invites a cenar a un buen restaurante me vale. Hace años que no...

—¿Una cena?, ok. ¿The Ledbury te parece bien? Me encanta ese sitio.

—¿The Ledbury?, no lo conozco, ¿dónde está?

—En Notting Hill.

—¿Notting Hill?.

—En Londres, es un sitio estupendo y el barrio me encanta. ¿Conoces Londres?

—¿Londres?, ¿estás loco?

—No, no estoy loco, solo te estoy invitando a una escapadita a Londres. Conozco muy bien la ciudad, he pasado mucho tiempo allí, incluso viví un año en Chelsea, ¿sabes? Tengo amigos estupendos y muchos planes para hacer contigo, empezando por recorrer todas las librerías de...

—¿Qué?

Se puso de pie y entornó los ojos. Respiró hondo y se apoyó en la encimera sin saber qué decir porque aquello era insólito. Él era insólito, su forma de vida era insólita y su invitación a Londres lo era mucho más, así que lo observó sin hablar hasta que abrió la boca para decir algo, pero una llamada de su hija la detuvo en el intento y se acercó a la mesa para coger el teléfono.

—Espera, es mi hija. Hola, cariño ¿Va todo bien?

—Hola, mamá —respondió ella desde Canadá—. Va todo bien, solo te quería preguntar si puedo llevar a Jesse a tu cumpleaños.

—¿Jesse tu novio?

—¿Quién si no?

—Claro, pero no pienso comprarle un billete de avión.

—No te preocupes, sus padres se lo pagan, pero su madre quiere hablar contigo antes y comprobar que no te importa y...

—Me parece muy bien, dale mi número.

Observó como Liam acababa la cena y se acercaba al lavavajillas para meter el plato y los cubiertos, y se le llenó el corazón de ternura. Él, que era un tipo alto y muy fuerte, elegante, tenía pinta de muchas cosas, pero no de ser tan solícito, y sonrió mirando como después de recoger la mesa se agachaba para acariciar a los perros que jugaban en el suelo con una pelota de plástico.

Cerró los ojos, se giró para que no la pillara espiándolo y prestó toda su atención a June, que

le contó muy rápido sus novedades hasta que decidió colgar de repente, como solía ser su costumbre.

—Bueno, eso es todo, te quiero, mamá.

—Yo también te quiero. Adiós.

—¿Va todo bien? —le preguntó Liam enderezándose y clavándole los ojos verdes, y ella asintió.

—Sí, no era nada, solo que quiere traer a su novio a Ithaca.

—Tengo muchas ganas de conocerla.

—Es una cría estupenda.

—Me consta que descende de una estirpe de damas estupendas, así que no lo pongo en duda.

—A veces no sé qué hacer con tanto galanteo sureño, señor McDonagh.

—No es galanteo sureño, es verdad.

—Entonces se agradece.

—¿Qué me dices del viaje a Londres? —avanzó hacia ella y ella no se movió.

—Dicen que viajar con los amigos suele poner en riesgo la amistad, lamentablemente lo he comprobado muchas veces, y tú y yo encima no nos conocemos apenas, así que...

—¿Qué?

—Que no, muchas gracias, pero si quieres busca un restaurante en Ithaca, o incluso en Manhattan, e iré encantada y agradecida a cenar contigo.

—Vaya... estaba muy orgulloso de mi idea —sonrió y se mesó la barba—. En fin, nosotros nos marchamos. Muchas gracias por cuidar de Max y por la cena, estaba deliciosa.

—De nada, ha sido un placer.

Lo vio coger su chaqueta y silbar a Max para que lo siguiera, y se le hizo un agujero en el centro del pecho. Se sintió de pronto muy mal porque a veces se comportaba como una verdadera ingrata, pero en lugar de decir lo que sentía no se le ocurrió otra cosa que soltar una broma a modo de despedida.

—Me da que no estás muy acostumbrado a que te den una negativa por respuesta, forastero.

—Estás muy errada, April, pero no importa, y no pasa nada, es igual, solo era una idea. Buscaremos un buen sitio para ir a cenar antes o después de tu cumpleaños, ya me dirás.

—Ok... Liam...

Lo llamó al verlo salir tan decidido por la puerta y él se detuvo en el *porche* y se giró hacia ella levantando las cejas. Un gesto muy suyo que lo convertía en el tipo más atractivo del planeta.

No se movió, pero ella sí, porque había momentos en que no se podía poner puertas al campo, y se le acercó de dos zancadas, se puso de puntillas, le sujetó la cara con las dos manos y, perdiendo completamente el control de sus actos, le plantó un beso en los labios.

Liam sonrió sobre su boca, levantó el brazo y la agarró por la nuca para devolver el beso como en las películas, empujándola hacia el interior de la casa para pegarla contra la pared antes de cerrar la puerta de una patada.

A partir de ese momento ya no pudo pensar, porque ya no oyó nada más que sus susurros, ni sintió nada más que su piel, ni tocó nada más que su cuerpo, y lo desvistió con prisas y se sacó su propia ropa a tirones, y cuándo él la levantó a pulso y la penetró contra la pared, soltó un gemido desconocido pegada a su cuello, porque aquello era el cielo y acababa de alcanzarlo.

Liam McDonagh podía haber fracasado en sus relaciones anteriores, pero no había sido por el sexo, pensó en un momento de lucidez tirándolo encima del sofá para montarse sobre él y atrapararlo entre sus muslos sin dejar de acariciarlo, inclinándose para besarle con ganas, igual que

hacia él, porque sabía besar como los ángeles y no se reprimía, ni intentaba mantener la calma o la pausa, y aquello la volvió lo suficientemente loca como para acabar en la alfombra disfrutando de un orgasmo monumental con ese hombre espectacular encima. Un hombre que solo había imaginado en sus sueños.

—Esto no lo puede saber nadie —se sentó arreglándose el pelo y miró a los perros, que los estaban observando desde la chimenea tan tranquilos—. Menos aún mi madre u Oneida o...

—¿Perdona? —giró la cabeza y le clavó los ojos verdes, estiró la mano y le acarició la espalda desnuda.

—No sabes cómo son y no quiero que seas la comidilla de todo el Estado de Nueva York.

—¿Yo?, me da igual ser la comidilla del mundo entero, ni te imaginas por lo que he pasado.

—Mi madre querrá poner una fecha de boda y mis amigas, pues... no quiero ni pensarlo.

Lamentablemente recuperó el control de la situación, y de su cabeza, se puso de pie y se fue a buscar su ropa calibrado las consecuencias de todo aquello, porque las habría, al menos en su corazón, y no estaba preparada para eso, y menos aún con un público entregado pendiente de sus movimientos.

Se puso los vaqueros y la camiseta intentando calmarse y sintió la mano de Liam en el hombro, bajó la cabeza y se dejó llevar cuando él la giró y la abrazó contra su pecho besándole el pelo.

—Somos adultos, ya bastante maduritos y, sinceramente, April, me importa un carajo lo que opinen tu madre o tus amigas, pero si es lo que quieres, no te preocupes, nadie sabrá lo que ha pasado.

—Parece una estupidez, pero es un pueblo pequeño...

—Crecí en Baton Rouge ¿recuerdas?

—Ok, gracias —se apartó de él para mirarlo a los ojos y no pudo resistirse a besarlo otra vez —. Si saben que me he acostado con el forastero para guapo que ha pisado Ithaca en los últimos tiempos, no me dejen en paz.

—Madre mía.

—Va en serio, no las conoces.

—Vale, por mí no lo sabrán.

—Genial, gracias otra vez ¿Quieres un café, vestirme o comer algo?

—Quiero subir a tu habitación y dormir en tu cama.

—Cariño...

Entró en el salón con Caitlin, con las prisas de siempre, pero se detuvo para escuchar a Ronan tocando la Sonata para piano N°16 de Mozart, con un niño sentado en cada pierna. Una maniobra que dificultaba la ejecución de la pieza, pero que a él parecía no molestar, porque sonaba maravillosamente.

Había pasado más de diez años en el conservatorio y, aunque mucha gente pensaba que solo tocaba la guitarra eléctrica y que era un rockero al uso, lo cierto es que no, la verdad es que Ronan Molhoney era un virtuoso, un músico increíble que tocaba muchos instrumentos, empezando por el piano, y lo observó sin moverse mucho rato, con Caitlin en los brazos, mientras ella escuchaba a su padre con la misma atención.

—¡Bravo! —aplaudió cuando acabó y él se giró para mirarlas con una sonrisa—. Precioso.

—Gracias. ¡Hola, princesita!, ¿estás despierta? ¿Quieres tocar el piano con papá?

—Ha dormido la hora y media de entrenamiento. La bajé después de darle el pecho, la puse en su mecedora y se durmió al segundo compás de la música. No le interesa nada el ballet —bromeó, se la entregó, le dio un beso y luego besó a Jamie y Alex en la cabeza.

—A mí sí me gusta el ballet, mami —susurró Alex estirando los bracitos para que lo cogiera y ella lo abrazó.

—Lo sé, mi vida, mañana entrenas conmigo ¿quieres? Ahora vamos a merendar, Aurora no está y se nos ha hecho tarde.

—¿Dónde está Aurora?

—Es su día libre, se fue al cine con Kirk y luego a cenar, ya os lo he dicho tres veces. Ron ¿quieres un café?

—Sí, gracias.

—Ok, vamos, todo el mundo a merendar, por favor.

Se llevó a los niños a la cocina y se acercó a la cafetera mirando la lluvia caer sobre el jardín y más allá sobre el mar, porque las vistas desde su casa de Killiney les permitía ver el mar de Irlanda. Una verdadera maravilla, un remanso de paz, aunque, por culpa de la amenaza constante de Emma Capshaw, vivían con la alarma puesta las veinticuatro horas del día y una escolta privada rodeando la propiedad.

Suspiró, pensando que durante un tiempo esa mujer había estado muy cerca de ellos, y se le erizó la piel. Se pasó la mano por la cara y se quitó la imagen de la cabeza para concentrarse en la merienda de los niños y en la cena, que era lo único que le tenía que preocupar. Eso y el viaje a Nueva York, que estaba previsto para dentro de dos semanas y que le apetecía un montón porque iban a viajar con Mike y Ralph, sus mejores amigos, y eso siempre le hacía mucha ilusión.

—No te quites la ropa de bailarina, princesa, estás buenísima —Ron la agarró por detrás y la estrujó con todo el cuerpo para jolgorio de los niños—. Siempre me han puesto el maillot y estas falditas de gasa. ¿Te acuerdas de...?

—Sí, me acuerdo.

Movió la cabeza y miró a los pequeñajos sonriendo. Se acordaba perfectamente de todas las

veces que habían acabado haciendo el amor en su camerino del Royal Opera House, incluso en el del Lincoln Center de Nueva York, sin sacarse la ropa de ballet porque él se ponía a cien y terminaba arrastrándola. Algo muy poco profesional y motivo más que justificado de sanción o despido por parte de la compañía, pero que no habían podido evitar y que se había instaurado en sus vidas con bastante normalidad.

De hecho, habían concebido a Jamie en un camerino y aquello pasaría a la historia de ambos como un acontecimiento memorable.

—No quiero enfriarme, me ducho y luego me pongo con la cena. ¿Te ocupas tú de los tres? — miró a Caitlin instalada en su sillita sin perder de vista a sus hermanos, y luego lo miró a él—. Que coman fruta y poco más, cenan en dos horas.

—¿Y si los dejamos a los tres a cargo de sí mismos y me meto en la ducha contigo?

—Muy gracioso. Venga, que no tardo nada.

—Princesa...

—No, no, atrás —levantó la mano y se la puso en el pecho, pero él fue más rápido y la sujetó para darle un beso largo y apasionado contra la pared.

—Madre, mía, Issi, vas a acabar conmigo —deslizó las manos y le apretó el trasero—. Uno rapidito en la despensa, vamos.

—No. ¡Ronan!

—Vale, vale, pero en cuanto se vayan a la cama no te libras, princesita.

—Y tú tampoco. No tardo nada —giró hacia la escalera, pero de pronto se acordó del tema Ithaca y volvió sobre sus pasos buscando sus ojos—. He hablado con Liam Galway y dice que puede recogernos en Manhattan con un avión privado o un helicóptero para llevarnos a Ithaca. Tardaríamos menos de una hora y...

—¡Helicóptero! ¡helicóptero! —aplaudieron los niños y Ron frunció el ceño.

—Debería confirmárselo porque... ¿no te apetece ir a Ithaca? Es muy bonito y dice que podemos montar a caballo, estar con su perro y disfrutar un poco del campo.

—Ya disfrutamos del campo aquí, Issi.

—No es lo mismo. ¿Qué pasa?

—Oye, me cae bien Galway, es un buen tío, pero sigue molestándome que mire a mi mujer con ojos de cordero degollado.

—Eso no es verdad.

—¿Quieres discutirlo conmigo?, ¿en serio?

—Pensé que teníamos ese tema superado.

—No, mientras no lo supere él.

—Ron...

—Repito, me cae bien, es un buen tío y después de lo que pasamos en el Victoria&Albert Museum lo considero un colega, pero eso no significa que quiera pasar unos días en su casa.

—Sinceramente, creía que toda esa paranoia había quedado atrás, encima Liam...

—¿Qué te interesa tanto de Ithaca? —la interrumpió y ella se encogió de hombros.

—Sé que es un sitio precioso y un buen amigo ha tenido la deferencia de invitarnos, ponernos el transporte y dejarnos su casa, porque ayer me contó que está saliendo con alguien de allí y que se instalará con ella mientras nosotros nos quedamos en su casa.

—¿Ah sí? ¿tiene novia?

—Eso parece.

—Me alegro por él, pero seguro que sigue bebiendo los vientos por ti, por eso nos invita a

Ithaca y te llama por teléfono a la más mínima oportunidad.

—No es cierto.

—Ok, muy bien. Si quieres probemos suerte, vayamos a su casa y disfrutemos del campo, pero a la primera de cambio acabaré partiéndole la cara. Tú decides.

—¿Te estás oyendo? —lo miró indignada y él se sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero de los vaqueros y le hizo un gesto con la mano para que no se moviera.

—Un momento. Hola, Sean ¿qué hay?... ¿en serio?... genial, estupendo, mil gracias, tío... Gran noticia, muy bien... Gracias, sí, llámame con lo que sea. Adiós.

—Me voy a duchar —giró hacia la escalera y él la llamó.

—¿No quieres escuchar una buena noticia, princesa?

—¿Qué pasa?

—Han detenido a Emma Capshaw en Casablanca, en Marruecos. Está retenida y la van a trasladar a Inglaterra de inmediato.

—¿En serio?

—Sí. La han detenido los detectives privados de Galway, no las autoridades locales, así que la meten a un avión y la llevan a Londres mañana por la mañana, sin ningún trámite de por medio.

—¿Eso es legal?

—Me es igual, lo importante es que mañana la entregarán a la policía británica. Sean nos irá informando.

—Vale —se atusó el pelo sin ninguna emoción, porque con esa mujer nunca se podía estar segura de nada, y respiró hondo—. Es una gran noticia, pero hasta que no la vea entre rejas no me lo creeré del todo.

—Yo tampoco —se miraron y ella se perdió un segundo en ese celeste maravilloso de sus ojos, mientras él ladeaba la cabeza estirando la mano para rozarle la cintura—. Al menos es un primer paso, princesa, sonrío un poco.

—Han pasado tantas cosas en los últimos meses que...

—Lo sé.

—De aquí a mañana puede pasar de todo, ya veremos. Voy a subir a ducharme, pero Emma Capshaw aparte, quiero que luego hablemos con calma y sin testigos —miró hacia los niños— de Liam Galway, porque no me puedo creer que sigas con esa historia absurda en la cabeza.

—Lo que quieras, pero yo no voy a ir a Ithaca, y tú tampoco.

—¿Perdona?

—Estaremos en Nueva York solo catorce días, no vamos a perder tiempo en subir a Ithaca pudiendo disfrutar de la ciudad tranquilos. Que si no recuerdo mal eran tus planes iniciales, así que dejémoslo estar ¿vale?

—Subir o no a Ithaca ya me da igual, pero que me hables en ese tono tan condescendiente me cabrea mucho, así que no pienso dejarlo estar.

—Issi...

—Luego hablamos.

Se giró y subió la escalera muy rápido, y bastante enfadada.

No se podía creer que después de tanto tiempo le saliera con esas idioteces sobre Liam Galway, que era un tío estupendo y atento que siempre se había portado muy bien con toda la familia.

No pensaba tolerarlo y acabarían o no visitando Ithaca hablarían con calma sobre el tema, porque no pensaba consentir que siguiera alimentando esos celos y esa animadversión absurda

hacia Liam. Una inquina que en el pasado les había acarreado muchos problemas. Ella no se olvidaba de eso y tendría que recordárselo y volver a poner las cosas en su sitio.

—No te vayas —estiró la mano e intento sujetarla por la cintura, pero April fue mucho más rápida y se bajó de la cama de un salto.

—Lo siento, forastero, pero tengo que pasar por casa y por el rancho antes de ir al aeropuerto.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias, te veo esta noche para la cena.

—¿No te veré hasta esta noche? No puedes hacerme eso.

—¡Liam!

Lo miró moviendo la cabeza y se echó a reír antes de meterse en el cuarto de baño. Él se desplomó sobre la almohada y miró la hora oyendo como ponía la ducha en marcha. Quiso levantarse e ir a acompañarla, pero ella le había advertido que no le gustaba hacer el amor en la bañera, ni esas excentricidades incómodas, así que se resignó a esperarla abajo, en la cocina, mientras le preparaba un café.

Saltó de la cama y saludó a Max, que apareció enseguida por el pasillo, se puso un albornoz y bajó despacio a la primera planta donde esa noche celebrarían la gran fiesta sorpresa de cumpleaños de April. Un gran acontecimiento para sus amigos, sobre todo para su amiga Oneida, que se estaba ocupando de todo y que le había pedido permiso para ir a primera hora de la tarde a decorar el salón y a afinar los detalles.

Todo apuntaba a que sería un gran encuentro entre amigos y familiares, pero él se estaba empezando a preocupar por April, porque era evidente que ella no comulgaba con esas historias, y encima él le estaba mintiendo como un bellaco. El pacto era que la recogería para ir a cenar, pasarían por su casa con cualquier excusa y entonces se destaparía la sorpresa.

Una empresa algo arriesgada, se le antojó de repente y calibró seriamente la posibilidad de enseñar las cartas y decirle la verdad, sin embargo, no podía, o no debía, porque había dado su palabra de discreción total, y no quería desbaratar el trabajo y la ilusión de tanta gente.

Dejó salir a Max al jardín y puso la cafetera mirando hacia el campo. Hacía un día espléndido. El último sábado de marzo, y esperaban la llegada de June y su novio para el mediodía, así que todo apuntaba a que sería un gran día.

Estaba deseando conocer a June y empezar a hacer oficial su relación con April. Ella ya le había hablado de él a su hija, la niña parecía encantada, y tras casi tres intensas semanas de relación amorosa y sexual, seguramente esa noche, en el cumpleaños, desvelarían el misterio a todo el mundo. Estaban juntos, eran adultos y no tenían tiempo, ni ganas, de cortejos o secretos, así que ya era hora de dejar de esconderse y andar con remilgos.

Por su parte, estaba muy seguro de que quería seguir con ella, de que quería vivir con ella. A su edad no podía perderse en un noviazgo largo, y le quería pedir que se mudara a su casa y que iniciaran una nueva vida juntos. Se conocían desde hacía solo cuatro meses, pero no necesitaba más tiempo para darse cuenta de que April Geller era la mujer que llevaba esperando muchos años, tal vez toda su vida.

Una vez había oído a Ronan Molhoney decir que solo con ver a Eloisse, incluso a la distancia, había sabido que era ella, la mujer de su vida, y siempre le había parecido una pedantería, incluso una fanfarronería por su parte andar diciendo esas cosas, pero ahora lo entendía mejor y, aunque

no podía jugarse una mano a que April era sin lugar a dudas la mujer de su vida, sí podía jurar sobre la Biblia de que sí era la mujer de ese momento de su vida, con la que necesitaba estar. Se sentía como en el cielo con ella, lo colmaba de paz, la deseaba muchísimo y había conseguido sacarlo sin querer del pequeño infierno en el que se había convertido su vida.

Era única, preciosa, divertida, inteligente, fuerte y muy sexi. Era una persona excelente, una madre y una hija cariñosa y atenta, una mujer con mucha personalidad y estaba loco por ella, no podía disimularlo, y esa noche se lo haría saber a todo su entorno, con o sin su consentimiento.

—Hola, forastero —se le abrazó a la espalda con fuerza y él sonrió— ¿Dónde está Max?

—En el jardín.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera? No lo veo —abrió la puerta y se asomó para llamarlo— ¡Max!

—Déjalo un rato a su aire, debe llevar quince minutos fuera. Venga, tómate un café y come algo.

—No debería alejarse tanto, sigue siendo un perro de ciudad y...

—Ha espabilado mucho, igual que yo —le sonrió y le dio un beso en la boca. Ella movió la cabeza y se sentó en la mesa de la cocina—. Entonces, ¿te recojo a las siete?

—Mejor a las seis y así te presento a June y puedes hablar un ratito con ella ¿Te apetece?

—Me apetece mucho. Voy a afeitarme la barba para que no se asuste al verme.

—¿En serio? No hace falta, estás guapísimo y muy sexi con tu barba. Dice Oneida que vas a la última moda.

—No es mi intención ir a la última moda, solo es pereza y pocas ganas de afeitarme, pero hoy es un buen día para hacer un esfuerzo. Así podrás verme tal cual soy, aunque pensándolo mejor igual ya no te gusto tanto.

—Eso es imposible, forastero, porque no puedes estar más bueno.

—Lo mismo digo —se le sentó al lado y la sujetó por la nuca para darle un beso largo y apasionado sintiendo como ella se disolvía bajando la guardia—. Volvamos arriba y luego yo mismo te llevo al aeropuerto. Venga, no me hagas suplicar.

—Lo siento, cariño, pero tengo que pasar por el rancho a recoger a los perros y llevarlos a casa, y además tengo otras cosas importantes que hacer. Esta noche te lo compenso.

—Está bien, puedo ser paciente.

—Me voy —se levantó para salir al jardín y él la siguió hasta el coche—. No me gusta que Max ande suelto por ahí, se puede caer al lago, Liam. Ve a buscarlo ¿quieres?

—Enseguida, no te preocupes. Te veo esta noche.

Le dio un último beso, se quedó observando como abandonaba la propiedad en su camioneta y se despidió con la mano antes de girarse para llamar a Max, que era cierto y ya llevaba demasiado tiempo lejos de la casa.

Caminó hacia la parte trasera y le silbó un par de veces, pero nada, decidió ir hasta el lago ya un poco preocupado, y tampoco lo encontró. Empezó a llamarlo y a silbarle con cierta angustia, porque jamás desobedecía o se alejaba demasiado de él, y se dio cuenta de que iba descalzo por la tierra y la hojarasca, una locura. Hizo amago de volver corriendo a la casa para calzarse y salir a buscarlo con el coche, y en ese preciso instante sintió un movimiento extraño a su espalda.

—¡Maxi!, hombre, qué susto me has dado ¿Dónde te habías metido?

El Golden Retriever apareció entre los árboles, corrió y saltó para que lo cogiera en brazos manchado de barro hasta la nariz. Él lo abrazó, dándose cuenta de que a punto había estado de sufrir un infarto, y lo dejó en el suelo empapado y sucio.

—Mira cómo me has puesto. Venga, entremos en casa y no vuelvas a desaparecer así. ¿Eh?

Lo secó y limpió antes de hacerlo entrar por la cocina y luego cerró la puerta con llave. Por primera vez desde que había llegado a Ithaca cerró con llave porque un escalofrío extraño le recorrió la columna vertebral. Uno lo suficientemente potente como para hacerlo conectar la alarma y comprobar que tenía el teléfono con batería.

El mejor amante que había tenido en toda su vida, o al menos eso creía, aunque seguramente la cegaba la pasión, porque desde que Liam McDonagh había aparecido en Ithaca ella había perdido la perspectiva, el sosiego, y era de todo menos objetiva.

Sonrió, saliendo de casa para ir a buscar a June y a Jesse al aeropuerto de Tompkins, y encendió la radio para escuchar un poco de música, precisamente algo de Ronan Molhoney, el amigo famoso de Liam, que actuaba en el Carnegie Hall el 13 y el 14 de abril. Un concierto que ya tenía todas las entradas vendidas desde hacía meses, pero al que tendrían la suerte de asistir gracias a los contactos de su «chico», que les habían conseguido nada menos que cuatro entradas de palco. Un lujo.

Su «chico» dijo en voz alta y se emocionó como una colegiala. Hacía años que no se enamoraba, tal vez desde la época de Robert, el padre de su hija, por el que había perdido completamente la chaveta, y experimentar nuevamente esa sensación por todo el cuerpo la hacía sentir realmente bien, plena, feliz, guapa y deseable. Una mezcla de muchas cosas que la habían convertido en otra persona. Una persona mucho más liviana y positiva.

Ella se consideraba una mujer estable y optimista, una con una buena vida independiente y feliz, pero complementar su bienestar con alguien como Liam McDonagh no tenía precio. Era lo mejor que le había pasado nunca, estaba loca por él, se lo pasaban de miedo en la cama, pero también compartían aficiones y gustos, hablaban el mismo idioma, se sentía en su misma sintonía, y daba por hecho que aquello tenía que ver con el amor, o al menos con algo muy parecido.

A cinco días de cumplir los treinta y seis, con varias experiencias a su espalda, muchas desilusiones, pero también con muchos momentos románticos espectaculares e inolvidables, sabía que estaba viviendo la mejor etapa de una relación de pareja que apuntaba a ser seria, el comienzo, y se sentía en una verdadera luna de miel. Además, él parecía tan feliz y entregado como ella, y eso era una novedad a unas edades en las que la gente solía poner barreras y controlar los sentimientos por miedo a equivocarse, o por miedo simplemente a pasar a un nivel de compromiso para el que no todo el mundo estaba preparado.

Ella, a esas alturas de su vida, no pensaba en matrimonio, ni hijos, ni casitas con la valla blanca, no, lo que en realidad buscaba era un buen compañero de vida, uno en el que confiar, al que entregarse, uno al que amar y con el que disfrutar al máximo, y Liam era el candidato perfecto. Era único y no pensaba perderlo.

Respiró hondo mirando el aeropuerto y volvió a sonreír pensando en su cuerpazo cálido y varonil, su pecho ancho y acogedor, sus ojos verdes, su aire de vaquero a la antigua, y aparcó con una revolución inmensa de sentimientos recorriéndole el torrente sanguíneo. Una gozada.

—¡Mami!

June corrió por el pasillo y saltó a sus brazos como cuando era niña, aunque ya le sacaba una cabeza, y ella la asió con fuerza antes de mirarla a los ojos y acariciarle la cara con las dos manos.

—Estás guapísima y tan alta, cariño.

—Ya ves, uno setenta y dos. He salido a papá, gracias a Dios.

—Eso seguro —asintió y luego miró a su espalda para buscar a Jesse, que era un chico mulato

guapísimo, muy alto y con cara de no haber roto un plato en su vida—. Tú serás el famoso Jesse, encantada de conocerte.

—Igualmente, señora Geller.

—Lláname April, lo de señora Geller no me cuadra. ¿Qué tal el viaje?

—Todo genial, se me ha pasado volando con Jesse al lado.

—Me alegro un montón. Tu abuela está deseando verte.

—Y yo a ella ¿Qué pasa con tu novio?

—¿Liam?, no es mi novio, June, te dije...

—Si me has hablado de él y me lo vas a presentar es que es más que un amigo con derecho a roce —la miró tan segura y April se echó a reír— ¿Dónde lo has metido?

—Iría esta tarde a buscarme para salir a cenar y lo podrás conocer, te caerá genial.

—Eso seguro, porque si te ha llevado al huerto, pues...

—¿June!

—Voy a cumplir dieciséis años, madre, podemos hablar con sinceridad. Venga, Jesse, súbete detrás.

Dejó que acomodaran el equipaje y se subieran al coche, y se puso al volante oyendo la charla incesante de June mientras Jesse, que al parecer era una especie de genio que iba a entrar a estudiar ingeniería con una beca completa en el MIT, el famoso Instituto de Tecnología de Massachusetts, se limitaba a contestar con amabilidad y a meter poca baza, lo que la hizo comprender de inmediato por que estaban juntos y por que ella lo consideraba su novio. Estaba claro, su hija era una parlanchina incansable y él sabía escuchar, y eso era una verdadera suerte.

—Queremos volver a Nueva York a finales de abril para asistir al Festival de Cine de Tribeca, podrías acompañarnos, mamá.

—¿Y vuestras clases?

—Jesse puede saltarse algunas clases porque tiene un programa más libre, él es superdotado ¿sabes?, y mi tutor me ha dicho que, si perdía un par de días por ir a un festival de cine como el de Tribeca, me lo autorizaría oficialmente, incluso que me lo puntuaría como un sobresaliente.

—Por mí estupendo que vengáis de nuevo dentro de un mes, pero ir yo a Manhattan para eso, no sé. Ya sabes que el rancho y...

—Ay, Dios, vives en las cavernas. Jesse no se cree que no sales del pueblo, que no tienes redes sociales, que no sabes para que sirve Google o que no vas al cine desde hace mil años.

—Soy una ranchera analógica, Jesse, espero que no te moleste.

—Claro que no, me parece una opción a la que todos acabaremos volviendo.

—¿Ves? Jesse me entiende.

June se echó a reír y aplaudió viendo la entrada al pueblo. Ella cogió la carretera hacia su casa y una vez allí la vio bajar a la carrera para abrazar primero a su abuela y después a los perros, que la recibieron con el escándalo y la alegría habitual.

Agarró a Jesse de la mano y se lo llevó dentro de la casa para enseñarle su habitación y ofrecerle algo de comer, y se quedó charlando con ellos un buen rato hasta que llegó la hora de ducharse y arreglarse para salir a cenar con Liam, que la había llamado muerto de la risa para contarle que había tardado casi una hora en quitarse la barba y adecentarse un poco.

No quiso enviarle una fotografía del nuevo *look*, así que sería una sorpresa total. Una sorpresa compartida porque ella iba a verlo por primera vez sin barba y él a ella por primera vez con vestido y tacones. Se había comprado un vestido de cóctel y rescatado unos zapatos buenos del armario, y se sentía guapa y elegante. Una novedad que le apetecía un montón, porque incluso

alguien como April Geller se podía llegar a cansar de los vaqueros, las botas y los plumas sin mangas.

—¡Madre mía, estás guapísima! —exclamó June al verla entrar en el salón con un bolsito de noche y ella se miró en un espejo del pasillo—. Liam debe ser muy especial si te vistes así para él.

—No me visto así para él, me visto así para ir a cenar a un restaurante caro, que es algo que no hago desde hace décadas.

—Estás preciosa, April —su madre la besó en la mejilla—. Eres tan guapa y nunca te luces, es una alegría para la vista verte así. Preciosa.

—Gracias... ahí está Liam —sintió el coche y se puso un poco nerviosa, como en el día de su baile de graduación y miró a June—. Dejará a Max, su perro, aquí para que no esté solo en su casa ¿vale? Ábreles, por favor.

—Ok...

Contestó su hija y ella entró en la cocina para sacar un cuenco de agua aparte para Max y de repente sintió a la vez la puerta principal abriéndose, la voz grave de Liam saludando y el estallido de un cristal contra el suelo. Saltó y volvió corriendo al recibidor.

Allí, como en una película, vio a Liam McDonagh perfecto con traje, pero sin corbata, guapísimo sin barba y con el pelo peinado hacia atrás, quieto mirando a June, que permanecía congelada, con la mano en alto y el vaso de agua que estaba tomando hecho trizas sobre el parque. A su espalda Jesse los observaba con la boca literalmente abierta.

—¡Tú eres Liam Galway! —exclamó de repente y la buscó a ella con los ojos— ¿Sales con el puto Liam Galway, mamá?

—¡June! —regañó la abuela, pero ella la ignoró y soltó una risa nerviosa.

—¡Liam Galway!, no me lo puedo creer.

—June, ¿qué te pasa? No seas maleducada —se acercó sonriendo a Liam y le cogió la mano.

—No tienes ni idea de quién es ¿verdad? Claro que no —se giró buscando a Jesse, que seguía como en estado de shock—. Me apuesto una mano a que no sabe quién es su novio, vamos, clarísimo.

—¿De qué estás hablando? Lo siento, Liam, creo que el viaje en avión le ha afectado un poco, no le hagas caso. Pasa, por favor...

—No, es cierto... —él la detuvo por el codo y respiró hondo—. Me llamo Liam McDonagh, ese es mi nombre real, pero el gran público me conoce como Liam Galway.

—¿Qué gran público?

—Dios mío, mamá —bufó June levantando las manos—. Eres la leche.

—El público en general, mi trabajo en el cine... en fin...

—¿Qué?

—Es un actor mega famoso, mamá, ha ganado un Óscar, es una puñetera estrella de Hollywood —June suspiró y sonrió extendiendo la mano para saludarlo—. Joder, perdone, señor Galway o McDonagh o como sea, pero es que me he quedado flipada. Soy una gran admiradora suya, los dos los somos, Jesse y yo. Adoramos su trabajo, es increíble tenerlo aquí delante, increíble. Madre mía, cuando lo contemos en Quebec...

—¿Qué? —repitió April acordándose del famoso rumor sobre su antiguo inquilino y su identidad secreta como estrella de Hollywood, rumor que nunca se había molestado en comprobar, y lo miró a los ojos sintiendo un jarro de agua fría cayéndole sobre la cabeza.

—Lláname Liam, June, encantado de conocerte, a ti también Jesse. Ruth ¿cómo estás?

—Pasa, hijo, ¿quieres tomar algo?

—No, gracias.

—¿Qué eres quién? —April al fin reaccionó y lo agarró del brazo.

—Soy el de siempre, solo es que en el mundo del cine me conocen como Galway y no McDonagh. ¿Cuál es el problema?

—¿Qué cuál es el problema?!

Exclamó con ganas de matarlo, lo sujetó con fuerza y se lo llevó a la cocina, cerró la puerta y lo miró a los ojos. Él, con cara de inocente, se metió las manos en los bolsillos y levantó las cejas esperando a que hablara.

—¿Me has mentido?

—¿Yo?, yo no he mentido a nadie, menos a ti.

—Nunca me has dicho que eras actor, una puñetera estrella de Hollywood con un Oscar y todo eso.

—Me llamo Liam McDonagh, ese es mi verdadero nombre y con él te alquilé la casa y aparecí aquí, todo lo demás sobra. No vine a Ithaca promocionando mi trabajo, vine de forma anónima, huyendo precisamente de Liam Galway y, sinceramente, nunca voy diciendo quién soy porque la gente suele reconocerme.

—Ah, vaya, usted perdone.

—Mira, April, todo esto es una chorrada, ¿por qué no volvemos al salón? Me apetece hablar con tu hija.

—No, no, no, no —caminó por la cocina intentando situar las cosas y él estiró la mano para tocarla, pero ella lo esquivó—. Tú y yo hemos hablado de todo, te he contado cosas muy íntimas de mi vida, nos estamos acostando, somos amigos y ¿olvidas decirme que tienes un Óscar y que eres un actor famoso? Vamos, hombre, esto es de locos.

—¿Qué importancia tiene a qué me dedique?

—Es importante si eres un puto actor rico y mega famoso.

—¿Por qué?

—Pues, pues... porque es algo demasiado importante como para no hablarlo, y no lo has hecho, y me siento engañada, por eso.

—¿Engañada? Soy exactamente la persona que conoces, salvo que no sabías que soy actor, aunque sí te dije que me dedicaba al mundo del cine, porque en realidad llevo un par de años concentrado solo en la dirección, y me importa un carajo ser famoso y conocido, ese no es un problema a estas alturas de mi vida, es algo normal e irrelevante para alguien como yo.

—Será normal para ti, pero no para mí, y parece que para el resto del mundo tampoco —hizo un gesto ostensible hacia el salón y él respiró hondo—. Ya ves el revuelo que has provocado.

—Suele pasar al principio, luego la gente lo asimila y me ve como alguien normal y corriente, que es lo que soy.

—Madre mía, ahora entiendo por qué tienes tanta pasta, por qué tienes amigos famosos y por qué has tenido una acosadora. Todo encaja. Es que soy idiota y mira que Marion, la mujer del farmacéutico, te reconoció y Oneida siempre ha dicho que le sonabas de algo... y mi madre que parecías Gary Cooper y...

—¿Y qué? ¿me vas a discriminar por culpa de mi trabajo? He luchado mucho por llegar a ser un actor conocido, no puedo cambiar eso ahora, ni renegar de ello. No puedo cambiar lo que soy, pero, te lo juro por Dios, que actor o no, soy la misma persona con la que te estás acostando, a la que has hecho confidencias y a la que consideras un amigo, April. Sigo siendo yo, Liam

McDonagh.

—Te habrás acostado con actrices famosas, guapísimas, deseadísimas, talentosas...

—Y solo me gustas tú. Mírame —se acercó y le acarició el brazo, aunque ella estaba tensa y a la defensiva—. Parfraseando a Julia Roberts en *Notting Hill*: «No te olvides de que tan solo soy un tío delante de una chica, pidiéndole que lo quiera»

—... —ella guardó silencio y se apartó atusándose el pelo.

—Me has obligado a ser cursi, venga, no me juzgues así.

—No te estoy juzgando.

—Lo estás haciendo y no es propio de ti.

—Tengo que asimilarlo, necesito tiempo.

—Mamá... —June dio unos golpecitos en la puerta y la abrió para asomarse con una media sonrisa—. Lo siento, pero tienes que irte, nosotros vamos a...

—La verdad es que se me han quitado las ganas de salir a cenar. Lo siento, Liam, pero tendremos que dejarlo para otro momento —hizo amago de abandonar la cocina y su hija la sujetó.

—La cena ya es irrelevante, mamá, tienes que ir directamente a la casa de Liam, nosotros vamos saliendo para allá.

—¿A casa de Liam? ¿para qué?

—Siento estropear la sorpresa, pero Oneida y los demás te han organizado una fiesta de cumpleaños y Liam tenía que llevarte hace diez minutos.

—¿Una fiesta de cumpleaños? —miró a Liam y él asintió—. Me cago en la leche, odio ese tipo de chorradas.

—Tus amigos han insistido y el señor Galw... Liam, les ha dejado su casa. Tienes que ir o estropearás los preparativos y el trabajo de veinte personas, así que en marcha.

—No, por favor.

Se pasó la mano por la cara y se miró así misma sintiéndose idiota y fuera de lugar. De pronto todas las ilusiones y las mariposas en el estómago se le vinieron abajo ante la realidad que tenía delante y solo quiso desaparecer de la faz de la tierra, pero no podía hacer eso a sus amigos, así que se sacó los tacones y miró a June ignorando a Liam Galway o como se llamara, antes de subir corriendo a su dormitorio.

—Voy a cambiarme, avísale a Oneida de que ahora me llevas tú a la dichosa fiesta.

—Maldito mal nacido, rufián de tres al cuarto, bastardo de mierda... en cuanto te coja... — chilló al teléfono, llegando al Aeropuerto de Los Ángeles, y el conductor del Uber que la llevaba la miró por el espejo retrovisor con cara de preocupación—. No vas a ver un céntimo más de mi dinero, Boris, ni un puto dólar y prepárate porque conmigo no se juega ¡cabrón!...

Colgó al oír que el contestador automático se cortaba y trató de calmarse porque no era bueno entrar en un aeropuerto internacional con cara de furia.

Se despidió del chófer y cogió la maleta entrando en la zona de salidas nacionales a la carrera. Tenía solo cuarenta minutos para coger ese vuelo a Nueva York y no podía perder el tiempo. Llegó a los controles de seguridad y empezó a hiperventilar porque la cola daba veinte vueltas, o eso le pareció, viendo el mar de gente que tenía delante.

¡Maldita sea! Gruñó, soltando la puñetera maleta y un guardia de seguridad se le acercó para observarla de cerca, así que respiró hondo y se resignó a poner cara de chica buena, evitando llamar la atención, aunque se encontraba en medio de un puto drama y solo le apetecía gritar y desahogarse.

Por culpa de Boris llevaba dos semanas en Los Ángeles buscando a Liam. El maldito ruso la había mandado allí después de su reencuentro fallido en Manhattan, asegurándole que su novio se había largado a California por una urgencia, y ella le había creído a pies juntillas, le había hecho caso, había viajado a Los Ángeles y llevaba allí de un lado para otro mareada por sus mensajes que, día sí día también, le iban dando información falsa sobre el paradero de Liam Galway.

Desgraciadamente, su deseado encuentro en Nueva York no había sido posible.

Lo había estado esperando toda la noche en su casa, en su cama, con la cena lista y vestida con un conjunto de lencería precioso, pero él no había aparecido, así que al final, a las ocho de la mañana, una hora antes de que se presentara la señora Hobbs, su ama de llaves, había recogido todas sus cosas y había desaparecido para no estropear la sorpresa, porque no quería desvelar a nadie su presencia allí, prefería sorprender a Liam por sus propios medios y cuando estuvieran los dos solos.

Abandonado su piso, no sin antes tomar prestadas algunas cosas suyas, se dedicó a caminar por la ciudad sin rumbo. Se fue al Sea Port, cogió un *ferry* y visitó la Estatua de la Libertad, regresó y se fue a recorrer la Quinta Avenida como una turista más, subió al Empire State Building sin saber muy bien qué hacer, hasta que decidió volver al edificio de Liam para vigilarlo, justo en el momento en el que el puñetero Boris la llamó y le dejó un mensaje asegurándole de que o le pagaba lo que le debía o se iba a chivar a Galway de sus intenciones. Fue entonces cuando cedió, le hizo un giro por Western Union y le escribió pidiéndole ayuda.

Quince minutos después el muy sinvergüenza le mandaba un mensaje de texto informándole que Galway se había trasladado a Los Ángeles.

Estupendo, una maldita trampa que no había sabido detectar a esta esa misma mañana, cuando su jardinero de Santa Mónica, dónde había llegado de milagro después de recorrer toda la costa por culpa del ruso, le juró que el señor Galway había vendido la casa y que, por lo que él sabía, había abandonado California para siempre.

Furiosa cogió el coche de alquiler y se presentó en las oficinas que su productora tenía en plena ciudad de Los Ángeles, donde sortear los putos atascos era otra pesadilla. Decidió plantarse allí para preguntar por él ya descaradamente y así lo hizo. Entró tan tranquila y le dijo a la recepcionista que traía un reloj que el señor Galway se había dejado en el Spa de su gimnasio y que tenía que dárselo a él personalmente.

—¿Su gimnasio? ¿cuándo? —preguntó la muy idiota y ella sonrió.

—No lo sé, a mí solo me han mandado a traerlo —le enseñó el Patek Philippe 1518 que se había agenciado como recuerdo tras la visita a su piso de Manhattan y la muchacha lo miró con los ojos abiertos como platos—. Debe costar un pastón si me han mandado a entregarlo en mano, y por lo que veo tiene sus iniciales.

—Una pieza así vale millones de dólares. Mi novio es *personal shopper* ¿sabes? —escrutó el reloj y comprobó las iniciales—. Lo que me extraña es que lo hayan encontrado en su gimnasio, porque hace meses que se fue de la ciudad.

—A lo mejor está de visita.

—No, ya te digo yo que no.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque ahora mismo está hablando con mi jefe por teléfono. Yo he cogido la llamada, me saludó y me dijo que seguía en Nueva York sin intenciones de volver por aquí.

—Ok, seguramente no es suyo —le arrebató el reloj y forzó una gran sonrisa—. Me lo llevo de vuelta, está claro que alguien ha cometido un error y no quiero ser yo la que acabe pagando los platos rotos.

—Pero...

Comentó la joven estirando la mano y Emma le susurró un adiós y salió corriendo de allí antes de que decidiera llamar a alguien que quisiera hacer más preguntas.

Lo siguiente había sido intentar localizar a Boris sin ningún éxito, porque ya no respondía llamadas, ni mensajes, y había desaparecido de la faz de la tierra tras advertirle de muy malos modos que aún le debía mucho dinero y que pensaba cobrárselo como fuera.

—Ha tenido usted mucha suerte, señorita Billinghamurst —le dijo la azafata de tierra mirando su pasaporte—. El vuelo sale con una hora de retraso, puede embarcar sin problemas.

—Ok, gracias.

Al menos una buena noticia, masculló desplomándose en la butaca del avión, y cerró los ojos agotada.

Había perdido la cuenta de cuánto tiempo llevaba viajando desde que había decidido visitar a Liam en China. Desde entonces, el 26 de octubre, hasta ese día, 12 de abril, casi seis meses. Una locura, pero no pensaba rendirse, ahora lo importante era localizar a Liam en Manhattan o en Ithaca, dónde tenía el palpito que se encontraba encerrado con sus guiones y sus neuronas.

Lo tenía que encontrar, decirle que lo seguía amando, abrazarlo y olvidar juntos ese último tiempo separados.

Estaba hartándose de que todo fueran trabas y tropiezos, busconas desesperadas que aprovechaban que ella estaba lejos para meterse en su cama. Estaba harta de tener a todo el mundo en su contra, harta de tener a gente como Boris pegada a sus talones, pero eso se iba a acabar.

En cuanto le contara a Liam las amenazas del ruso seguro que lo llamaba al orden, seguro que él se hacía cargo de sus deudas y lo solucionaba todo, porque él era así, un caballero protector y atento, un señor de los pies a la cabeza, y no iba a permitir que la intimidara nunca más.

Miró la hora y calculó que llegaría a Manhattan sobre las once de la noche, perfecto, porque

así podría pasar casi sin testigos por el gimnasio del Upper East Side donde había pagado un año entero de suscripción para hacerse con una taquilla, y sacar de allí la pistola que había comprado en Miami. Una vez recuperada, le daría tiempo a dormir en cualquier hotelito barato antes de ir a husmear temprano por el edificio de Liam, comprobar si estaba allí y si no estaba, alquilar un coche con el que ir a buscarlo a Ithaca.

Seguro que en ese pueblucho lo localizaba enseguida. Seguro que por allí alguien como el gran Liam Galway no pasaba desapercibido.

Nunca se olvidaría de la primera vez que alguien lo había reconocido en la calle y le había pedido un autógrafo. Esas cosas eran de las que se atesoraban para siempre e incluso veinticinco años después seguía recordando la cara de aquella chica, Vanessa, que había sido la primera desconocida que le había pedido un autógrafo.

Llevaba actuando desde los catorce años, cuando un buen día empezó a combinar al fútbol americano con las clases de arte dramático de la señorita Phillips, y desde el primer día, desde la primera vez que la había escuchado declamar a Shakespeare, supo que iba a ser actor. Uno tan famoso como John Wayne o Steve McQueen, y empezó a prepararse y a mantenerse firme delante de su padre, que lo obligó a pasar por la Universidad de Notre Dame y hacer un grado de economía antes de rendirse y permitirle que estudiara teatro en Nueva York.

Desde el minuto uno la lucha contra los elementos, empezando por los prejuicios de su familia, había sido dura, pero no cejó y se preparó y perseveró, y a los veintidós años había hecho su primer pinito en el cine mientras representaba *Romeo y Julieta* en un teatro del Off-Broadway neoyorquino.

A los veintiuno sus padres le habían quitado el sostén económico, así que por aquel entonces se mataba a trabajar en lo que cayera para seguir acudiendo a *castings* y audiciones de los más absurdas con la única intención de darse a conocer, y a los veinticinco se había mudado a Los Ángeles para hacer televisión y alguna que otra película.

A los treinta ya lo llamaban para trabajar de todas partes, incluido el Reino Unido, y a los treinta y dos había ganado su primer Globo de Oro, a los treinta y cuatro había conseguido su primera nominación a los Oscar... y lo demás ya era historia. En resumen: le había costado sudor y lágrimas destacar en una jungla desalmada como era el mundo de la actuación, había ganado cada céntimo que tenía con trabajo duro, con el sudor de su frente, y su fama sacrificando muchas cosas, así que no entendía que alguien pudiera sentir rechazo hacia su profesión, hacia su fama o su dinero, y que encima lo prejuzgara por tener todo eso.

No lo entendería jamás y muchos menos viniendo de alguien que le importaba de verdad.

Aceleró por la carretera camino de la casa de April y abrió la ventana para sentir el aire primaveral en la cara. Estaban a 13 de abril, esa noche iban a asistir juntos al concierto que Ronan daba en el Carnegie Hall y necesitaba aclarar algunas cosas con ella antes de seguir adelante con los planes, porque la verdad es que desde la noche en que June lo había reconocido, todo había cambiado entre ambos. Todo se había enfriado, se habían distanciado y se sentía fatal por el rechazo y la barrera de hielo que ella había impuesto de manera unilateral entre los dos.

No quería discutir más, porque ya habían discutido bastante sobre las mentiras y los engaños, y todas esas deslealtades que April veía en su decisión de no contarle que era un tío conocido. Lo único que en realidad necesitaba era hacer las paces con ella, templar los ánimos y seguir adelante con su relación justo dónde la habían dejado. Si conseguía eso, no discutir y calmar las aguas, lo demás iría rodado.

—¿Qué haces aquí, Liam?, pensé que habíamos quedado en el aeropuerto.

Ella le abrió la puerta con cara de asombro y él la miró con las manos en los bolsillos.

—Me gustaría hablar contigo antes de que nos subamos a un avión con Oneida y Frank.

—Frank no viene, pero se ha apuntado Mary.

—Genial. Sea como sea, creo que deberíamos charlar un poco antes de...

—No quiero seguir charlando, Liam, en serio.

—Y yo no quiero perderte —buscó sus ojos y ella respiró hondo—. Te echo de menos y no es justo que me apartes de tu vida porque soy actor, es insólito que me discrimines por mi trabajo.

—No simplifiques las cosas, no es porque seas actor, es porque eres una estrella de Hollywood mundialmente conocida que se metió en mi vida sin tener el detalle de contármelo.

—Por enésima vez, vine aquí dejando atrás a Liam Galway, solo quería ser yo, te alquilé la casa con mi nombre real, y todo lo demás se desarrolló con normalidad. No he mentido deliberadamente, ni te he engañado, ni te he ocultado cosas, solo las obvié.

—Todo eso lo entiendo, pero para mí ha sido muy chocante descubrir que detrás de ti hay un mundo que no controlo, no conozco y tampoco quiero conocer.

—No tienes que controlar ni conocer mi mundo, April. No suelo vivir como una estrella de Hollywood insufrible y caprichosa, nunca he vivido así, siempre me he mantenido con los pies en la tierra.

—Vale... —levantó las manos y lo miró a los ojos—. Todo eso lo comprendo, llevamos dos semanas hablando de lo mismo, no soy tan simple como para no entenderlo, pero...

—¿Qué? ¿qué te asusta tanto?

—No me asusta nada, solo soy realista, algo que tú no entiendes, y veo claro que no puedo seguir avanzando contigo en una relación que está destinada al fracaso. Nuestros mundos son diferentes, opuestos, yo no encajo en tu vida y tú aquí solo encajas de paso. No nos engañemos, Liam, es una idiotez pensar que todo puede seguir igual, porque no es verdad.

—Lo único que ha cambiado es que ahora sabes que soy famoso, todo lo demás, lo que tenemos, la química que compartimos, la amistad, mis sentimientos por ti, son exactamente los mismos. No pongamos puertas al campo y simplemente vivámoslo.

—Madre mía.

—¿Ya no te importo nada? ¿en serio? ¿Tan rápido has decidido deshacerte de mí?

—Necesito tiempo, en serio. Déjame asimilarlo, analizarlo, verlo con perspectiva y decidir con calma si estoy preparada o no para seguir avanzando contigo y tus circunstancias.

—Eso suena muy frío.

—¿Qué quieres que te diga?

—Que es irrelevante a qué coño me dedique o hasta dónde he llegado con mi trabajo, porque lo único importante es que nos hemos encontrado aquí, en este momento de nuestra vida, y ha sido prodigioso, tanto, que vale la pena intentar construir algo juntos.

—Liam...

—¿Si hubieses sabido desde el minuto uno a qué me dedico, no te habrías acercado a mí?, ¿no me habrías dado una oportunidad?

—No lo sé, supongo que no, porque te habría visto como alguien inalcanzable.

—Solo soy un ser humano, April.

—Lo sé, pero...

—Ok —le acarició la mejilla con un dedo al ver que se le humedecían los ojos y sonrió—. Te daré tiempo, pero debes saber que no soy de los que se rinde tan fácilmente, puedo llegar a ser muy pesado.

—Vale.

—Ven aquí —la asió por el cuello y la estrechó contra su pecho, ella devolvió el abrazo y

luego se apartó mirando a su alrededor.

—¿Ya has dejado a Max con mi madre?

—Sí, todo controlado. Venga, nos vamos en mi coche.

—¿Seguro que sigues queriendo que vaya contigo a Manhattan y al concierto?

—Sí, aunque hubiese preferido que fuera una escapada romántica, podré soportarlo.

—... —guardó silencio y él le hizo un gesto para que salieran.

—Vamos, el avión tiene permiso para despegar dentro de una hora y deben estar esperándonos.

—¿Lo ves?

—¿Qué? —se giró para mirarla antes de meterse al coche y ella movió la cabeza.

—Que ir en avión privado a Manhattan es muestra fehaciente de que no eres como el resto de los mortales.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Nada, solo demuestra que vives en otra dimensión muy distinta a la mía.

—El vuelo privado lo paga mi productora y en realidad es en deferencia a los Molhoney que, si deciden venirse con nosotros a Ithaca, viajarán mucho más rápido y más cómodos con sus tres niños pequeños.

—Muy bien, lo que tú digas.

—En la vida hay que aprender a hacer de todo, decía mi padre, también a disfrutar de los pequeños privilegios. Privilegios, añado yo, que me he ganado con el sudor de la frente.

—¿¡Los vamos a conocer ahora?! ¿en serio? —Oneida aplaudió como una niña pequeña y Liam sonrió.

—Sí, están en el hotel con los niños, acaban de volver del parque y Eloisse nos invita a un café. ¿Os apetece? —colgó el móvil después de hablar con su amiga Eloisse Molhoney, y las tres asintieron—. Así podremos saludar a Ronan tranquilamente antes del concierto.

—Si no es mucha molestia.

—No, dice que es el mejor momento.

—Ay, madre, que emoción.

Oneida sonrió de oreja a oreja y se concentró en el tráfico de Manhattan mientras Liam hacía otras llamadas y Mary la cogía de la mano.

Habían volado cincuenta minutos en un jet privado desde Ithaca y ya iban derecho al Hotel Plaza en un cochazo con chófer para conocer a esa gente tan famosa, tanto como el propio Liam Galway, a la que en otras circunstancias no habrían visto ni de lejos.

Pensar en eso la hizo acordarse nuevamente de sus aprehensiones y observó a Liam de reojo.

Él, que había dejado de afeitarse otra vez, iba con unos vaqueros y una camisa blanca hecha a medida, el pelo peinado hacia atrás y un reloj precioso en la muñeca. Era elegante y guapo, el hombre perfecto, el galán por el que millones de mujeres suspiraban por el mundo. El hombre maravilloso y adorable que decía que la echaba de menos y que no quería perderla y, sin embargo, no podía alegrarse por ello.

Las inseguridades, los miedos, la mal entendida prudencia, los resquemores, el desconocimiento, la incertidumbre, etc., eran muy malos compañeros de viaje, lo sabía, lo había hablado largo y tendido con Mary, pero no podía frenarlos y se estaba consumiendo en un mar de dudas que iban a acabar ahogándola de verdad.

En el fondo no se podía creer que alguien como él, como Liam McDonagh, más conocido como Liam Galway, pudiese estar a su alcance. No se podía creer que ella estuviera a su altura, que él la deseara sinceramente y de forma constante, que tuvieran alguna posibilidad real de sobrevivir juntos. No podía, porque siendo objetiva él era de otro planeta y acabaría largándose y dejándola destrozada, y no estaba preparada para eso.

La cuestión se resumía en miedo a la pérdida, al abandono y al desamor. No estaba segura de seguir con él porque él se marcharía tarde o temprano, y eso no podría soportarlo. Ya había pasado por ahí con Robert y la separación le había costado la salud física y mental, y en aquel tiempo apenas tenía veinticinco años, era mucho más fuerte y, lo más importante, jamás había sentido por el padre de su hija lo que estaba sintiendo por Liam McDonagh, así que el resultado de una ruptura con él podría acabar siendo catastrófico.

Con eso claro, definido y aislado, también podía tirarse a la piscina y vivir al día, sin pensar en el mañana o en sus futuros sufrimientos. Eso era lo más maduro y lo más normal según la opinión de Mary, que todo lo veía con el prisma de estar de vuelta de todo.

Para ella, que además de ser su amiga era su terapeuta, la vida era demasiado corta e imprevisible como para ponerle barreras y zancadillas, así que la estaba animando a cerrar los ojos, dejar de dar tantas vueltas a las cosas y vivir. Vivir con Liam lo que el universo le regalara,

aunque durara un suspiro o toda la vida, la cuestión era no acobardarse de antemano porque él fuera de otro planeta, fuera rico o famoso. Eso para todo el mundo era irrelevante, principalmente para él, así que tal vez todos tenían razón y había llegado la hora de soltar amarras y dejar de protegerse tanto.

Incluso June, que estaba emocionadísima de conocer a Liam Galway, la llamaba varias veces al día intentando convencerla de que se dejara llevar y disfrutara de un hombre que le gustaba tanto, independientemente de quién fuera, y su madre también se lo decía, mientras ella no dejaba de pensar en sus circunstancias, sus colegas mega maravillosas, su vida de revista, sus fiestas fastuosas o la gala de los Oscar. Un sinfín de gilipolleces que la hacían sentir idiota, inmadura y cobarde.

«No tienes que conocer ni compartir mi mundo profesional», le había dicho en cada una de las conversaciones que llevaban manteniendo desde hacía dos semanas, y parecía ser sincero, así que tal vez había llegado la hora de confiar un poco en que su suerte estaba cambiando y que al fin había encontrado al hombre de su vida, aunque el susodicho hubiese acabado siendo una puñetera estrella de Hollywood.

—Señor Galway, qué alegría verte...

Un hombre altísimo y fuerte abrió la puerta de la suite de los Molhoney en el Plaza y Liam lo saludó con un abrazo muy afectuoso.

Unos minutos antes habían caminado por el *hall* del hotel sin ningún problema. El recepcionista y dos personas de seguridad habían saludado a Liam con gran ceremonia y habían avisado a la suite presidencial de su llegada y del mismo modo, rodeados de atenciones, habían subido hasta allí en silencio, en un ascensor privado, mientras Oneida y Mary apenas podían controlar los nervios.

—Kirk ¿qué tal estás? Te presento a mis amigas de Ithaca, Eloisse ya sabe que vienen conmigo.

—Por supuesto, pasad. Adelante.

—¡Liam! —de repente esa chica, Eloisse Molhoney, apareció por la espalda del tal Kirk y le sonrió abriendo los brazos para saludarlo con mucho cariño antes de mirarlas a ellas a la cara, dejándolas de inmediato fuera de juego porque era extraordinariamente guapa—. ¿Qué tal?, soy Eloisse, vosotras debéis ser April, Oneida y Mary. Liam me ha hablado mucho de vosotras. Encantada.

—Encantada —saludaron las tres y April observó como aparecía un niño pequeño, un rubito precioso, para agarrarse a sus piernas.

—Alex, mira quién ha venido ¿Te acuerdas de nuestro amigo Liam?, salúdalo, mi vida, y también a sus amigas —lo cogió en brazos y él los miró a todos con sus ojazos celestes muy abiertos.

—Alexander estás muy mayor —Liam le tocó la carita y él asintió—. Me han contado que tienes una hermanita pequeña.

—Es un bebé, está con papá.

—Sí, la está cambiando porque va a merendar. Pasad, por favor. Esta es Aurora y el pequeñajo que no se separa de la tele es James. Jamie, hijo, ven a saludar, por favor.

—Hola.

El niño, que era otro querubín guapísimo, los saludó y volvió a la tele. April observó entonces con atención la espectacular suite, que era más grande que cualquier piso medio de Manhattan, y se quedó impresionada porque además de ser enorme, era elegante y acogedora, con mucha luz y

una terraza gigantesca con vistas a Central Park. Increíble.

—Hola ¿qué hay?

El acento irlandés sonó inconfundible, y el tono de voz grave y sexi también. April saltó al oírlo y se giró hacia ese hombre, Ronan Molhoney, viendo como entraba en el salón descalzo, con su bebé en brazos, unos vaqueros desteñidos y una simple camiseta blanca.

No es que fuera guapo, era mucho más que eso, era varonil y deslumbrante, muy alto, fuerte, y sonreía de una forma que te paralizaba, te dejaba con cara de boba mientras él sujetaba a su niña con naturalidad y con una pericia insólita, porque la llevaba con una sola mano a la par que con la otra saludaba a Liam y de paso se hacía con un biberón que estaba encima de la mesa.

—Ron estas son April, Oneida y Mary —presentó su mujer y él las observó con esos ojazos celestes de infarto regalándoles su sonrisa de un millón de dólares, como la llamaba Oneida.

—Encantado, pero, sentaros, por favor. Vamos a merendar ¿no, princesa?

—Sí, nos han traído un servicio de té, espero que os apetezca, nosotros a esta hora...

—Vaya por Dios ¡qué niña más guapa! —exclamó Oneida sonriendo a la bebé, que se agarraba a la camiseta de su padre con mucha fuerza.

—Sí, gracias, soy una preciosidad —Ronan se la comió a besos y ella soltó una risita de bebé de lo más adorable—. Es igual que su mamá. ¿Quieres merendar, cariñito?, ¿nos tomamos el biberón?, ¿eh?, ¿probamos este bibe tan rico?

—Tenemos café, té, bocadillos y pastelitos. En fin, lo que queráis. Me han dicho que la repostería de aquí es estupenda.

Eloisse, que iba vestida solo con unos vaqueros ceñidos de talle bajo, una sencilla blusa blanca y el pelo recogido, pero que parecía princesa (que era como la llamaba su marido todo el rato), se puso manos a la obra para servirles el té y atender a los niños con ayuda de Aurora, que ya le había explicado Liam que era su niñera desde hacía años, y April aprovechó el trajín para observarlos con calma y sin hablar.

Desde luego, ambos se manejaban a las mil maravillas con sus tres hijos, que eran muy pequeños, cuatro y tres años y la niña de seis meses, le había contado Oneida, y se desenvolvían controlando perfectamente la situación. Ronan Molhoney, que actuaba cuatro horas más tarde en el Carnegie Hall, se sentó en el sofá para dar el biberón a su hija mientras Eloisse servía la merienda y después se le sentaba al lado con una taza de té en la mano. Todo con tranquilidad y en armonía, sin una voz más alta que la otra, o una regañina para los pequeñajos, que se portaban genial a pesar de las visitas, cosa que ella nunca había conseguido con June cuando era pequeña, y aquello la cautivó y le hizo sentir una simpatía instantánea por los dos.

—Todo esto es inconcebible. Nosotros no nos explicamos cómo esa mujer puede desenvolverse por el mundo con tanta impunidad. Es insólito —comentó Molhoney muy serio y April le prestó atención—. Es para demandar a todo Dios por negligencia, empezando por los jueces, la policía, los servicios sociales...

—Jesucristo —Liam se pasó la mano por la cara muy contrariado y respiró hondo—. Si estuviera en mi mano, yo...

—No está en manos de nadie, tío, todo esto es un cúmulo de errores que escapan completamente a nuestro control.

—Ya, pero... —miró a los niños con mucha congoja y April sintió claramente como se le encogía el corazón.

—Perdonad ¿qué ha pasado? —preguntó mirando al grupo y fue Liam el que respondió.

—Emma Capshaw, la acosadora, sigue campando libre por el mundo porque la persona que

detuvieron en Marruecos pensando que era ella, no lo era. Solo se trataba de un cebo que hizo perder el tiempo a la policía y a los investigadores privados casi una semana.

—¡Madre mía! No sabía nada...

—Ocurrió el fin de semana de tu fiesta de cumpleaños —susurró y ella se sintió de inmediato muy culpable por tener la cabeza en otras cosas y no en algo tan importante.

—Lo siento mucho.

—¿No hay ninguna pista? —preguntó Mary—. Quiero decir, ¿siguen rastreándola?

—Sí, gente contratada por nosotros y la Interpol siguen rastreándola, pero en dos semanas nada. Es un misterio inexplicable.

—No tan inexplicable si ya se ha probado que cuenta con la cobertura de la mafia rusa —intervino Kirk—. Esa gente tiene más recursos que todo el FBI junto.

—¿Y qué tan peligrosa es? —Oneida los miró y Liam forzó una sonrisa.

—Todo lo que te imagines. No tiene control, ni miedo, ni nada que perder.

—¿Y nadie sabe dónde puede andar ahora?

—Todo apunta a que se quedó en España, pero a saber.

—Deberías casarte con ella y acabar con todo esto de una maldita vez, Galway —bromeó Ronan Molhoney y Liam movió la cabeza, resignado.

—Michael y Ralph vienen subiendo.

Anunció Kirk de pronto mirando su teléfono móvil y April quiso acercarse a Liam y dale un abrazo, algo de consuelo, porque parecía derrotado, pero no se atrevió y le sonrió oyendo como entraban en la suite Michael y Ralph, los famosos amigos de Eloisse, y también de Liam, que venían de Londres, aunque al parecer Ralph, el más alto y elegante de los dos, era estadounidense.

El revuelo que montaron fue enorme, sobre todo por parte de Michael, que corrió para abrazar y comerse a besos a los niños, a la par que los dos se morían de la risa y salían huyendo hacia la terraza para que los persiguiera. Un pequeño alboroto que interrumpió la charla sobre la dichosa Emma Capshaw y que Eloisse aprovechó para ponerse de pie y llevar a su bebé a la habitación.

—¿Un pitillo? —preguntó Ronan—. El último antes del concierto.

—Por supuesto.

Contestaron Oneida, Mary, Liam y Ralph, y lo siguieron a la enorme terraza donde Michael seguía jugando con los pequeñajos.

Ella se levantó y decidió recoger las tazas y los platos de la merienda y dejarlos en la mesa del servicio de habitaciones con un poco de orden, hasta que sintió la voz de Eloisse a su espalda.

—Muchas gracias, April ¿Dónde se han ido todos?

—A fumar.

—¿Tú no fumas?

—No, nunca he fumado.

—Yo tampoco, pero Ron es imposible que lo deje, aunque cada día fuma menos, gracias a Dios.

—He visto que hablas en español con los niños.

—Sí, soy medio española, mi madre es de Madrid e intento mantener el idioma. De hecho, en casa, si no está Ron, solo hablamos en castellano. Siéntate, ¿quieres otro té?, yo sí.

—Vale, gracias y muchas gracias por recibirnos, Eloisse. Oneida y Mary son verdaderas fans de tu marido y están emocionadísimas por poder conocerlo.

—Ya nos lo contó Liam, y el placer es nuestro.

—No sé, igual es una tremenda molestia, pero...

—No te preocupes, estamos encantados. Liam es un gran amigo y sus amigas son nuestras amigas —le sonrió— ¿Me comentó que tienes una hija adolescente?

—Sí, se llama June, tiene quince años.

—Pareces muy joven para tener una hija de quince años.

—Acabo de cumplir los treinta y seis. Tú también eres una madre muy joven.

—Bueno, sí, Ronan estaba como loco por ser padre y bueno... pues... aquí estamos... ¿Qué tal con Liam?, disculpa que te lo pregunte así, pero es solo habla de ti últimamente y...

—Nos estamos conociendo, en realidad, en fin... —la miró a los ojos, esos ojazos negros enormes y tan serenos, y no supo cómo, ni por qué, pero habló con total sinceridad—. Iba muy bien hasta que me enteré de quién era, porque no lo sabía.

—¿Cómo que quién era?

—Yo lo conocí como Liam McDonagh y hace dos semanas vino mi hija de visita, lo reconoció y me soltó la bomba de que se trataba de una estrella de Hollywood. Yo no tenía ni idea y eso ha sido un palo muy grande.

—Ok, entiendo —respiró hondo y dejó la taza de té en la mesa— ¿Te incomoda que sea famoso?

—Me duele que me haya ocultado quién era, aunque él jura que no fue algo premeditado, y también me incomoda y me asusta un poco el tema de la fama, el dinero, la prensa, en fin...

—Te entiendo muy bien.

—¿En serio?

—Por supuesto, cuando conocí a Ronan yo tenía dieciocho años, acababa de salir del internado del Royal Ballet y él ya era una mega estrella juvenil que empezaba a triunfar en solitario. Era muy conocido y me desconcertó bastante su mundo. A lo mejor me pilla con más edad y hubiese tenido serias dudas de seguir con él, porque el peso de la fama y la prensa y todo eso es muy incómodo, pero con dieciocho me tiré a la piscina y no me arrepiento.

—Eso es, yo ya tengo treinta y seis años, una vida anónima y discreta en el campo, una hija adolescente, un mundo completamente diferente al suyo.

—Según sé, está maravillado con tu mundo y tu ciudad, se ha comprado una casa allí y ha decidido instalarse de forma permanente en Ithaca ¿no?

—Sí, pero...

—Créeme, te entiendo perfectamente, April, nosotros vivimos en una especie de escaparate mucho tiempo, al principio fue horrible y durante años ha sido una pesadilla, pero Liam nunca ha pasado por eso. Él siempre ha gestionado muy bien su intimidad, es un actor de prestigio que dirige y produce y ni siquiera pisa Hollywood. Es otra historia, ya está de vuelta de muchas cosas, y el que viváis en Ithaca os mantendrá lejos del circo mediático, yo no me preocuparía por eso.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. A nosotros nos han dejado en paz desde que vivimos en Irlanda, ya no levantamos tanta curiosidad entre la prensa, y gracias a Dios a diario salen nuevos famosos a los que perseguir. Con Liam Galway, o McDonagh, no tendrás ningún inconveniente de ese tipo, no te preocupes.

—Gracias, Eloisse, no tenía con quién hablar sobre esto, porque evidentemente no conozco a nadie con vuestras circunstancias, y es un alivio oírte.

—Gracias a ti por confiar en mí y decírmelo —volvió a sonreír y miró hacia la terraza donde el grupo charlaba tan animado—. Y... sobre que te ocultara su trabajo o su fama, yo no tengo la más mínima duda de que no lo hizo a propósito. Liam no es de los que engaña, es un tipo íntegro,

serio y fiable. Hay pocos hombres como él, todos nosotros lo apreciamos muchísimo y, como sospechaba, creo que se ha enamorado de ti, no hay más que verlo.

—Madre mía —le dio un vuelco el corazón y se pasó la mano por la cara viendo como aparecía Alex para subirse a las rodillas de su madre y abrazarla.

—¿Dónde está Caitlin, mamá?

—Durmiendo, mi vida.

—¿Vamos a ir a ver a los caballitos y los perritos?

—Eso espero, aún lo tenemos que hablar con papá. April tiene muchos caballitos ¿sabes?

—Sí y un par de ponis —miró al niño con una sonrisa y luego a Eloisse—. Ojalá os animéis a venir a casa.

—April, Ronan dice que nos vamos todos juntos al Carnegie Hall, que lo vienen a recoger en una furgoneta, que nos puede llevar a nosotras, y que así podemos estar en el *backstage*... —Oneida entró como un tsunami en el salón y se calló al ver la cara de las dos—. Lo siento, es que esto sí que no me lo esperaba. ¿Tú te vienes con nosotros, Eloisse?

—No, yo no, Caitlin aún toma el pecho y no me puedo separar de ella mucho rato, pero después del concierto podemos cenar aquí, en el hotel, creo que Mandy, la ayudante de Liam, se ha ocupado de la reserva. ¿Salimos a la terraza?

—Claro...

April las siguió viendo como Eloisse se acomodaba al niño en la cadera y salía a la terraza para charlar con todo el mundo. Era un bellezón de mujer, al natural era incluso más guapa que en las revistas, pero tenía algo mucho más valioso, era cálida y cercana, te hacía sentir bien y comprendió bastante mejor porque Liam McDonagh se sentía tan fascinado por ella.

La siguió con los ojos y la vio acercarse a su marido, mientras él la miraba embobado y estiraba la mano para pegársela al cuerpo y darle un beso en la boca. Hacían una pareja de cine, y recordó cuando Liam, en la primera cena que habían compartido, le había hablado de ellos definiéndolos como la pareja más unida, fuerte y estable que conocía. En aquel momento le pareció un dato irrelevante y no le dio mayor importancia, pero viendo a los Molhoney de cerca lo comprendió todo. Ellos formaban un solo bloque compacto y potente cimentado en el amor, era evidente, lo irradiaban por los cuatro costados, y por un segundo fue totalmente consciente de lo que él le había querido decir.

«Supongo que es algo único —le había comentado hablando del amor verdadero—. Todos los que conocemos a Ronan y a Eloisse vemos su relación como algo excepcional, pero si existe para ellos, también puede ser posible para los demás».

Por supuesto que puede ser posible para los demás si encuentras a la persona adecuada, aceptó, asimilando por primera vez de verdad que a lo mejor era cierto y estaba dejando pasar una oportunidad única de ser feliz, de vivir algo excepcional. Algo extraordinario que sí era posible, porque lo tenía delante de sus ojos.

Respiró hondo, sintiendo un escalofrío por toda la columna vertebral, y sin querer sonrió, desvió los ojos y se encontró con los de Liam McDonagh, Galway o como se quisiera llamar, observándola con esa intensidad que solo percibía en él, y de pronto todos sus resquemores le parecieron superficiales y diminutos.

Dio dos pasos sin apartar los ojos de los suyos y él sonrió y estiró la mano, la sujetó con fuerza, tiró de ella y la estrechó contra su pecho. April Geller entonces cerró los ojos, y todo lo demás desapareció bajo sus pies.

—Tenemos muchos residentes ilustres, señorita, en la Universidad de Cornell hay profesores muy famosos y premiados, exalumnos en los mejores puestos del país, deportistas...

—Sí, claro, por supuesto, pero yo me refiero a personalidades del mundo del cine, la música...

Emma Capshaw observó a esa mujer tan parlanchina con una gran sonrisa y ella miró al cielo dejando sus aspirinas y las compresas sobre el mostrador.

Nada más pisar Ithaca, que no era precisamente un pueblucho insignificante, sino la sede de la Universidad de Cornell, una de las diez universidades privadas más prestigiosas de los Estados Unidos, supo que la mejor forma de recabar información sobre Liam Galway era acudir a la farmacia de Bill y Marion Livingstone, un par de sexagenarios muy afables que parecían conocer al dedillo todo lo que se cocía en la ciudad.

Desde la primera gasolinera, pasando por el hotelito de carretera, el bar o el restaurante tradicional del centro, todos le había acabado nombrando a los Livingstone, que veían pasar por su farmacia a todo el mundo. Eso le aseguraron, así que se presentó allí a primera hora, con su mejor sonrisa y cara de inocente intentando situar de una maldita vez al amor de su vida en Ithaca, porque en Manhattan no estaba, ya lo había comprobado el sábado durante todo el día.

—¡Bill!, ven a saludar a esta señorita, es de Londres ¿sabes? Escritora, está investigando sobre Ithaca —acabó soltando la señora Livingstone y Emma bufó bajando la cabeza.

—Buenos días —la saludó el hombre muy amablemente— ¿Viene de tan lejos para escribir sobre nuestra ciudad?

—En realidad pregunta por famosos que vivan por aquí —intervino Marion—. Ya le he dicho yo que tenemos muchos vecinos ilustres gracias a la Universidad Cornell, nada menos que cincuenta y seis Premios Nobel a lo largo de su historia y...

—Sí y eso es maravilloso, pero busco personas más populares del mundo del espectáculo o...

—Bueno... —Marion abrió la boca, pero no emitió sonido alguno porque su marido la cogió por el brazo.

—En esta ciudad sus residentes y sus visitantes gozan de intimidad y anonimato, señorita, así que no conocemos a nadie con esas características. Siento que no seamos de mayor ayuda para usted.

—Lo comprendo —asintió, teniendo clarísimo que conocían a Liam y que ese hombre solo quería ejercer de amigo protector, y sacó la cartera para pagar.

—¿Cuál es su nombre?

—Billinghurst, Elizabeth Billinghurst.

—Espero que disfrute de su estancia en Ithaca, señorita Billinghurst.

—Gracias.

Paleta estúpido, susurró para sus adentros pagando las compresas y las aspirinas, y miró a Marion Livingstone a la cara. Ella, roja como un tomate, se inclinó y le habló sujetándole la mano.

—Disculpe a mi marido, señorita, es que nos han pedido... ya sabe... nos han pedido especial discreción sobre un nuevo vecino que es muy famoso.

—¿Ah sí?

—Sí, nada menos que Liam Galway ¿lo conoce? —Emma asintió y puso cara de sorpresa—. Lleva varios meses viviendo aquí, pero hasta hace muy poco quería pasar desapercibido, aunque yo ya lo había reconocido ¿sabe? Soy cinéfila y muy fan de su trabajo, pero, bueno, el caso es que solo hace dos semanas supimos oficialmente quién era.

—¿Se lo dijo él?

—No hizo falta, se presentó sin barba y bien vestido en la fiesta de cumpleaños de su novia, una chica de aquí que lo conocía como Liam McDonagh, su nombre real, y que no tenía ni idea de que era una estrella de cine. Que cosas. En cuanto pisó la fiesta todos confirmamos nuestras sospechas sobre su verdadera identidad y pudimos pedirle autógrafos y hacernos fotos con él. Es un caballero tan encantador, y tan atractivo. ¿Señorita, se encuentra bien?

—Sí, gracias —respondió hiperventilando y se apoyó en el mostrador con ganas de sacar la pistola y cargarse de una maldita vez a toda esa gente ignorante que no sabía quién era ella y que osaban hablarle de una supuesta «novia» de Liam con tanta frescura—. Estoy bien, pero debería irme.

—Por favor, no le diga a nadie que se lo he contado yo o April me matará.

—¿April?

—April Geller, la novia del señor Galway, tiene un rancho al norte, organiza excursiones y actividades a caballo para turistas. Pertenece a una familia muy antigua y querida de Ithaca, la conozco desde que nació, somos muy amigas y no quisiera enemistarme con ella.

—Por supuesto, no se preocupe. ¿Dónde está ese rancho?, me encantan los caballos.

—Al final de la carretera estatal podrá ver los carteles, *Ranch Geller* se llama, pero los lunes está cerrado, además... —se inclinó mirando a su alrededor—. April y su novio están en Nueva York, la cosa va muy en serio, o eso parece.

—¿Nueva York?

—Sí, el señor Galway la llevó a ella y a sus amigas en avión privado a ver un concierto de Ronan Molhoney en el Carnegie Hall. Al parecer es muy amigo de ese hombre tan famoso ¿sabe?

—Me cago en la leche... —masculló entre dientes, agarró la bolsita con la compra y miró a esa mujer a los ojos con ganas de cargársela ahí mismo, pero le sonrió y respiró hondo—. Muchas gracias, señora Livingstone, es usted un tesoro.

—No hay de qué, me encantan los ingleses, siempre soñé con ir a Londres. Bill y yo lo estamos dejando para cuando nos jubilemos.

—Estupendo.

—El señor McDonagh, vamos, el señor Galway, le alquiló una casa a las Geller para pasar unas vacaciones y al final se ha comprado una propiedad preciosa junto al lago. Ya se ha empadronado y es ciudadano de Ithaca de pleno derecho. ¿No le parece maravilloso?

—Mucho.

—Vaya, ahí entra Ruth, la madre de April... no le diga nada de... ¡Hola, Ruth! —saludó la farmacéutica a la recién llegada y April se hizo la indiferente apartándose un poco del mostrador, porque esa mujer entraba con un perro y ella no podía ver a los perros, y menos dentro de una farmacia— ¿Qué tal todo?, ¿ya han vuelto las chicas de Nueva York?

—Volvieron anoche y traen invitados —bufó la mujer entregándole una receta—. Creo que el doctor Mills os pidió por teléfono que me dividierais las píldoras de diez en diez, por favor.

—¿Invitados?, ¿quiénes?

—Una amiga de Liam con sus tres niños, la niñera, otro amigo y un escolta. Gente muy agradable, la verdad.

—¿Escolta?, vaya, deben ser muy importantes.

—Lo son. ¿Me traes mi receta, por favor?, tengo prisa.

—Claro, ¡Jenny! —llamó a una dependienta y Emma bajó la cabeza pensando en que tal vez los Molhoney... Eloisse y los niños... y empezó a animarse de inmediato— ¿Se hospedan en el hotel de Candice?

—No, Liam les ha dejado su casa y él se ha instalado con April, al parecer al fin han hecho las paces —esto último lo dijo bajito y Emma la miró a los ojos, pero antes de poder acercarse a saludar, el perro se puso en guardia y le gruñó— ¡¿Qué haces, Max?! ¡Quieto! —lo agarró por el collar y la miró a ella con cara de disculpa—. Lo siento, suele ser muy amistoso, no sé qué le pasa, será que echa de menos a su dueño.

—¿Es el Golden Retriever de Liam? —preguntó Marion como si tal cosa y le guiñó un ojo a Emma.

—Sí, ahora se lo llevo a casa. Vale, al fin —agarró el sobre con sus pastillas y sonrió—. Gracias, Jenny. Adiós Marion.

—Adiós.

Respondieron todos y Emma salió disparada de la farmacia sin despedirse de nadie, corrió hasta su coche, viendo por el rabillo del ojo como esa mujer subía al perro de Liam en una furgoneta cochambrosa, y se dispuso a seguirla.

Ya te tengo, susurró poniendo en marcha el motor, sin perder de vista a su presa y odiando de paso a Liam por tener un puñetero perro cuando sabía perfectamente que ella se llevaba fatal con los animales, especialmente con los perros y los gatos. No los soportaba y tendría que acabar deshaciéndose de ese chucho, le gustara o no.

Seguro que encontraba una forma rápida y eficaz de quitárselo de en medio.

—Princesa...

Se despertó, abrió un ojo y ver entrar la luz del día por la ventana le hizo pensar que estaba en Dublín, donde amanecía muy pronto, y cerró los ojos para seguir durmiendo, porque estaba agotado, pero el estirar la mano para abrazar a Issi y no encontrarla lo situó de inmediato y le recordó que seguía en Nueva York y que estaba solo en el hotel, porque ella y los niños se habían ido la víspera a Ithaca con Michael, Kirk, Aurora y, por supuesto, con Galway y sus amigas.

Maldita sea, bufó furioso y se pasó la mano por la cara. Odiaba con todas sus fuerzas dormir sin su mujer. Les había costado diez años y mucho sacrificio conseguir la estabilidad y la armonía de la que disfrutaban, el lujo de no separarse casi nunca, y despertar sin ella solía desatar en su interior una furia ancestral que lo volvía completamente loco.

Se bajó de la cama y miró la hora, las ocho y cuarto de la mañana. No había dormido apenas después del concierto, no podía dormir sin ella y los niños cerca, así que se había quedado hasta las cinco de la madrugada despierto con la guitarra, componiendo e intentando distraerse, hasta que el cansancio había podido con sus defensas y se había dormido vestido encima de esa cama demasiado grande.

—Princesa... —marcó su número de teléfono y ella le contestó de inmediato disolviendo un poco su cabreo.

—¡Hola, mi amor! ¿cómo estás? ¿a qué hora vienes?

—He dormido fatal, pero no estoy mal. En cuanto salga de la radio me voy para allá. Kelly lo tiene todo controlado ¿Qué tal tú?, ¿los niños?

—Siguen durmiendo, están cansadísimos, solo Caitlin ha despertado a su hora para la primera toma.

—Y me la he perdido...

—Lo sé, lo siento, pero... —se entrecortó y él frunció el ceño—... voy a desayunar...

—Vale. ¿Sabes que te escucho fatal?

—Y yo a ti, Liam nos ha advertido de que aquí hay muy poca cobertura.

—Ok.

—¿Estás bien?

—No, os echo mucho de menos, demasiado, princesa, esto no...

—Solo serán unas horas, Ron. Piensa que ayer los niños se lo pasaron muy bien en el lago, que no estuvieron encerrados en el hotel, y que esta mañana April nos llevará temprano a conocer su rancho. Cuando llegues ya habrán montado y aprovechado algo de los pocos días que estaremos aquí.

—No trates de convencerme, ya te has ido.

—Mi amor...

—Es igual, voy a ducharme, me recogen en una hora y aun necesito desayunar. Dale un beso a mis niños y a mi princesita. Te quiero.

Le colgó, se desnudó y se metió debajo de la ducha cerrando los ojos. No recordaba la de veces que habían mantenido charlas similares a lo largo de su relación, porque ella no entendería

jamás la necesidad real, física y concreta que sentía por tenerla cerca. Nunca lo había comprendido en el pasado y ya era inútil intentar que se pusiera en sus zapatos y lo aceptara en el presente, así que no pensaba perder más el tiempo con eso y decidió concentrarse en la entrevista que tenía en una radio de Nueva York que se retransmitiría a todo el planeta a través de las redes sociales.

Esa había sido la principal excusa para que Issi quisiera viajar a Ithaca con Galway, su novia y sus amigas el domingo por la tarde, la entrevista en la radio que lo iba a tener ocupado el lunes por la mañana y el hecho de que tampoco asistiría a su segundo concierto, porque no podía separarse más de tres horas de Caitlin, así que al final había cedido y los había visto marchar a la par que él salía camino del Carnegie Hall.

Ella había esgrimido esa excusa y él había acabado tragando por los niños y porque le habían caído genial las amigas de Galway, especialmente April, su novia, que parecía una tía estupenda, cariñosa y muy agradable. Ella e Issi habían hecho muy buenas migas y se lo habían pasado en grande el sábado por la noche después del concierto y el domingo por la mañana, así que no había podido negarse, y menos aun cuando Michael Fisher había decidido apuntarse al viaje.

Con Fisher en la ecuación se sintió mucho más tranquilo, accedió y se despidió de ellos con la intención de viajar en avión a Ithaca en cuanto saliera de la radio. De hecho, ya tenía la maleta preparada y la dejó junto a la puerta llamando al servicio de habitaciones para desayunar en condiciones antes de salir hacia el Rockefeller Center, donde ya lo esperaba su *road manager*.

—Hola —contestó al móvil sin mirar y tomó un sorbo de café antes de reconocer la voz de Sean, su abogado.

—Ron ¿dónde estáis?

—En Nueva York, tenía dos conciertos en el Carnegie Hall. ¿Por qué?

—¡Joder! Me cago en la leche.

—¿Qué?, ¿qué pasa?

—¿Estás con Issi y los niños?

—Ahora no, ¿por qué? —instintivamente se puso de pie y tiró el periódico encima de la mesa.

—Porque esa mujer, Capshaw... —oyó que respiraba con dificultad y a él se le contrajo el pecho—. Nuestra gente la ha localizado en Nueva York, ha estado espionando el piso de Galway en Manhattan y no está sola, la siguen de cerca los rusos.

—¿Qué?!

—Sí, tío, la Interpol está avisada.

—¿Están seguros de que es ella?

—Los de la agencia privada la han localizado a través de un programa de reconocimiento facial, gracias a una fotografía hecha en un peaje, y han confirmado que es ella. La han rastreado y han verificado que usa una tarjeta de crédito a nombre de Elizabeth Billinghamurst.

—¿Un peaje? ¿dónde?

—La carretera I-80 W.

—¿A dónde lleva eso?

—A Ithaca... ¿Ronan?, ¡Ron!

Oyó que gritaba, pero él no quiso saber nada más, le colgó y llamó a Issi agarrando su chaqueta y saliendo al rellano a la carrera. «Apagado o fuera de cobertura» repetía un mensaje de voz chillón y entrecortado. Miró el ascensor y luego la salida de emergencia en un instante de confusión, con el corazón saltándole dentro del pecho, pero enseguida se recompuso, abrió una puerta y bajó las escaleras corriendo hacia la calle, llamando a Kirk, a Galway, a Fisher y a todo

Dios, sin obtener respuesta.

—¿Necesita algo, señor Molhoney? —le preguntó un escolta de la compañía de discos que lo esperaba en el *hall* principal del hotel y él lo miró haciéndole un gesto con la mano.

—Sí, necesito un coche, un avión y un puto teléfono operativo en Ithaca.

—Ay, mi niña que ya toma biberón.

Issi se acercó al ventanal del salón con Caitlin en brazos y observó la inmensidad del lago Cayuga reconociendo que era hermoso y muy peculiar. Por supuesto, estaba acostumbrada a Irlanda o al Reino Unido, donde la belleza de los acantilados, los lagos y el mar era espectacular, pero lo cierto es que ese paisaje de Ithaca, al norte del Estado de Nueva York, era precioso, y se alegró por Liam, porque estaba claro que al fin había encontrado su rinconcito en el mundo. Un rinconcito que encima compartía con una mujer hermosa, inteligente y adorable como April. Una tía estupenda que lo haría muy feliz, no le cabía la menor duda.

—¿Qué tal el bibe? —preguntó Aurora y ella asintió viendo como Caitlin abría mucho sus ojazos dorados para prestarle atención.

—Parece que se acostumbra, aunque esta mañana a las seis no quiso ni tocarlo.

—Es normal, la primera toma es su ratito con mamá.

—Sí, aunque solo me despierta para dos minutos y seguir durmiendo. Es una caprichosa —le besó la cabecita rubia y le sonrió oyendo como Jamie y Alex se peleaban en la cocina— ¡¿Qué pasa, niños?!

—Nada, son los cereales, los dos quieren los de frutas de colores y no hay suficientes.

Aurora volvió a la cocina con paso firme y ella la siguió oyendo como Michael se sumaba al revuelo alterándolos aún más, así que entró muy seria llamándolos al orden a los tres, comprobando de paso que la tetera eléctrica estaba en marcha.

—Que raro que Liam y April no hayan llegado aún, dijeron que a las nueve estarían aquí —miró la hora y encendió la tele para ver las noticias—. Se habrán dormido.

—Se habrán reconciliado —bromeó Mike guiñándole un ojo—. Él está loquito por ella y yo que me alegro, ya era hora de que encontrara a alguien de su cuerda.

—Sí, es majísima.

—Es maja, lista, divertida, la horma de su zapato. Tiene pinta de ser la definitiva.

—Ojalá.

—¿Cuándo viene papá? —preguntó James.

—Creo que termina a la una de trabajar, a las dos y media debería estar aquí.

—Quiero montar a caballo con papá.

—Claro, mi amor, tendremos tres días para disfrutar todos juntos, no te preocupes.

—El teléfono no funciona, no hay cobertura en ninguna parte —Michael tiró el móvil encima de la mesa— ¿Habéis podido hablar con alguien?

—Con Ronan hace una hora, pero nada más, ya nos advirtieron de que la cobertura era pésima. Usa el fijo si quieres llamar a Ralph.

—No tiene ningún teléfono fijo, no quiso instalarlo, dice que odia el sonido de los teléfonos convencionales.

—En eso estamos de acuerdo.

Se sentó a tomar la segunda taza de té de la mañana y de repente un escalofrío le recorrió la columna vertebral, abrazó a Caitlin contra su pecho y observó como los niños acababan de desayunar y dejaban sus tazones y sus cucharas en el lavavajillas, miró a Mike y él movió la

cabeza.

—¿Qué?

—No sé, me ha dado un escalofrío raro.

—¿Un mal presentimiento?

—No, no sé.

—Será la sensación de aislamiento, anoche casi no puedo conciliar el sueño por culpa del silencio.

—Bueno, en Killiney también tenemos mucho silencio... viene un coche... —se asomó a la ventana que daba al jardín delantero y vio una camioneta grande aparcando un poco lejos de la casa—. Deben ser Liam y April, ¿dónde está Kirk?

—Caminando por el lago, quería fumar un pitillo —contestó Aurora y abrió la puerta para recibir a la recién llegada que no era April, sino su madre, a la que habían conocido la tarde anterior en el aeropuerto—. Es Ruth y trae a Max, me parece.

—¡Un perrito!

Gritaron los niños y salieron corriendo para saludar a Max, el famoso perro de Liam, que enseguida se dejó abrazar y besuquear a gusto. Issi también salió al jardín y saludó a Ruth con una sonrisa.

—Buenos días, Ruth.

—¿Mi hija y Liam no están aquí? —preguntó ella tocando la carita de Caitlin—. Hola, preciosidad ¿cómo has dormido en Ithaca, cariño?

—No, nos estábamos preguntando dónde estarían.

—Hola, Ruth —Michael se acercó y le dio un beso en la mejilla—. ¿Esa camioneta tan molona es tuya?

—Es la del rancho, si quieres te la dejo.

—No sé conducir, querida mía, pero gracias ¿Quieres un té?

—Sí, gracias, pero antes me gustaría localizar a mi hija, pasé por su casa y nadie me abrió la puerta. A lo mejor nos están esperando en el rancho —agarró el móvil y la llamó mientras Issi empezaba a inquietarse de una forma extraña y completamente irracional, agarró su propio móvil y llamó a Ronan, pero no pudo conectarse a la red—. ¡Mierda! En este rincón del pueblo nunca hay cobertura, es desesperante.

—Seguro que se han dormido —opinó Mike—. Vamos dentro y tómate un té.

—Ok, pero...

Antes de acabar la frase Max se puso en guardia y empezó a ladrar a un coche que entraba en la propiedad a gran velocidad. Issi estiró la mano hacia Jamie y Alex con el corazón saltándole en el pecho, y se quedó congelada al ver que se trataba de un coche de la policía.

—¿La policía?... ¿qué demonios está pasando?

Bufó Ruth con las manos en las caderas.

Eloisse miró a Michael y a Aurora, y los dos se apresuraron a coger a los niños en brazos, se volvió hacia el lago y vio llegar a Kirk corriendo y con el teléfono en la mano, volvió a intentar llamar a Ronan, pero fue imposible. Respiró hondo y caminó hacia la policía sabiendo, fehacientemente, que algo marchaba muy mal.

—Le he dejado dos mensajes y le he mandado un WhatsApp, también a Michael, pero no veo que los reciban.

Liam escrutó el teléfono por enésima vez y trató de llamar a Ronan Molhoney, que también le había hecho un par de llamadas perdidas, pero abandonó la tarea cuando sintió la desnudez de April pegada a su espalda.

Tenía una piel muy sedosa, deliciosa, y un cuerpo perfecto y acogedor, y cerró los ojos sintiendo como lo rozaba con sus pechos antes de morderle el cuello y besarle la oreja. Se excitó de inmediato, estiró la mano, la agarró y la puso sobre la alfombra para hacerle el amor una vez más. Otra, después de una noche muy caliente amándose como dos adolescentes.

Se hundió en su cuerpo, la penetró percibiendo como se le disolvían todos los huesos estando dentro de ella y la besó despacito y mirándola a los ojos. Ella sonrió y se aferró a él ondulando las caderas, llevándolo a un clímax enloquecido que lo tiró de espaldas contra el suelo jadeando y pidiendo una tregua.

—Acabarás conmigo...

—Solo ha sido un aperitivo, esta noche mucho más en mi cama, forastero. Vamos, hay que ponerse en marcha.

Se levantó de un salto y Liam espió sus curvas sin poder moverse. Era sexi, muy sensual, y aventurera y apasionada, y dio gracias a Dios de haberla recuperado después de unas semanas distanciados por culpa de su identidad, y de todo ese rollo de la fama que la habían alejado de él de forma muy injusta.

Afortunadamente, y gracias a muchos factores como la propia Eloisse Molhoney, las aguas habían vuelto a su cauce, ella había decidido darle otra oportunidad y habían conseguido retomar en Nueva York lo que se habían dejado a medias en Ithaca, y no podía sentirse más feliz.

Todavía quedaban bases y normas que establecer, le había dicho en Manhattan, pero al menos irían avanzando poco a poco, haciendo pactos, como aquel que habían acordado de no exponerla delante de la prensa y de sus fans, o el de seguir residiendo en Ithaca, porque ella no podía, ni quería, dejar a su madre o a su rancho de la noche a la mañana.

Con eso claro, y la aportación de Issi tranquilizándola sobre las inevitables «servidumbres» de la fama, se habían medio reconciliado en Nueva York, pero se habían reconciliado de pleno en casa, más bien en su caseta de pesca pegada al lago Cayuga. Una casucha de madera con una estantería, una alfombra y una cocinilla de gas que había construido su bisabuelo allá por los años veinte y que era su refugio secreto cuando necesitaba pensar.

La víspera, después de instalar a los Molhoney en su casa y pasar la tarde con ellos en el lago, April lo había llevado hasta allí con unas cervezas y unos bocadillos, y habían cenado como unos campistas desarrapados, y habían acabado haciendo el amor sobre el suelo de madera, y habían convertido aquella noche de primavera en la más mágica y romántica de toda su vida.

Se sentía mayor y muy cínico para verlo así, pero era cierto, aquella noche había sido maravillosa y solo quería repetirla, aunque primero debían atender sus obligaciones, empezando por recoger a Eloisse y a los niños antes de que se les hiciera demasiado tarde.

—Madre mía, las nueve y media de la mañana y nosotros aquí. Necesito pasar por casa y darme una ducha, desde allí volvemos a llamar a Issi —le dijo poniéndose la chaqueta vaquera—. Me sabe fatal fallarle así, los enanos están tan ilusionados con ver a los caballos.

—Seguro que nos disculpan —volvió a tratar de llamar sin ningún éxito y movió la cabeza, resignado—. Adoro este sitio, pero no poder conectar con el mundo cuando se necesita es frustrante.

—En cuanto pasemos aquel Fresno de allí tendremos cobertura —le indicó hacia su casa y luego le ofreció la mano—. Vamos, forastero, necesitamos una ducha y un café.

—Y Ronan que me ha llamado dos veces...

—Que hombre más talentoso, me encantó el concierto y encima es majísimo. Cuesta creer que un tío con esa facha, ese carisma y ese éxito sea tan sencillo y cercano, además es un padrazo, y como es con Issi, están tan enamorados, es tan evidente y... ¿Qué?

—Ya sé que todas sucumbís al carisma y la magia irlandesa de Molhoney, pero deja algo para los demás.

—¿Estás celoso, forastero? No lo estés, si tú le das diez mil vueltas —se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Tú eres único e irreplicable, cariño.

—No son celos, solo es que me sorprende ver cómo os subyuga a todas. No siempre es tan encantador, ni tan agradable.

—¿Ah no? —se echó a reír a carcajadas y él frunció el ceño.

—No, es bastante borde y un poco... bueno... —Recordó con claridad su pasado nada amistoso con Molhoney, pero prefirió callarse y no contarle nada.— Gracias a Dios su mujer lo ha domado bastante.

—¿Será posible? —siguió riéndose.— No te pega nada ser tan... ¿Qué ha sido eso?

Guardó silencio y prestó atención a un ruido proveniente del bosque. Liam también se quedó quieto y escuchó los típicos pasos sobre la hierba y las ramitas secas, miró a April a los ojos y sacó el teléfono móvil del bolsillo de los vaqueros

—¿Suele andar gente por esta zona?

—No debería, esto es propiedad privada hasta pasada la caseta de pesca... —Le soltó la mano y avanzó hacia los árboles.— ¡¿Quién anda ahí?!

—Parece que no hay nadie, vamos.

La cogió otra vez de la mano y caminaron a buen paso hacia su casa, en silencio, hasta que entrando en el jardín se la acercó al cuerpo, la agarró por el cuello para darle un beso y entonces una voz de mujer paralizó el tiempo y el espacio deteniéndole el pulso.

—¡¿Cómo te atreves, maldito bastardo?!

—¿Qué? —preguntó April frunciendo el ceño y Liam atinó a empujarla y ponerla detrás de su espalda antes de mirar a Emma Capshaw a los ojos.

—¿No te da vergüenza? ¿hasta cuándo piensas seguir siéndome infiel, Liam? ¿Hasta cuándo?

—¿Qué coño haces aquí, Emma?

—He venido a buscarte ¿qué te crees? ¿Qué ibas a seguir haciendo tu vida sin mí? Vamos, dile a esta puta que se largue.

—Esta puta tiene nombre y estás en mi casa —April esquivó a Liam y se puso delante de esa loca con las manos en las caderas—. Un paso más y llamo a la policía, si antes no me da por pegarte un tiro en esa boca que tienes. ¡Fuera de mi propiedad!

—¡¿Qué? —soltó una risa sarcástica y se dirigió a él, que miró el móvil de reojo y trató de marcar el número de emergencias con el pulgar— ¿Vas a permitir que esta paleta inculta me

insulte, Liam? ¿a mí? ¿No le has dicho quién soy? ¡¿No le has dicho que tienes prometida y que ella no es más que una zorra que está de paso?!

—Lárgate, Emma, he llamado a la policía y si te detienen en los Estados Unidos te pudrirás en una cárcel federal.

—He cruzado medio mundo para verte, llevo seis meses manteniendo la llama de nuestro amor. ¡Seis putos meses, Liam!, no puedes dejarme tirada, yo te amo, nos amamos. Venga, díselo a ella.

—Tú estás loca, muchacha —masculló April y Emma se acercó con la intención de abofetearla, pero él fue más rápido y se interpuso entre las dos.

—Ni se te ocurra acercarte, como la toques, te mataré con mis propias manos.

—Es una zorra pueblerina, Liam, no me interesa, la dejaré marchar, pero salgamos de aquí. Vamos, podemos estar esta misma tarde cenando en tu piso de Manhattan y anunciando oficialmente nuestro compromiso. Tengo el comunicado de prensa redactado ¿sabes?, será precioso. Está todo previsto.

—Solo quiero que me dejes en paz, y si valoras en algo tu vida será mejor que te largues ahora mismo de aquí.

—Vale, supongamos que me voy, está bien, pero primero pasaré por tu casa y me cargaré a la señora Molhoney, a sus tres putos críos, a Michael Fisher y a Ronan, cuando llegue a Ithaca para reencontrarse con su insufrible familia. ¿Es eso lo que quieres?

—... —guardó silencio y ella suspiró y sacó una pistola del bolso.

—Me encantará cargarme a doña perfecta y a toda su estúpida familia perfecta —buscó sus ojos y sonrió— ¿Te sigue gustando Issi?, ¿lo sabe tu puta? ¿Sabe que llevas años enamorado de la insuperable Eloisse Molhoney, aunque esté casada y tenga tres hijos de otro hombre? ¿Lo sabe?

—Dispara, Emma, haz lo que hazas no me iré contigo, ni me comprometeré contigo, ni te querré jamás, a ver si lo entiendes de una maldita vez —subió el tono y ella le apuntó a la cabeza—. Vamos, dispara.

—¿Te haces el gallito delante de la gilipollas esta? —buscó a April con los ojos y se puso en jarras—. Por descontado me la cargaré a ella y a la simple de su madre, que me ha traído hasta aquí sin ningún problema, porque conduce como una vieja y es muy fácil seguirla... ah y al estúpido de tu perro. Será un placer.

—¡Fuera de mi casa!

Gritó April y Liam aprovechó el pequeño desconcierto de Emma para sujetarle la mano e intentar arrebatarse el arma, pero ella no dudó en disparar y con el impacto del retroceso la soltó y se apartó de ella sintiendo un dolor agudo en el pie.

—¿Ves lo que consigues haciendo el idiota, Liam?

—¿Le has dado?

April se agachó para examinarle el pie, que ya empezaba a sangrar, y se enderezó hecha una furia, se acercó a Emma con decisión y ella le puso la pistola en la frente con una sonrisa que daba miedo. Liam intentó estirar la mano para apartar a April, pero ella se movió más rápido y corrió hacia la casa a la par que Emma Capshaw se acercaba a él fingiendo preocupación.

—No pasa nada, cariño, yo te curaré. Venga, salgamos de aquí, tengo una habitación en un motel muy bonito y cuando dejes de sangrar nos iremos a Manhattan. En tu casa estaremos bien y seremos muy felices, ya lo verás. Venga, vamos, amor mío.

—¡Apártate de mí!, ¡no me toques!

—No me hables así, Liam, que me voy a liar a tiros y voy a quemar todo lo que se me ponga

por delante, ya sabes como le fue a tu putita italiana en China.

—¡Putita loca descontrolada!, ¡aléjate de mí de una maldita vez! —saltó apartándose de ella, viendo como se le empapaba el calcetín y la deportiva de sangre, y buscó a April con los ojos.

—No la busques tanto, cariño, la voy a hacer pedazos y te traeré un trocito. Tú espera aquí.

Le dio un empujón e hizo amago de avanzar hacia la casa con calma. Él la agarró del brazo, forcejearon y acabó apartándolo con esa fuerza inusitada que tenía, haciéndolo perder el equilibrio, porque ya estaba muy mareado por culpa la pérdida de sangre.

Se sintió como un inútil y con la desesperación la asió por el pelo y trató de tumbarla a la par que ella chillaba y lo maldecía completamente fuera de sí, hasta que se revolvió y le pegó con la culata de la pistola en plena cara. Él parpadeó e insistió en sujetarla oyendo de repente un disparo limpio proveniente de la casa, levantó los ojos y vislumbró a April con el rifle de caza apuntando a Emma Capshaw de lleno.

—El próximo disparo no será al aire y un calibre como este te partirá por la mitad, así que sal de mi propiedad ahora mismo ¡Fuera!

—Él es mío, ¿sabes? Solo mío —levantó la mano para dispararle, Liam reaccionó, la empujó y la hizo errar el tiro a la par que April saltaba y le disparaba a su vez a un centímetro de sus pies.

—¡Fuera! —caminó hacia ella con la escopeta en posición de disparo y Emma empezó a retroceder—. Dame un motivo más y te dejo tiesa en mi jardín.

—Si no es mío, no será de nadie... —apuntó a Liam y April le disparó rozándole la manga de la chaqueta.

—¡Mierda! —saltó asustada y soltó la pistola—. Esta me la vas a pagar, zorra, yo nunca me rindo.

—Lo que tú digas, pero como vuelvas a acercarte a nosotros te volaré la tapa de los sesos.

—¡Hija de la gran puta!

Chilló y escupió al suelo antes de correr hacia la carretera. April se acercó a Liam sin perderla de vista y luego lo miró a los ojos acariciándole el pecho. Él percibió perfectamente como empezaba a perder el equilibrio y como se le nublara la vista antes de caer sentado en el césped con el pie sangrando a borbotones.

—Avisa a Eloisse y a tu madre, vamos, avísales ya, llama a la policía.

—Sí, no te preocupes, tranquilo.

Susurró, cogiendo el móvil con el pulso firme, aunque estaba tan asustada y alterada como él, pero antes de poder marcar el número de Eloisse un estruendo enorme los hizo saltar en el suelo. Fue igual que un temblor de tierra, una explosión gigantesca que removió la casa, las plantas y que levantó una polvareda considerable dejándolos completamente desconcertados.

Se pusieron de pie despacio, miraron hacia la carretera y vieron las llamas y una gigantesca columna de humo alzándose sobre los árboles.

—La mafia rusa actúa así.

El agente del FBI los miró a todos levantando las cejas y luego se concentró en su libretita intentando explicarles lo que había pasado con Emma Capshaw, su ya célebre acosadora, que había estallado por los aires al poner en marcha su coche de alquiler a pocos metros de la casa de April Geller.

—Por lo visto tenía tratos con esa gente desde hacía seis meses y les debía mucho dinero. Finalmente, se la cargaron con un método muy utilizado en el Este de Europa, un artefacto explosivo conectado al arranque del coche. Le dio al botón de contacto y ¡bum!... todo por los aires.

—Muy gráfico —susurró Raph, el marido de Michael, un poco alterado y levantó las manos para evitar que siguiera por ese camino—. Nos hacemos una idea, gracias, agente Lynch.

—¿La mataron solo por qué les debía dinero? —preguntó Eloisse y el agente se encogió de hombros.

—No, no fue solo por el dinero, señora Molhoney, al parecer también los había cabreado más de lo conveniente. En el ordenador que encontramos en su habitación del motel guardaba muchos mensajes cruzados con un tal Boris, al que insulta y menosprecia de forma manifiesta. No es lo más inteligente tratándose de personajes de esa calaña.

—¿Y qué pasa con el tal Boris y su gente? —preguntó Liam y April le acarició la pierna.

—Damos por hecho que el tal Boris, al que su hermana Anya Lébedeva ya había delatado en Londres, no se encontraba aquí para efectuar el atentado, él solo da las órdenes, pero sigue en nuestro punto de mira. El brazo ejecutor de la bomba, uno o dos individuos, debe haber escapado fácilmente por la frontera con Canadá.

—Madre mía —susurró Michael y Liam observó como Ronan Molhoney abrazaba a Issi por la cintura y le besaba la cabeza antes de hablar.

—¿Deberíamos preocuparnos por ellos, agente?

—No, señor Molhoney, esta gente no iba por ustedes, iba por Emma Capshaw. No tienen nada que ver con la obsesión enfermiza que esa mujer desarrolló por el señor Galway y su entorno.

—En todo caso —intervino otro de los agentes que hasta el momento había permanecido en silencio—. La Interpol, nosotros y todas las policías del mundo buscan a estos delincuentes. No es un caso cerrado, simplemente se ha abierto otro. Aunque estamos seguros de que no tienen el más mínimo interés por todos ustedes, no dejaremos de perseguirlos.

—Yo no me preocuparía más y pasaría página lo antes posible —aseguró Lynch cerrando la libretita—. Afortunadamente, están todos a salvo y seguirán estándolo.

—Ok, muchas gracias.

—De nada. Tenemos sus declaraciones, pero les rogamos que estén localizables en los próximos meses.

—La familia Molhoney se marcha mañana a Dublín y mi marido y yo a Londres, pero estaremos en contacto, no se preocupe —apuntó Ralph indicándoles la salida y los dos hombres les hicieron una venia antes de desaparecer por la puerta.

—¿Un té?

Preguntó Issi y todos asintieron sin abrir la boca, muy conmocionados aún por todo lo que había pasado la mañana del día anterior, cuando Emma Capshaw había desatado el infierno en las tranquilas afueras de Ithaca.

Liam se miró el pie, que estaba vendado e inmovilizado tras sufrir una pequeña intervención quirúrgica por culpa del disparo limpio que esa loca le había dado en el empeine izquierdo, y subió los ojos para observar a Jennifer, su agente y mano derecha, que había aparecido en Ithaca con Bill, su abogado, al enterarse de los trágicos acontecimientos.

Desgraciadamente, habían sido noticia en todo el mundo por culpa del suceso, porque la explosión se había oído en todo el pueblo, revolucionando la apacible vida de sus habitantes, y había sido imposible contener la expectación y menos aún con la presencia de Ronan Molhoney y su familia en medio del revuelo.

Ronan, que antes de salir de Manhattan había puesto patas arriba a la policía, al FBI, a Scotland Yard y a todas las autoridades disponibles, había conseguido contactar con el jefe de policía de Ithaca para pedirle que enviara una patrulla a localizar a su familia ante la posible presencia de Emma Capshaw en la zona, lo que no había impedido que esa mujer los atacara a April y a él en su casa porque, como había sucedido en otras ocasiones, Capshaw había ido un paso por delante y continuando en su línea había sido más lista y más eficaz que la policía.

Gracias a Dios la decisión, el aplomo y la valentía de April, que no se había amilanado y le había plantado cara sin parpadear, les había salvado la vida a los dos, y de paso a todos los demás porque, independientemente de la bomba que la esperaba en su coche, estaban seguros de que las intenciones de esa mujer eran hacer el mayor daño posible, y podría haberlo hecho, de alguna u otra forma podría haberlo hecho, y solo pensar en eso le iba a impedir dormir durante semanas.

—Papá ¿podemos invitar a Max a Killiney? —preguntó Jamie a Ronan y él lo miró poniendo la bandeja con el té encima de la mesa.

—Claro, campeón, hay que pedirle a Liam que un día lo lleve a casa. Dile a tu hermano que entre, por favor, y a Aurora y Caitlin, tenéis que merendar.

—¿Y podemos tener un perrito?

—Sí, ya os hemos dicho que adoptaremos un perrito, no te preocupes. ¿De acuerdo?

—Vale.

—Ok —le revolvió el pelo y le señaló el jardín—. Llama a Alex, vamos.

—Hay un montón de prensa en la entrada de la propiedad —anunció Jennifer acercándose con el teléfono en la mano—. Haremos un comunicado de prensa, lo podemos hacer conjunto, Ronan, si te parece bien.

—No, gracias, nosotros no tenemos nada que comunicar respecto a toda esta mierda.

—Ok, como quieras —Jennifer lo miró a él y luego a April, que no se separaba de su lado—. Liam, el tuyo no podemos evitarlo o no os dejarán en paz.

—Ok, redacta algo.

—Muy bien, voy a llamar a los publicistas y le diré a Bill que lo revise.

—Haz lo que quieras.

Estiró la mano y acarició la espalda de April, que parecía un poco ausente y preocupada, pero que durante y después del ataque se había mostrado tan firme y entera. Se sentía muy orgulloso de ella y solo esperaba poder compensar cuanto antes el mal trago que había pasado por su culpa. Se inclinó un poco y le besó la cabeza, ella se giró y le regaló una sonrisa radiante.

—¿Qué pasa, forastero?, ¿te quieres ir a la cama a descansar?, los analgésicos te tienen un poco marchito.

—Oh, muchas gracias —sonrió y le acarició la mejilla— ¿Has conseguido localizar a June?

—Sí, quiere venir a vernos, aunque si quieres podemos ir nosotros a verla a Canadá, es una forma de alejarnos de todo este lío.

—No, no pienso moverme de Ithaca, lo peor que podemos hacer ahora es salir corriendo. Nos quedaremos aquí, aguantaremos el chaparrón y en tres días se habrán olvidado de nosotros.

—Como quieras.

—Tenemos permiso para despegar dentro de hora y media —Kirk se acercó a Ronan y luego miró a Issi—. Y hay plazas en un vuelo a Dublín que sale a las nueve de la noche desde el aeropuerto Kennedy.

—Busca un vuelo privado a Irlanda, por favor, no estamos para compartir cabina con desconocidos —apuntó Ronan cogiendo en brazos a Caitlin—. Llama a Robert, seguro que la discográfica nos consigue uno. Cuando lo tengas al teléfono, pásamelo y hablo con él.

—Tú mandas.

—Mí madre y yo os llevamos al aeropuerto —April se levantó, se acercó a Issi y le sonrió— ¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias, solo un poco revuelta, esto ha sido muy largo, y muy intenso, parece mentira que haya acabado así.

—Lo sé, es increíble.

—Princesa ¿el equipaje está preparado?

—Sí, si apenas lo había deshecho, podemos salir hacia el aeropuerto en cuanto los niños terminen de merendar.

—Genial, ¿estás bien? —le sonrió y se acercó para estrecharla contra su pecho—. Ahora esto nos parece un desenlace bastante dramático, pero créeme, tarde o temprano tendremos que celebrarlo. ¿Verdad, Galway?

—Eso está hecho.

—Pues que sea en Killiney, en cuanto podáis venir todos. ¿Conoces Irlanda, April?

—No, aún no.

—Te encantará y nuestra casa siempre será tu casa. ¿Es un trato? —se escupió la mano y se la extendió, April repitió el gesto y se la estrechó muerta de la risa—. Hecho, la próxima vez nos vemos en Dublín.

—Perfecto, ahora deberíamos empezar a movernos. Niños, daros prisa y empezad a despediros, por favor.

Eloisse dio una palmada y Liam se estiró en el sofá observando en silencio como recogían la cocina, sacaban las maletas y ella ponía a todo el mundo en marcha con esa energía que siempre derrochaba.

Seguía siendo una chica preciosa, pensó, su amor platónico de tantos años, y siempre sería una persona importante en su vida, pero en ese momento, en ese rincón del mundo y desde sus circunstancias, Eloisse Cavendish, la señora Molhoney, ya no brillaba tanto, ni deslumbraba tanto porque, gracias a Dios, a su lado tenía una mujer que resplandecía mucho más. Una mujer excepcional que era su amiga y su amor, su otra mitad, y no podía sentirse más afortunado.

Sonrió ante la evidencia y se dio cuenta de que el destino, contra todo pronóstico, le estaba dando otra oportunidad, la mejor y más importante de su vida, y todo gracias a que un buen día

había decidido tomarse unas simples vacaciones en Ithaca. Ithaca, al norte del precioso Estado de Nueva York, su nuevo hogar, el lugar donde todo había empezado y había acabado a la vez. Un verdadero milagro.

—Adiós, Liam, muchas gracias por todo.

Se despidieron muy educados Jamie y Alex, y luego Aurora, Kirk y Ronan, que le estrechó la mano muy fuerte sin hablar, también Michael y Ralph, que le dieron un abrazo, y finalmente Eloisse, que con Caitlin en brazos le dio un beso en la mejilla y le sonrió con los ojos húmedos.

Él se despidió sin poder acompañarlos a la puerta, pero antes de que se marcharan llamó a April y ella se le acercó corriendo con las llaves del 4X4 en la mano.

—Vuelvo en una hora, ¿estarás bien? Jennifer está en el despacho y Max se queda contigo.

—No es eso, ven aquí —la sujetó por la muñeca y la acercó para darle un beso en la boca y mirarla a los ojos—. Te debo la vida ¿lo sabes?

—De eso nada.

—Claro que sí.

—Si nos ponemos en ese plan entonces yo también te debo la vida, porque esa loca...

—Shhh —posó un dedo sobre sus labios y le sonrió—. No se trata solo de lo que pasó ayer, se trata de mi vida entera, April. Me encontraste en medio de la tormenta, me diste la mano y sigues conmigo. Creo, sin lugar a dudas, que eres la mujer de mi vida.

—Liam...

—Te quiero —susurró y ella respiró hondo.

—Yo también te quiero.

—Entonces... ¿Quieres casarte conmigo, forastera?

Epílogo

Seis meses después...

Bajó corriendo las escaleras, entró en el salón y luego salió a la terraza dónde Caitlin, el día de su primer cumpleaños, caminaba tan contenta cogida a la mano de su padre. Se detuvo para mirarla con el corazón henchido de ternura y estiró los brazos para que avanzara hacia ella.

—¡Mi vida! Ven con mamá, pero qué mayor estás, cariño.

—Mamá... —repitió ella sonriendo y Ronan se la acercó para que se la comiera a besos.

—¿Has visto lo que hace mi princesita?

—Está muy mayor —le mordió los mofletes y luego observó el jardín donde su padre estaba charlando con su suegra, su madre y Stavros con Fiona, y los niños correteaban detrás de Benji, el Golden Retriever que habían adoptado al poco de volver de Nueva York—. ¿A qué hora vienen tus hermanos?

—En un rato, todo está bajo control, el catering es la leche, Issi, tienes que probar... —se calló al oír el timbre de la puerta.

—Ya voy yo, quédate con papá, mi vidita.

Le entregó a la niña y corrió al recibidor para abrir la verja principal y luego la puerta. Salió al jardín y sonrió antes de abrazar a Liam y a April, que llegaban con una bolsa llena de regalos y acompañados por una jovencita muy guapa que los seguía charlando con Michael y Ralph.

—¡Bienvenidos! Que alegría veros, pasad.

—Esto es precioso —exclamó April mirando el enorme salón—. Te presento a June. Hija, esta es Eloisse y estos niños tan guapos son Jamie y Alex. Hola, niños.

—Hola —saludaron ellos saltando a los brazos de Mike, que los agarró y los hizo girar antes de colocárselos sobre los hombros.

—Vaya, que bonito —susurró June—. Desde luego, lo que he visto hasta ahora de Irlanda me encanta.

—Bueno, esta casa es espectacular —comentó Liam mirando hacia el jardín—. ¿Están tus padres?

—Sí, con sus respectivas parejas y mi suegra, pasa si quieres, están deseando verte. ¡Ron! —llamó y lo vio salir de la cocina con Caitlin en brazos—. Mira quién ha llegado.

—Hola —él saludó a Liam y a Ralph, que le quitó de inmediato a la niña para llevársela al jardín, y luego a April y a su hija, que lo miraba con la boca abierta—. Bienvenidas a Killiney ¿Qué tal el viaje?

—Todo perfecto, la verdad es que lo hemos pasado estupendamente en Londres y ahora ver Dublín, pues, es un sueño.

—Ya os enseñaremos algo más de la costa, Issi tiene un plan de dos días muy intenso —la cogió del cuello para darle un beso en la boca y luego miró a las visitas con una gran sonrisa—. Pasad al jardín, hay que aprovechar el día antes de que se nuble y se ponga a llover, ya sabéis como es el clima irlandés.

Eloisse les hizo un gesto para que salieran al inmenso jardín con vistas al mar y se metió corriendo a la cocina para supervisar lo que quedaba pendiente de la merienda y el cóctel, porque había dos planes, uno infantil y otro para mayores. Un menú variado y saludable para las veinte personas que se reunirían allí para celebrar el primer cumple de su preciosa niña, que crecía demasiado rápido.

Se asomó a la ventana para buscarla con los ojos y la vio con Ralph y su abuelo Andrew, que se le caía la baba con ella. Todo el mundo decía que eran iguales, su padre juraba que Caitlin era igual que ella a su edad, pero lo cierto es que la pequeñaja era rubita y tenía los ojos color ámbar, muy diferentes a sus ojos negros y su pelo oscuro, aunque era cierto que sonreían igual y que a veces le sorprendía reconocer en ella sus propios rasgos, nada que ver con Jamie y Alex, que eran clavados a Ronan.

Vio a los niños escapando de Michael y de Benji, y sonrió. Era una bendición tenerlos a todos en casa, pero era una bendición aun mayor tenerlos allí sin el fantasma de esa mujer, Emma Capshaw, sobre sus cabezas.

Por su culpa habían pasado unos años muy duros, un tiempo oscuro y sombrío que siempre recordaría como de incertidumbre y aprehensión, con escoltas en la espalda y las alarmas encendidas. Con llamadas a cualquier hora para contarles alguna siniestra novedad referente a ella, o con el miedo latente persiguiéndolos siempre, porque, aunque habían intentado obviar el problema para vivir con algo de normalidad, la pura verdad es que esa mujer había condicionado sus vidas durante años, había representado una amenaza mucho tiempo, nadie podía negarlo, y que hubiese desaparecido era el mayor alivio que podían desear.

La policía seguía sin detener a los responsables de la explosión en Ithaca, aunque estaba claro que se trataba de la misma gente que había ayudado a Emma Capshaw a moverse por el mundo con total impunidad durante más seis meses. Un grupo criminal organizado de origen ruso, con unos tentáculos muy largos y un enorme historial delictivo por toda Europa, que se movía por un submundo peligroso y muy hermético donde esa pobre mujer había tenido la desgracia de caer por culpa de sus obsesiones amorosas y asesinas por Liam Galway.

En la distancia daba hasta lástima pensar en ella y sus circunstancias. Sola, aislada, enferma y utilizada por una pandilla de desaprensivos que le habían sangrado hasta el último céntimo. Desesperaba por un amor imposible, por una quimera que, sin embargo, para ella era tan real como respirar.

Entre sus pertenencias personales, halladas en un motel de las afueras de Ithaca, habían encontrado más de mil cartas para Liam jurándole amor eterno, amplios y minuciosos planes de boda, invitaciones para el enlace, reservas para la luna de miel, ropa de bebé bordada con los nombres de los hijos que pensaba tener con él. Más de cinco mil fotografías de Liam en todos los tamaños y de todas las épocas de su vida, agendas con los números de teléfono de sus familiares y amigos, ropa suya, objetos personales de enorme valor, como un reloj Patek Philippe valorado en más de diez millones de dólares, que había robado de su casa de Manhattan, y un sinfín de películas, grabaciones y *pen drives* con información financiera o de trabajo del actor.

Una especie de museo siniestro con el que viajaba y al que seguramente dedicaba gran parte de su tiempo mientras esperaba el momento perfecto para acercarse a él y consumir su amor o, ante su negativa, matarlo, que era lo que decía en su diario y en sus cartas. Ella pretendía asesinarlo y luego suicidarse, si Liam no accedía a casarse con ella.

Tras su muerte, el pobre Liam se enteró de que había dormido una noche en su piso de Nueva York, gracias a un portero suplente que la había dejado pasar sin ningún problema. El mismo conserje lo había comentado con la policía cuando conoció por los periódicos el incidente de Ithaca, y de ese modo supieron que Emma Capshaw había pasado una noche entera allí esperándolo, aunque, milagrosamente, ese día él no había llegado a subir a su casa, lo que había provocado que le robara muchos objetos de valor, como su carísimo reloj, un regalo de cuando había ganado un Oscar, y otros recuerdos de su familia.

Por la prensa también la reconoció la recepcionista de su productora de Los Ángeles y le contó el incidente con el dichoso reloj. Incluso su antiguo jardinero de Santa Mónica llamó a la policía para explicar que la había visto en su antigua casa, y así, muchas personas que juraban haber hablado con ella, los más comprometidos, los farmacéuticos de Ithaca, que le habían facilitado información suya, de April y de su madre, con total inocencia, sin imaginar jamás que esa amable mujer inglesa era su acosadora y una peligrosa exconvicta acusada de agresión, de intento de secuestro, de intento de homicidio y de una larga ristra de delitos.

Liam había decidido pasar por alto todos esos evidentes fallos de seguridad porque ya era demasiado tarde para lamentaciones, pero Issi sabía que April no estaba por la labor de mirar para otro lado y al menos en lo tocante a ella y a su familia, había retirado la palabra a los Livingstone, que para ella siempre, especialmente por parte de Marion, habían abusado de su posición privilegiada en Ithaca para vulnerar el derecho a la intimidad de sus clientes.

Seis meses después de aquello se seguía hablando del incidente en los Estados Unidos y en Europa, la BBC o la tele irlandesa habían realizado sendos reportajes sobre Emma Capshaw, los fallos de seguridad de la policía británica y de todas las instituciones que habían permitido que escapara y volviera a atacar a sus víctimas.

El eterno debate sobre el derecho a la intimidad de las personas, especialmente de las que tenían alguna notoriedad pública, volvió a salir a la palestra y se planteó otra vez la necesidad de endurecer las leyes contra la persecución, el acoso o el hostigamiento por parte de los medios de comunicación, también por parte de los seguidores y los fans a través de las redes sociales, y se llenaron horas de televisión y muchas páginas de periódicos hablando de un tema que, a ojos de los perjudicados, era completamente incontrolable.

Ajenos a todo eso, ellos habían vuelto de Nueva York antes de lo previsto y habían retomado su vida en Dublín con normalidad. Con tres hijos pequeños, mucho trabajo y un sinfín de obligaciones, era imposible detenerse a pensar en todo lo que había pasado y habían decidido obviar el *affaire Emma Capshaw* para siempre. El agotamiento tras años de acoso era grande y por salud mental habían decidido pasar página y olvidar.

A finales de junio se marcharon como siempre a Ibiza para pasar el verano con su madre y fue entonces cuando se enteraron de que Liam y April se habían casado en secreto en el Ayuntamiento de Nueva York. Los dos solos, con un par de testigos y June, que se ocupó de hacer las fotografías que dieron fe del enlace y que enviaron por WhatsApp a todos sus familiares y amigos.

Una noticia maravillosa para todo el mundo, especialmente para ellos, que formaban una pareja preciosa, tan unida, y tan armónica. Una pareja para toda la vida, decía Liam. Un Liam que parecía otra persona, una mucho más dichosa, un hombre nuevo que adoraba a su mujer, con la que vivía feliz después de volver a empezar en Ithaca. El pueblo que le había regalado mucho más que una apacible vida lejos del mundanal ruido.

—Mira lo que me he encontrado en el jardín —oyó su voz a la espalda y se giró para mirarlo a los ojos—. Al fin me han dejado coger en brazos a la cumpleañera.

—Y se te da muy bien —sonrió a Caitlin, que observaba a Liam Galway muy atenta y él le besó la frente.

—Es una preciosidad y tan tranquila.

—Bueno... tranquila, eso depende del día. ¿Dónde están tus chicas?

—Hablando con la familia, los Molhoney son encantadores, Eloisse.

—Sí, lo son. Os he instalado en la casita de invitados para que tengáis algo de intimidad, no es la más grande del mundo, pero...

—No te preocupes, de hecho, April y yo hemos pensado en quedarnos en Dublín.

—¿Por qué?, ¿prefieres dormir en la ciudad?

—No es eso, es que con todo el trajín que tienes y tus padres, en fin...

—Mi padre no se queda aquí, ya sabes que él y Ron, bueno... Fiona y mi padre tienen hotel en el pueblo, Ralph y Michael se quedan en casa de mi suegra, ella no permitiría otra cosa, y mi madre y Stavros tienen su habitación aquí abajo, hay espacio para todos y lo tenía todo previsto, pero si tú...

—Será estupendo, muchas gracias.

—¿Qué tal la nueva peli?

—Empezamos a rodar en enero, pero ya tenemos el *casting* casi cerrado.

—¿Sí?, sorpréndeme.

—Jessica Chastain, Nicole Kidman, Jon Hamm y Jeanne Tripplehorn, de momento. Estoy convenciendo a Brad Pitt, pero está muy liado, así que si no puede él lo haré yo.

—¿En serio?, vaya noticia.

—Bueno, es mi guion, dirijo yo y el papel de Brad es corto, puedo hacerlo sin volverme demasiado loco.

—¿Qué opina April?

—Está encantada y dispuesta a trasladarse a Baton Rouge durante el rodaje. Hace unas semanas cenamos con Nicole Kidman e hicieron muy buenas migas. Ya va comprobando que los actores somos gente muy normal, un poco neuróticos, pero en esencia muy normales.

—Poco a poco —lo observó con atención y le sonrió—. Me alegro muchísimo, Liam.

—Le he comentado a Ronan que van a procesar a los padres de Emma Capshaw por dejación de funciones y por no denunciar su huida del centro psiquiátrico. Ellos se habían hecho responsables de ella y no cumplieron con el trato, además, está comprobado que la madre financiaba en gran parte los desplazamientos y las aventuras de su hija.

—Madre mía, me dan pena, ya bastante tienen con la pérdida de una hija y con todo lo que habrán sufrido por ella, como para encima acabar procesados.

—Yo no me personaré contra ellos, creo que Ronan tampoco, es la fiscalía la que está actuando y no podemos hacer nada, pero, en realidad, me parece justo, creo que deben responder de alguna manera por su irresponsabilidad y por no haberla denunciado en su momento.

—Sí, lo entiendo, pero... mejor vamos a dejarlo. ¿Quieres comer algo? Caitlin, mi amor, ¿quieres un poquito de manzana? —le acercó un trocito y ella lo cogió con su mano regordeta y le ofreció primero a Liam antes de metérsela en la boca.

—Qué manzana más rica, señorita Caitlin, me encanta. Muchas gracias —Eloisse sonrió viendo como le hablaba con ese acento suyo tan peculiar y como ella le prestaba atención, y él le guiñó un ojo.

—Se te dan muy bien los niños, Liam.

—Sí y mejor que espero que se me den —la miró con una gran sonrisa y ella abrió la boca.

—¡¿Qué?!

—Estamos embarazados, bueno April está... en fin...

—¡Madre mía!, felicidades. Muchas felicidades —saltó para abrazarlo y él se sonrojó un poco— ¿Para cuándo?

—Está de tres meses, lo supimos en Nueva York antes de coger el vuelo a Londres y solo se lo hemos dicho a June.

—Hay que celebrarlo y a lo grande.

—Ya te digo porque nos han dicho que vienen dos.

—¡¿Gemelos?! ¡madre mía!

—¿Qué pasa?

Ronan entró en la cocina con Alex de la mano y se quedó observándolos con cara de pregunta. Frunció el ceño y la miró un poco preocupado.

—¿Por qué lloras, princesa?, ¿qué pasa?

—Lloro de felicidad, mi amor, Liam y April esperan gemelos, ella está de tres meses.

—¿En serio?, joder, tío, enhorabuena.

Se acercó para darle un abrazo y Caitlin aprovechó la oportunidad para abrazarse al cuello de su padre. Liam se la dejó y luego abrió los brazos hacia Issi, que volvió a abrazarlo muy emocionada, lo agarró de la mano y lo sacó al jardín para buscar April y empezar a celebrarlo.

SOBRE LA AUTORA

Claudia Velasco, periodista de profesión y escritora por vocación, cursó estudios de periodismo en la Universidad Complutense de Madrid, ciudad donde actualmente reside. Trabaja en una agencia de prensa internacional y combina su pasión por los viajes y la historia, con su trabajo y su gran amor: la literatura.

Con más de una veintena de libros publicados, entre ellos destacan la Saga Lancaster, la Serie Spanish Lady, El cielo en Llamas, Somos tú y yo. Secretos de Covent Garden, Las Dos Historias de Eloisse, Agua de Lluvia, Técnica Mixta, Nosotros y el Destino, Soñando Contigo, La Princesa del Millón de Dólares o Irlanda, entre otros.

Table of Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
Epílogo